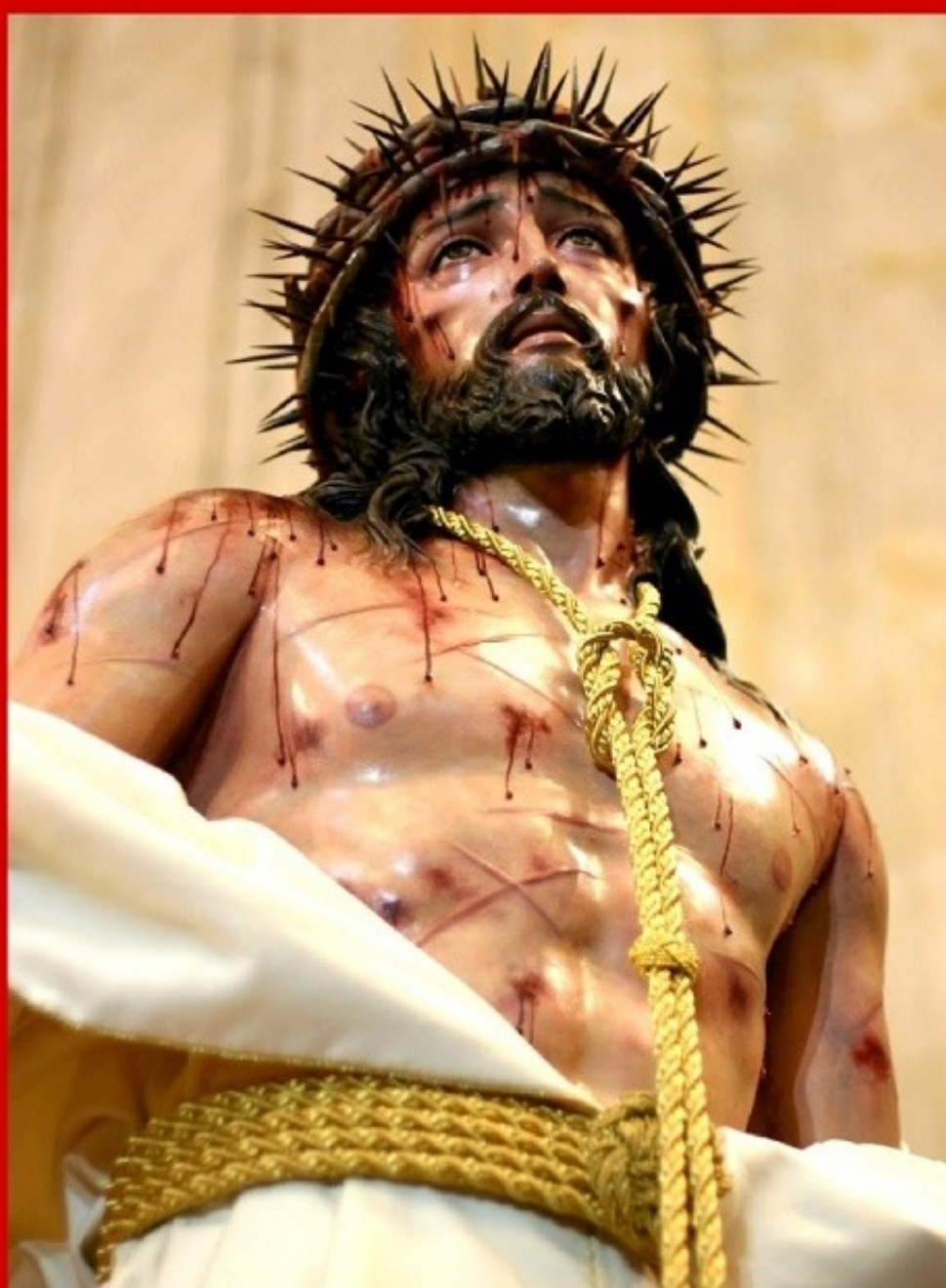


***Reflexiones,
afectos y prácticas devotas
sobre la Pasión de Jesucristo***



S, Alfonso de Ligorio

**EL AMOR DEL ALMA
O
REFLEXIONES,
AFECTOS Y PRÁCTICAS
DEVOTAS
SOBRE LA
PASIÓN DE JESUCRISTO**

**Formando la 2ª parte de
LA PRÁCTICA DEL AMOR A JESUCRISTO**

Obra escrita en italiano por

S. ALFONSO DE LIGORIO

**Y traducida al castellano
por el Pbro. D. Pedro Martí y Puig**

1873

ÍNDICE

El traductor.....	6
Reloj de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	9
Invocación a Jesús y a María.....	11
PRIMERA PARTE.....	14
LOS FRUTOS QUE SE SACAN DE LA MEDITACIÓN DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO.....	14
Capítulo I.....	19
Del amor de Jesucristo considerado en su voluntad de satisfacer la justicia divina por nuestros pecados.....	19
Capítulo II.....	25
Jesucristo quiso padecer mucho por nosotros, para que comprendiésemos el amor infinito que nos tenía.....	25
Capítulo III.....	31
Jesucristo desde los primeros instantes de su vida quiso por nuestro amor sufrir las penas de su dolorosa pasión.....	31
Capítulo IV.....	36
Deseos vehementes que tenía Jesús de padecer y de morir por nuestro amor.....	36
El amor que nos manifestó Jesucristo instituyendo el sacramento de la Eucaristía en la vigilia de su muerte.....	41
Capítulo VI.....	48
Del sudor de sangre y de la agonía que padeció Cristo en el huerto.....	48
Amor de Jesús en querer sufrir tantos desprecios en su pasión.....	54
Capítulo VIII.....	61
Flagelación de Jesucristo atado a la columna.....	61
Capítulo IX.....	68
Coronación de espinas.....	68
Capítulo X.....	72
El Ecce-homo.....	72
Capítulo XI.....	76
Sentencia de muerte contra Jesucristo y camino al Calvario.....	76
Capítulo XII.....	83
Cristo es crucificado	83
Capítulo XIII.....	90
La última palabra que Cristo profirió en la cruz, y su muerte.....	90
Capítulo XIV.....	97

De la esperanza que todos tenemos en la muerte de Jesucristo.....	97
Capítulo XV.....	106
Del amor del Padre eterno por habernos dado a su Hijo unigénito.....	106
Capítulo XVI.....	112
Del amor del Hijo en haber querido morir por nosotros.....	112
Oración de San Buenaventura.....	118
SEGUNDA PARTE.....	119
LA PASIÓN MEDITADA CON LA SENCILLEZ CON QUE LA REFIEREN LOS SANTOS EVANGELISTAS.....	119
Advertencia de san Alfonso Ligorio.....	120
Al lector.....	120
INTRODUCCION.....	122
Capítulo I.....	126
Jesús entra en Jerusalén.....	126
Capítulo II.....	128
Conciliábulo de los judíos y traición de Judas.....	128
Capítulo III.....	130
La última cena de Jesús con sus discípulos.....	130
Capítulo IV.....	132
Institución del Santísimo Sacramento.....	132
Capítulo V.....	134
Jesús ora en el huerto y suda sangre.....	134
Capítulo VI.....	137
Jesús es preso y maniatado.....	137
Capítulo VII.....	139
Jesús es presentado a los príncipes de los sacerdotes, que le condenan a muerte.....	139
Capítulo VIII.....	143
Jesús es conducido a Pilatos, de allí a Herodes y después pospuesto a Barrabás.....	143
Capítulo IX.....	146
Jesús es azotado en la columna.....	146
Capítulo X.....	149
Jesús es coronado de espinas y tratado como rey de burla.....	149
Capítulo XI.....	151
Pilatos muestra a Jesús al pueblo, diciendo: Ecce Homo.....	151
Capítulo XII.....	154
Jesús es condenado por Pilatos	154

Capítulo XIII.....	156
Jesús lleva la cruz hasta el Calvario.....	156
Capítulo XIV	159
Jesús es crucificado	159
Capítulo XV.....	163
Palabras de Jesús en la cruz.....	163
Capítulo XVI.....	166
Muerte de Jesús	166

EL TRADUCTOR

La Pasión de Jesucristo es entre todos los misterios el primero en dignidad, el más grande en orden el la caridad, el más asombroso en los designios de la Providencia divina, y el más capaz de encender en nuestros helados corazones el fuego del amor divino. Con mucha razón hablando de este misterio, dijo san Pedro Crisólogo (Serm. 67); que pasma a los ángeles, sorprende a los hombres, espanta a los demonios, es superior a toda inteligencia criada, que nadie es capaz de apreciar como corresponde, y que atemoriza a los que le creen. Siendo esto una verdad tan manifiesta, es claro que si se habla o escribe de la Pasión de Cristo, es indispensable usar del lenguaje sencillo y al misma tiempo sublime de los Evangelistas, el cual es el más oportuno para pintarnos aquel amor inmenso de le divinidad para con los hombres. El que medita seriamente los padecimientos extraordinarios de Cristo y aquella muerte desastrosa a que quiso sujetarse, no puede menos de figurarse que el amor divino es como un volcán de fuego amoroso que con la pasión hizo tales erupciones que casi puede decirse que no es posible las haga mayores. Si se mudan las palabras, dice el doctor Máximo, considerando la vehemencia y grandeza de este amor, la abundancia del mismo Cicerón es mezquindad, y ñas sentencias enérgicas y fulminantes del orador griego se quedan lánguidas y frías.

Así pues cuando se haya de hablará o escribir de este portentoso misterio de amor se ha de usar de un lenguaje piadoso, fervoroso y devoto, y evitarse toda afectación artificiosa. Una fraseología pomposa que solo deleita y halaga a los oídos es enteramente inútil, por no decir nociva, porque con ella no se inflaman ñas almas en deseos de amor divino, ni llega a penetrar los corazones; por lo que no hace cambiar de costumbres ni santifica a los hombres. En el opúsculo que publicamos, traducido del idioma italiano, verán como San Alfonso Ligorio no puso ningún

esmero mundano en la dicción, no quiso valerse de palabras pomposas; pero en cambio de estas calidades que la mayoría de las veces se emplean para disfrazar el error y máximas perversas, presenta consideraciones profundas de las cosas divinas, expresadas con una sencillez enteramente evangélica. Este librito es enteramente popular, puesto que las doctrinas saludables de que está embebido están al alcance de todos los que sepan leerle u oigan su lectura, siendo escrito como lo es, en un escrito tan sencillo e inteligible. Todos los que lo lean se convencerán que el autor expresaba sus pensamiento del mismo modo que cuando tenía oración y se comunicaba con Dios. Abrasado del fuego de una santa caridad, y no buscando sino la salvación de las almas, escribe de una manera como si no tuviese más testigo ni otro juez que al mismo Dios. Nos descubre un alma candorosa que las pretensiones humanas no ofuscaban, y que se manifiesta toda al lector

Para internar el los lectores que lean dicha escrito no hay necesidad de abultar o valerse de ponderaciones exageradas., La materia de por sí es su mayor recomendación. La Pasión de Jesucristo es un asunto tan grande, celestial y divino, que no es cristiano el que se olvida de él. Es el mayor suceso que han visto los hombres, que ya no se verá otro igual. En esta tragedia sagrada vemos que el Hombre-Dios es entregado con el engaño de un beso, es detenido el que mantiene el universo, es maniatado el que enlaza todas las criaturas, es conducido el que lo mueve todo, y la verdad misma es acusada por la mentira. Es presentado delante de los jueces humanos el que ha de juzgar a todo el mundo. Los judíos le entregan a los gentiles, estos le vuelven a los judíos. Pilatos le envía a Heredes, este le remite a Pilatos, y aquí vemos que la Santidad por esencia sirve de tráfico a la impiedad, y arrostrado como un gusano por la crueldad. Aquí vemos azotado al que no podía hacer más que bien, burlado y escarnecido al autor mismo de la grandeza y majestad. ¿Qué más? El que da las lluvias le vemos anegado en salivas, al que extiende los cielos como un pabellón traspasado con clavos, y abrevado con hiel y vinagre al dador de las delicias celestiales, Pues, almas fervorosas y enamoradas de Jesús, mirad a un padre que retorna bienes por males, amor por las injurias recibidas, y una caridad sin límites por las heridas que recibe. Pues subamos a este

sagrado madero que da frutos celestiales de amor. Contemplemos la misma vida muerta por nuestro amor. Este amor fue la espada o lanza que le abrió su costado, le taladró sus manos y sus pies y te traspasó todos sus miembros divinos. Con un exceso sobreabundante de amor para con nosotros se pasma y queda atónito el mismo amor. Desgraciados y mil veces desgraciados los que no sienten toda la grandeza del amor de Dios para con los hombres al considerar la Pasión de su hijo: sus corazones, o son enteramente de piedra, o su fe está enteramente muerta. Si escuchamos atentamente lo que nos dice este Santo reconoceremos lo mucho que Dios nos ama, veremos cuanto ha hecho por nosotros y qué es lo que podemos esperar de su inmensa bondad. Si somos fieles a Dios, él será fiel a nosotros y nos dará nuestra recompensa.

RELOJ DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Horas.

1. Se despide de María Santísima y cena con sus discípulos.
2. Lava los pies a los apóstoles e instituye el Santísimo Sacramento.
3. Exhorta a los discípulos con una tierna plática y después se va al huerto.
4. Tiene larga oración en este mismo huerto.
5. Entró en agonía.
6. Sudó sangre.
7. Fue entregado por Judas y maniatado.
8. Es llevado al palacio de Anás.
9. Conducido al de Caifás, donde se le dio una cruel bofetada.
10. Le cubren el rostro con un velo, le abofetean y es hecho el objeto de la irrisión y escarnio.
11. Es llevado al concilio de los ancianos y del pueblo, que grita por su muerte.
12. Conducido a la casa de Pilatos donde es acusado.
13. Enviado a la casa de Herodes: este se mofa de Cristo con todos sus cortesanos.
14. Es remitido a Pilatos y pospuesto al infame Barrabás.
15. Atado en la columna fue azotado con inaudita crueldad.
16. Es coronado de espinas y en esta situación tan lastimera fue presentado al pueblo.

17. Después que fue condenado a muerte tuvo que ir al Calvario con la cruz a cuestas.
18. Aquí se le despojó de sus vestidos y se le clavó en la cruz.
19. Ruega por sus mismos verdugos
20. Encomienda su alma a su padre.
21. Muere.
22. Se le abre el costado con un golpe de lanza.
23. Desclavan el cuerpo de Jesús y le entregan a su madre.
24. Después le amortajan y le ponen en el sepulcro.

INVOCACIÓN A JESÚS Y A MARÍA

Salvador del mando, ¡oh amorador de las almas, oh Señor, el más amable entre todas las cosas criadas!, vos habéis venido a ganar con el precio de vuestra sangre nuestros corazones, y con esto manifestáis el amor infinito con que nos amáis, dando la última mano a nuestra Redención, que es para todos un piélago de bendiciones, que son el precio de vuestros inexplicables dolores y oprobios. Y vos, a fin de que quedase en nuestras almas la memoria de esta Pasión, instituisteis el Santísimo Sacramento de nuestros altares. *Y a fin de que quedase una memoria perpetua de un beneficio tan grande entre nosotros, nos dio su cuerpo en comida (San Thom opusc. 57). Todas las veces que comeréis de este pan, anunciareis la muerte del Señor (1 Cor 11, 26).* Vos, pues, Señor, con este prodigio de amor habéis obtenido de tantas y tantas almas santas que, ardiendo en vivas llamas de vuestra caridad, renunciasen todos los bienes de la tierra y no se ocupasen más que de amaros, ¡oh amabilísimo Señor! Haced, pues, ¡oh dulcísimo Jesús! que yo traiga continuamente en mi alma la memoria de vuestra pasión; haced sobre todo que yo siendo un miserable pecador, confundido con todos los halagos de vuestra mansedumbre, aprenda y sepa amaros, y también poder manifestar mi gratitud y fineza por los inmensos beneficios que he recibido de vuestro amor. Acordaos, Señor, que yo soy una ovejilla, por cuya salud vos bajasteis del cielo a la tierra y sacrificasteis vuestra vida Sé que vos después que me habéis redimido con el precio infinito de vuestra muerte, me amáis del mismo modo, y que conserváis por mí la misma predilección que mostrasteis muriendo por mí, No permitáis, ¡oh Padre amoroso!, que yo persevere un solo instante en la ingratitud hacia vos, que sois digno de ser amado tan afectuosamente y que habéis hecho tantas cosas para que os amásemos.

Y vos, ¡oh Santísima Madre!, Virgen María, vos que con los dolores que sufristeis tenéis tanta parte en la pasión de vuestro Hijo, por el mérito de estos mismos dolores alcanzadme la gracia

de experimentar a lo menos una parte de aquella compasión que os afligió tan vivamente en la muerte de Jesús, y que sienta dentro de mí mismo alguna centella del amor que formó todo el martirio de vuestro dolorido corazón.

¡Oh Señor mío, Jesucristo!, que aquella fuerza abrasadora y meliflua de vuestro amor se empape dentro de mi alma, a fin de que muera con el amor de vos mismo, ya que habéis querido morir por mí (San Franc. Ass. Orat. 2)

EL AMOR DEL ALMA

O

REFLEXIONES, AFECTOS Y PRÁCTICAS DEVOTAS SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

PRIMERA PARTE

LOS FRUTOS QUE SE SACAN DE LA MEDITACIÓN DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

El amador de nuestras almas, nuestro amantísimo Jesús, declaró expresamente que no tuvo otro fin para venir a la tierra y hacerse hombre que encender en los corazones de los hombres el fuego de su amor divino. *Yo vine a poner fuego a la tierra, ¿y qué quiero más sino que arda?* (Lc 11, 9). ¡Ah! ¿Qué abrasadoras llamas de caridad no ha encendido en muchísimas almas piadosas, y sobre todo con los padecimientos que acompañaron su muerte y se nos manifestó más y más su inmenso amor? ¡Oh cuantos corazones dichosos, que con la sola vista de las llagas de Jesús, fragua encendida de amor divino, se inflamaron tanto de amor divino que no dudaron sacrificar sus bienes, sus vidas y a sí mismos, triunfando con su valor de todos los obstáculos que se les presentaban a la vista en la observancia de los mandamientos de este Dios, quien siendo Dios, quiso sufrir tanto por nosotros! Este es el consejo es el que daba el Apóstol, a fin de que pudiésemos seguir, sin que nada pudiese detenernos, los caminos que llevan al cielo: *Poneos delante de vuestro ojos a Jesús que quiso sufrir tal contradicción de los pecadores contra su misma persona, con el fin de que no perdáis la confianza y el ánimo* (Heb 13, 3)

A la sola vista de Jesús crucificado y cubierto todo de llagas, san Agustín, todo enternecido, se expresaba de esta manera; ¡Oh dulcísimo Salvador! imprimid vuestras llagas dentro de mi corazón, y que lea en ellas todos vuestros acerbos dolores y vuestro amor. Cuando tuviere delante de mis ojos el retrato de vuestros padecimientos, que vos, Dios mío, sufristeis por mí, yo mismo sufriré con paciencia todas las penas y trabajos que me sobrevengan; y viendo después las pruebas de este indecible amor, que se manifestó en la cruz, ya no amaré, ni me será posible amar a otro sino a vos.

¿De dónde tomaron los santos el ánimo y valor contra los tormentos, contra el martirio y contra la misma muerte sino de los sufrimientos de Jesucristo crucificado? San José de Leonisa, religioso capuchino, estando ya cercano a sufrir una operación muy dolorosa y que para ella le preparaban las cuerdas con las cuales debían atarle los miembros, tomó con sus manos un crucifijo y exclamó: ¿qué cuerdas son estas? Ahí tengo mis cuerdas, este Señor enclavado por mí, este Señor con sus dolores me ata y anima a sufrir cualquier pena por su amor. Y luego sufrió todos los dolores de la operación sin dar señal alguna de dolor, y no pensó en otra cosa más que en Jesús, quien *como cordero estuvo mudo delante del que le esquila, y no abrió tu boca* (Is 53. 7) ¿Quién podrá jamás quejarse de sus trabajos y penas viendo a Jesús, que *quiso ser pisado y despedazado por nuestras maldades?* (Is 53, 5) ¿Quién tendrá ánimo para rehusar obedecer, aunque sea muy costoso viendo que Jesús obedece hasta morir en una cruz? ¿Quién podrá quejarse de las injurias y de los oprobios si ve que a Jesucristo se le trata de insensato, de malvado, le llaman rey por irrisión, le hieren las mejillas, le cubren de ultrajes y le cuelgan en un infame patíbulo?

¿Y quién podrá amar otra cosa si no es Jesús, que muere en medio de tormentos tan atroces y de insultos inauditos para adquirir y llevarse mejor nuestro amor? Un solitario muy devoto pedía a Dios lo enseñase que era lo que debía hacer para amarle perfectamente, y el Señor le manifestó que para llegar a este grado de perfección no debía practicar otro ejercicio que meditar con mucha frecuencia su pasión. La seráfica doctora mística, santa Teresa de Jesús, se lamentaba y condolía amargamente el que algunos libros le habían enseñado, que el meditar mucho sobre la pasión de Jesucristo, podía servirle de embarazo para la contemplación del mismo Dios. Decía: *¡Oh Señor de mi alma, y bien mío, Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición... ¿Es posible, Señor mío, que cupiera en mi pensamiento, ni una hora, que vos mismo me habiades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes sino de vos?* Y luego continuaba: *Y veo muy claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes,*

quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Magestad se deleita (Cap. 22 de su Vida nº 2, 3).

De ahí procede —decía el P. Baltasar Alvarez—, la ruina y perdición de muchos cristianos, porque no saben los grandes tesoros que están escondidos en Jesucristo. Por este motivo la meditación de los padecimientos de Jesús era su devoción favorita y usual, deteniéndose con particular estudio en la meditación de la pobreza, de los oprobios y dolores de nuestro Salvador. Con esto exhortaba a sus penitentes que meditasen su pasión, y les decía que no pensasen haber hecho cosa buena si no llegaban a tener su corazón siempre fijo en Jesucristo crucificado.

Todos los que se propongan caminar de virtud en virtud y adquirir nuevas gracias —decía san Buenaventura—, han de meditar incesantemente en la pasión de Jesús: *Si quieres progresar de virtud en virtud y de una gracia a otra, medita todos los días la pasión de Cristo. No hay ninguna cosa que apresure tanto nuestra total santificación como la meditación de la pasión de Cristo. No hay otro ejercicio* —añade después— *más eficaz para la santificación de las almas como el considerar los sufrimientos de Jesucristo. Una sola lágrima derramada pensando en la pasión de Jesús* —decía san Agustín (Ap. Bernad de Bustis) —, *vale más que una peregrinación a Jerusalén y un año de ayunos a pan y agua*. En efecto, es así, pues que el Salvador padeció tanto a fin de que nosotros continuamente pensásemos en él; y cuando uno se ocupa en estos pensamientos es imposible que no sienta el fuego ardoroso del amor divino. La caridad de Jesucristo nos insta (2 Cor 5, 14), decía san Pablo: si son pocos los que aman a Jesús, esto proviene porque son pocos los que meditan sus penas y sufrimientos; pero el que medita muchas veces sus trabajos no puede vivir sin que ame. *La caridad de Jesucristo nos urge*. El que quiera experimentar todo esto, se sentirá tan herido del amor divino que no le será posible dejar de amar a un Dios tan amoroso, que tanto sufrió por él.

Por eso el Apóstol aseguraba que no quería saber otra cosa que Jesucristo, y a Jesucristo crucificado: es decir, que no quería conocer sino el amor que Jesús nos mostró en el madero de la cruz. *No he hecho ostentación de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado* (1 Cor 2, 2). Y en verdad, ¿en que otro libro podremos aprender mejor la sabiduría de los santos,

aquella digo, que nos enseña amar a Dios, que en la pasión de Cristo? El hermano Bernardo Corlion, religioso capuchino y gran siervo de Dios, no sabía leer, y sus hermanos querían que lo aprendiese. Pero él antes quiso consultarlo con un crucifijo, y Jesús le respondió desde lo más alto de la cruz: ¿Qué necesidad tienes de libros ni de leer? Yo mismo soy tu libro, libro en el que puedes leer el amor inmenso que te tengo. ¡Ah, qué asunto tan grande y sorprendente, digno de ser considerado durante nuestra vida y por toda la eternidad! Un Dios que muere por nuestro amor, un Dios que muere por sus criaturas, ¿puede haber algo más interesante?

Santo Tomás de Aquino fue cierto día a visitar a san Buenaventura, y pidiéndole aquel de qué libros había tomado las hermosas doctrinas que había escrito y publicado, san Buenaventura le mostró un Crucifijo todo ennegrecido con los continuos besos u ósculos que el Santo le daba, y le dijo: Ahí tienes mi libro, de este tomo lo que escribo. Lo poco que yo sé, todo lo he aprendido en él. En una palabra todos los Santos han aprendido el arte de amar a Dios meditando en el estudio del Crucificado. Fr. Juan de Alvernia no podía contener las lágrimas, siempre que consideraba las llagas de Jesús. Fray Jacobo de Tuderto no se contentaba con llorar y sollozar cuando oía leer la Pasión de Cristo, sino que prorrumpía en una especie de aullidos: tanto era lo que se inflamaba en amor de su estimadísimo Redentor

San Francisco de Asís con el estudio de Jesús crucificado, se igualó en amor a los mismos serafines. Todas las veces que meditaba los padecimientos de Jesús derramaba tanta abundancia de lágrimas, que casi había perdido la vista. Una vez se le encontró que gritaba y se lamentaba, y como se le preguntase cuál era la causa de sus lamentos: ¿Qué causa he de tener? —respondió el Santo—, yo lloro porque veo a mi Dios sufriendo y cubierto de oprobios; yo lloro porque veo la ingratitud de los hombres que no le aman y le olvidan. Todas las veces que oía balar algún cordero, su corazón se llenaba de compasión, porque pensaba en los dolores de Jesús, cordero sin mancha, inmolado en el árbol de la cruz por los pecados de los hombres. Y tan lleno estaba de amor, que ninguna cosa recomendaba a sus hijos con mayores instancias que el que pensasen continuamente en la pasión de Jesús.

Este es el gran libro en que hemos de estudiar: Jesús crucificado; si le leemos constantemente aprenderemos dos cosas de suma importancia, y son: temer el pecado y amar a un Dios tan bondadoso. En efecto, en las llagas de Jesús leemos la malicia del pecado que obligó a todo un Dios morir con un suplicio afrentoso para satisfacer a la justicia divina, y también el amor que este mismo Dios ha manifestado sometándose a unas penas tan atroces, a fin de que entendiésemos cuanto era el amor que nos tenía.

Roguemos a la madre de Dios, la Virgen María, que nos alcance de su Hijo la gracia de poder entrar en aquellas fraguas de amor divino, donde están ya ardiendo tantos corazones enamorados, y que todos nuestros afectos terrenos queden consumidos y anonadados: que no quede dentro de nosotros sino lo que sirva para inflamarnos en un santo amor divino, que santifique nuestras almas en la tierra y las haga dichosas en el cielo.

CAPÍTULO I

DEL AMOR DE JESUCRISTO CONSIDERADO EN SU VOLUNTAD DE SATISFACER LA JUSTICIA DIVINA POR NUESTROS PECADOS

Leemos en la historia un acontecimiento, o más bien, un prodigio admirable de amor, que siempre será el asombro de todos los siglos. Un rey muy grande, señor de muchos reinos, no tenía más que un hijo solo, tan hermoso, tan afable, tan cariñoso y sabio que este joven príncipe era el embeleso y la dicha de su padre, quien le amaba como a sí mismo. Este joven príncipe amaba con especial ternura a uno de sus esclavos, el cual habiéndose hecho culpable de un crimen muy grande, se le condenó a muerte; y el joven príncipe se ofreció a morir por él. El rey, que era muy justiciero, perdonó al esclavo, pero condenó a muerte a su amado hijo.

Este caso tan singular, que no se ha visto, ni se verá otro que sea igual, le encontramos estampado en nuestros Evangelios, donde leemos, que habiendo sido condenado el hombre a una muerte eterna por causa de sus pecados, el Hijo de Dios, Señor del Universo, se revistió de la naturaleza humana, y muriendo quiso pagar por sí mismo la deuda del hombre. *Fue ofrecido porque él lo quiso así* (Is 53, 7). El Padre eterno resolvió que muriese en una Cruz, por la salud de todos los miserables pecadores. *No perdonó a su propio hijo, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros* (Rom 8, 32). ¿Qué os parece, almas devotas, de este amor del Hijo, y del Padre? ¡Ay, Redentor mío! ¡Vos habéis querido sacrificaros para merecer mi perdón con el precio de vuestra vida! Y ¿qué puedo yo hacer para manifestaros mi gratitud? Vos me habéis obligado de un modo extraordinario a que os amase, y sería muy ingrato si no os amase de todo mi corazón. Vos me habéis dado vuestra vida divina; yo, pecador infeliz, tal

como es mi vida os la doy, ¡Ojala pudiera emplearla ya toda entera en a maros, obedeceros y agradecerlos!

¡Oh hombres, oh hombre, amemos a este Redentor, que siendo el mismo Dios, no se ha desdignado de cargarse de nuestros pecados y satisfacer por ellos las penas y castigo, que nosotros merecíamos! *Verdaderamente cargó sobre sí mismo nuestros dolores y también sobrellevó nuestras dolencias*. Dios —decía san Agustín— nos crió con su omnipotencia; pero nos ha rescatado del cautiverio de la muerte eterna con sus propios dolores: *Con su poder nos dio el ser y con sus penalidades nos compró*. Cuanto no os debo ¡oh Jesús, Salvador mío! Si yo derramase mil veces toda mi sangre, y si diere mil vidas por vos, todo esto aún sería poco. ¡Oh! quien meditase continuamente en el amor que habéis manifestado en vuestra pasión; ¿podría amar otra cosa que a vos? Por este ardiente amor con el que habéis amado tanto en la cruz, hacedme la gracia de que os ame de todo mi corazón. Yo os amo, bondad infinita; yo os amo sobre todas las cosas y no quiero otra recompensa sino vuestro santo amor.

Pero —repite san Agustín—, ¿cómo ha sido posible, oh Dios mío y Salvador del mundo? ¿cómo ha sido posible que siendo yo el que he cometido el delito, vos hayáis tenido que sufrir la pena de mi crimen? *¿Adónde os llevó este amor? ¿Yo, yo obré inicualemente y vos sois condenado a padecer?* Y bien, ¿qué os importaba —dice san Bernardo— el que todos nosotros perezásemos y se nos castigase como merecíamos? ¿Debíais por ventura vos, oh Dios mío, expiar vuestros pecados con tantos sufrimientos; debíais acaso morir para libertarnos de la muerte? *¡Oh buen Jesús! ¿qué interés tenéis? Nosotros debíamos morir y vos pagáis la pena. Nosotros somos los reos, y vos pagáis con la vida. ¡Oh acción nunca vista, gracia no merecida; y caridad inmensa!* (*Quodl.* 5) Obra que no ha tenido ni tendrá otra que sea semejante, gracia que nosotros no éramos capaces de merecer, amor que ninguna inteligencia criada puede comprender

El profeta Isaías había predicho que nuestro Redentor sería condenado a muerte y llevado al sacrificio como un cordero inocente: *Como oveja será llevado al matadero* (Is 53, 7). ¡Qué asombro no debía causar a los ángeles, oh Dios mío, al ver que su Señor inocente era llevado como una víctima para ser inmolada en el ara de la cruz, por amor de los hombres! ¡Qué pasmo no

infundiría a los ángeles, y aun a los del infierno viendo a un Dios ajusticiado como un rebelde en un infame patíbulo, por satisfacer los pecados de sus criaturas!

Cristo nos redimió de la maldición de la ley siendo hecho antes por nosotros objeto de maldición; (porque está escrito, maldito todo aquel que está colgado en un madero a fin de que la bendición de Abrahán tur viese lugar en los gentiles). (Gal 3, 13) Él fue objeto de maldición en la cruz —decía san Ambrosio— para que tú fueses objeto de bendición en el reino de Dios. Así pues, Salvador mío muy amado, a fin de alcanzar en mi favor las bendiciones divinas, habéis sufrido la afrenta de comparecer clavado en una cruz, maldecido y escarnecido a la vista de todos, desamparado en vuestra agonía de vuestro mismo padre, lo que os forzó a exclamar con aquellos gritos tan dolorosos: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habéis desamparado? (Mt 27, 26). Explicando estas palabras Simón de Casia, dice que Jesús quedó desamparado en su pasión para que nosotros no quedásemos abandonados en nuestros pecados. ¡Oh prodigio de piedad! ¡Oh exceso prodigioso del amor de un Dios para con los hombres! ¿Es posible que haya hombres, oh Jesús mío, que crean en vos y no os amen?

Jesucristo *nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (Apoc. 1, 5). ¡Ved, oh mortales, hasta donde llegó el amor de Jesús, que para purificaros de las inmundicias de los pecados, ha querido, perdiendo su vida, prepararos un baño de salud con su propia sangre! *Ofrece —dice Contenson— una sangre que clama con más fuerza que la de Abel; porque la de éste reclama la justicia, pero la de Cristo implora la misericordia* (Theolog. Tom. 2, lib. 10. dis. 3). Aquí exclama san Buenaventura: *¡Oh buen Jesús qué habéis hecho! ¿Adónde os ha llevado el amor? ¿qué habéis encontrado en mí qué así hayáis quedado prendado de mi naturaleza? porque, ¿qué es lo que amáis en mí? ¿qué es lo que yo soy? ¿A qué padecer vos tanto por mí? ¿quién soy yo? ¿qué es lo que valgo? ¿y por qué habéis querido comprar mi amor a un precio tan exorbitante? Bendito y alabado seáis para siempre.*

¡Oh vosotros, todos cuantos pasáis por este camino, atended y ved si hay algún dolor que pueda compararse al mío! (Lam 1, 12). Cuando el Doctor seráfico reflexionaba sobre estas palabras del profeta Jeremías, como proferidas por nuestro

Redentor mientras estaba muriendo en la cruz por nuestro amor, decía: *Antes bien, Señor mío, atenderé y veré si hay ningún otro amor como el vuestro*. Como si dijere: ya veo, ya atiendo, ¡oh amorosísimo Jesús mío! cuanto habéis padecido en este infame leño; pero lo que más me obliga a amaros es saber el grande afecto que me habéis manifestado con tanto padecer, sin otro fin que el que yo os amase,

Lo que más estimulaba a san Pablo a que amase con más ardor a Jesús, era pensar que Jesucristo había muerto no solamente por todos, sino también por él mismo: *Me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2, 20). Esto que decía san Pablo debe cada uno de nosotros repetirlo; pues, como asegura san Juan Crisóstomo: *amo tanto a cada uno de los hombres como a todo el mundo*. Por lo que todo, y cada uno en particular no está menos obligado a Jesucristo, porque él padeció de tal modo por todos, como si no hubiera padecido más que por uno solo. Dime, hermano mío, si Jesús no hubiese muerto más que por ti solo, abandonando a todos los demás en su ruina original, ¿cuán obligado no le estarías? Pues debes saber que le estás muchísimo más obligado, porque murió por todos. En efecto, si él no hubiera muerto más que por ti, ¿qué sentimiento y pena no experimentarías al ver que tus conocidos —padres, hermanos y amigos— se hubiesen de condenar, y que tuvieras que separarte eternamente de todos ellos después de esta vida? Si hubieras sido hecho esclavo con toda tu familia, y viniese alguno a sacaros de este infelicitísimo estado, ¿de qué modo no instarías y rogarías a este bienhechor a fin de que se compadeciese de tus padres y de tus hermanos? ¿y qué de gracias no le darías si lo hiciera por amor de ti? ¡Ah, dulcísimo Redentor mío! esto mismo habéis hecho vos por mí, sin que yo os le pidiera; no solamente me habéis libertado de la muerte y me habéis rescatado con el precio infinito de vuestra sangre, sino que también a mis padres, hermanos y amigos, de modo que puedo esperar que gozaré con ellos de vuestra amable presencia en la gloria celestial. Señor, os doy infinitas gracias, y os amo con la confianza de poder daros las gracias y amaros eternamente en la patria celestial.

¿Quién podrá jamás explicar como es debido —dice san Lorenzo Justiniano— el amor que el Verbo divino tiene a cada uno de nosotros; amor más grande que el de los hijos para con sus

madres, y que el de éstas para sus tiernos hijos? *Excede a todo afecto maternal y filial la caridad intensa del Verbo divino, ni la elocuencia mundana es capaz de declarar cuán grande es el amor que tiene a cada uno.* Este amor es tan vehemente, que el mismo Señor reveló a santa Gertrudis, que él estaba dispuesto a morir tantas veces cuantas son las almas condenadas, si fuese posible su redención.

¡Oh buen Jesús! ¿por qué los hombres os aman tan poco? ¡Ah! dadles a conocer lo que habéis hecho por cada uno de ellos, el amor que les tenéis, las ansias de que os amen, y las prendas tan dignas de ser amadas por su hermosura, que vos poseéis; haced, Jesús de mi alma, que os conozcan, haced que todos os amen

Yo soy el buen pastor —decía Jesucristo— *que da su vida por tus ovejas* (Jn 10, 11). Pero, Señor, ¿dónde encontraremos en el mundo pastores que se os parezcan? Los otros pastores dan la muerte a sus ovejas, para conservar la vida de ellos; mas, vos, pastor muy amado, habéis querido sacrificar vuestra vida divina para conservar la vida de vuestras ovejas. Y yo, ¡oh amabilísimo pastor!, soy por mi dicha una de estas ovejas. ¿Cuán obligado no estoy a amaros y ocupar toda mi vida por vos, ya que por mi amor habéis querido morir? ¿Qué confianza no he de tener yo en vuestra sangre tan preciosa, si veo que ha sido derramada para satisfacer por mis pecados? *Dirás en aquel día: Señor, os daré gracias y os alabaré... He aquí, Dios, mi Salvador, obraré con confianza y no temeré* (Is 12, 1-2) ¿Cómo, pues, puedo desconfiar jamás de vuestra misericordia, ¡oh Dios mío! si considero vuestras llagas? Acudamos, ¡oh pecadores! y recurramos a Jesús, el cual, en el madero de la cruz como un trono de misericordia, ha aplacado la justicia divina, irritada contra nosotros. Si nosotros hemos ofendido a Dios, él ha hecho la penitencia por nosotros, y basta que nosotros nos arrepintamos.

¡Ah, queridísimo Salvador mío, a que os ha reducido la compasión de amor que tenéis conmigo! Delinque el esclavo, y vos, Señor, pagáis la pena. Si pienso en mis pecados, debo temblar por el castigo que merezco; pero considerando vuestra muerte, tengo motivos más poderosos de confianza que de temor. ¡Ah sangre preciosísima de Jesús, tú eres toda mi esperanza! Mas esta sangre, así como nos da ánimo, también nos obliga a que

seamos todo de nuestro Redentor. *¿Ignoráis por ventura* —dice san Pablo— que ya no os pertenecéis; y que habéis sido comprados a gran precio? (1 Cor 6, 19-20). Ya, pues, Jesús mío, no puedo disponer más de mí sin cometer una enorme injusticia, ni tampoco de cuanto me pertenece. Vos me habéis comprado con el precio de vuestra sangre. Mi cuerpo, mi alma, mi vida no son cosas mías; son vuestras y todas vuestras. Así, pues, no quiero otra cosa que esperar en vos, solo quiero amaros, oh Dios mío, crucificado y muerto por mi amor. No os puedo ofrecer otra cosa que esta alma redimida con vuestra sangre, esta misma os ofrezco. Hacedme la gracia de que os ame, pues no quiero otra cosa más que a vos, Salvador mío, mi Dios, mi amor y todas las cosas. Hasta el presente solo con los hombres era agradecido, y solamente con vos desagradecido. Mas ahora os amo y no tengo otra pena que me aflija tanto como el haberos disgustado. ¡Oh buen Jesús! Dadme una santa confianza en vuestra pasión. Desarraigad de mi alma todos los afectos que no son por vos, solo quiero amar a vos, que sois el único acreedor a mi amor y quien tanto me habéis obligado a que os ame.

¿Y quién será capaz de no amaros, quien podrá resistirse a vuestro amor, viendo que sois el Hijo muy amado del eterno Padre, y habéis querido por nosotros morir con una muerte tan cruel y atroz? ¡Oh amor de las almas, Jesús mío, yo os amo, yo os amo, yo os amo! Mas muy poco es lo que os amo, dadme pues un amor más grande, dadme un fuego divino y viva ardiendo siempre en amor divino. No merezco esta gracia, pero vos la merecéis, ¡oh bondad infinita! Amen, así lo espero, así sea.

CAPÍTULO II

JESUCRISTO QUISO PADECER MUCHO POR NOSOTROS, PARA QUE COMPRENDIÉSEMOS EL AMOR INFINITO QUE NOS TENÍA

Dos cosas —escribió Cicerón— dan a conocer al verdadero amante, y son hacer bien a la persona amada, y también padecer por ella; esto último es la prueba más cierta del verdadero amor. Dios, con los innumerables favores de que había colmado al hombre, bien manifestaba el amor excesivo que le tenía; pero el hacerle bien —dice san Pedro Crisólogo— pareció que era muy poco a su inmenso amor, si no encontraba otro modo de manifestar cuanto amaba al hombre, padeciendo y muriendo por él, como lo hizo revistiéndose de la naturaleza humana. *Creo que todo sería muy poco, si no mostrase su afecto padeciendo tantas adversidades. ¿Y qué otro modo podía inventar la sabiduría divina para manifestarnos el inexplicable amor que nos tiene, si no es con el de hacerse hombre y padecer por nosotros? No era posible declarar el amor de otra manera*, escribe a este propósito san Gregorio Nacianceno. ¡Amado Jesús, vos habéis hecho demasiados esfuerzos para declararme vuestro afecto y para que quedase enamorado de vuestra bondad! Muy grande injuria sería si yo os amase poco o amase otra cosa que a vos.

Un Dios que se presenta a nuestros ojos llagado, crucificado y moribundo —dice Cornelio á Lapide (1 Cor), nos da la prueba más expresiva del amor que nos tiene: *En la cruz Dios nos da pruebas de un amor infinito*. Antes que este célebre comentador nos dijera esto, san Bernardo nos había ya declarado que Jesús dio a conocer en su pasión, que el afecto que nos tenía no podía ser mayor de lo que era. *El árbol de la cruz nos muestra una caridad sin límites y sin comparación* (De Pass. 41). El apóstol san Pablo nos asegura que cuando Jesucristo resolvió morir por los hombres, a fin de salvarlos, quiso con esto darnos una idea del

amor de todo un Dios hacia nosotros, que somos criaturas miserables: *después que Dios, Salvador nuestro, ha manifestado su benignidad* (Tit 3, 4). Pues, Señor, ahora veo claramente que todas vuestras llagas me hablan del amor que me tenéis; ¿y quién a la vista de tantas pruebas de vuestra caridad podrá resistirse a amaros? Con mucha razón decía la seráfica madre santa Teresa de Jesús: ¡Oh amabilísimo Jesús, el que no os ama, da muestras de que no os conoce!

Es cierto que Jesucristo podía salvarnos sin padecer, y llevando una vida tranquila y deliciosa; mas no, dice el apóstol san Pablo: *viendo el gozo que te estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de las ignominias* (Heb 12, 2). Despreció las riquezas, las delicias, los honores terrenos, eligió una vida pobre y una muerte dolorosísima con todos los oprobios, ¿Y por qué todo eso? ¿No era más que suficiente el que suplicase con una sencilla oración a su eterno Padre que perdonase al hombre, la que siendo de valor infinito bastaba para salvar a todo el mundo y a mil mundos? ¿por qué, pues, escogió tantas penas con una muerte tan cruel que —según Contenson (*Theotog.* Tom. 2, lib. 10, diss 4) —, en sus agonías el dolor le arrancó el alma del cuerpo? ¿y por qué tantos sacrificios para redimir al hombre? Bastaba — responde san Juan Crisóstomo— una sola súplica de Jesús para redimir al hombre; pero no bastaba para ponernos de manifiesto todo el amor que este gran Dios tiene al hombre. Lo que era suficiente para la redención no lo era para el amor (Sermón 128). Lo cual confirma santo Tomás con estas palabras: *Como Cristo padeció por un efecto de su caridad recompensó con esto mucho más de lo que era debido por razón de la ofensa del linaje humano* (3 p. quoe est. 48 a. 2). Porque como Jesús nos amaba tanto, quería que nosotros le amáramos del mismo modo, y que con esto hizo cuanto estuvo de su parte a fin de conciliarse nuestro amor, y para que comprendiésemos que ya no era posible hacer otra cosa mayor para hacerse amar de los hombres: quiso — dice san Bernardo— fatigarse muchísimo y padecer tanto sin más interés que obligar al hombre que le amase del mismo modo.

¿Qué mayor prueba de amor puede darse a la persona amada —dice el Salvador— que perder la Vida por ella? *Nadie tiene un amor más grande, que el que expone y da su vida por sus amigos* (Jn 15, 13), Pero vos, ¡oh Salvador amantísimo! —dice san

Bernardo—, habéis hecho más que esto, pues que habéis sacrificado vuestra vida por nosotros, que no éramos amigos vuestros, sino enemigos y rebeldes: *Vos, Señor, habéis tenido más caridad, dando vuestra vida por vuestros enemigos*. Esto mismo nos advirtió el Apóstol, escribiendo a los de Roma: *Lo que da más esplendor y grandeza a la caridad de Dios para con nosotros es que siendo pecadores como éramos en este tiempo señalado, Cristo murió por nosotros* (Rom 5, 8). Así es, Jesús mío, vos habéis querido morir por mí, que era vuestro enemigo; y ¿podré yo resistir a tanto amor? Aquí estoy, ya que vos deseáis con tanto anhelo que yo os ame, os amo sobre todas las cosas, echo fuera de mí todo amor que no sea vuestro; sólo quiero vuestro amor.

San Juan Crisóstomo dice que el principal fin que se propuso Jesucristo en su pasión fue el poner a la vista de todos su intensísimo amor, y por este medio atraerse nuestros corazones, teniendo delante de nuestros ojos los males que había sufrido. *Esta fue la primeva causa de la pasión del Señor, porque quiso que el hombre entendiese cuanto le amaba Dios, quien más quiso ser amado que temido*. Santo Tomás añade: que nosotros por medio de la pasión de Jesús, conocemos toda la grandeza del amor de Dios para con el hombre. *Con esto conoce el hombre cuán grande es el amor que Dios le tiene*. Mucho tiempo antes nos había dicho el evangelista san Juan: *Con esto entendimos lo que era la caridad de Dios, porque el dio su vida por nosotros*. ¡Ah Jesús mío, cordero sin mancha, sacrificado por mí en el árbol de la cruz! *haced que tantos trabajos no sean perdidos por mí*, haced que consiga el fin de tantas penas. Atadme estrechamente con las blandas cadenas de vuestro amor, a fin de que no os deje ni me separe jamás de vos: *Jesús dulcísimo, no permitáis que yo me separe de vos; no permitáis que yo jamás sea separado de vos*.

Cuenta san Lucas, que hablando Moisés y Elías, en la cima del monte Tabor, de la pasión de Cristo, dijeron que era un exceso: *y hablaban del exceso que había de completar en Jerusalén* (Lc 9, 31). Sí —dice el Doctor seráfico—, con mucha razón se llamó exceso a la pasión de Cristo, porque *fue un exceso de dolor y también un exceso de amor*. Y un teólogo muy devoto añade: *¿qué más pudo padecer de lo que padeció? Llegó al*

último exceso de dolor y de amor (Contenson lib. 1). Y ¿quién podrá dudarle?

La ley divina solo manda que nos amemos como a nosotros mismos, pero Jesús ha amado a los hombres mucho más que a sí mismo, dice el padre san Cirilo. Pues, amabilísimo Redentor mío, os diré con san Agustín, vos habéis llegado al punto de amarme más que a vos mismo, porque con la mira de salvarme habéis querido perder vuestra vida divina, infinitamente más preciosa que la vida de todos los hombres y de todos los ángeles juntos: *Me amaste más que a ti porque quisiste morir por mí.*

¡Oh Dios infinito —exclama el abad Guerrico—, *vos por amor del hombre (sí es permitido decirlo), habéis llegado a ser pródigo de vos mismo! ¿Cómo no* —añade—, *si habéis querido dar no solamente vuestros bienes, sino que también a vos mismo, para recuperar al hombre perdido?* ¡Oh prodigio, oh exceso de amor, digno solamente de una bondad infinita! ¿Y quién jamás podrá —dice santo Tomás de Villanueva—, ni aun concebir débilmente la inmensidad de vuestro amor, ¡oh Señor mío!, con haber amado tanto a nosotros, débiles gusanillos, muriendo en una cruz, sí, muriendo en una cruz? ¡Ah! este amor —concluye el mismo santo—, excede toda medida y es superior a toda inteligencia.

Es una cosa sumamente grata verse amado de alguna persona, y en particular cuando la persona es tal que puede proporcionar alguna felicidad. Pues, ¿cuánto no será más grato y dulce el saber que Dios nos ama y que puede hacernos felices por toda una eternidad? En la ley antigua el hombre no estaba tan convencido de que Dios le amase tan tiernamente; pero después que aquel ha visto al mismo Dios pendiente de un patíbulo, derramando su sangre y muriendo por el hombre, ¿cómo podrá ya dudar desde entonces de que Dios le ama con toda la ternura y efusión de su corazón? ¡Oh alma mía! mira a Jesús clavado en aquel madero de la cruz todo llagado, sin tener donde reclinar su hermosa cabeza; considera que con aquellas sangrientas heridas te hace tocar el amor infinito de su corazón enamorado: *se nos abre de par en par el arca de su corazón, con las aberturas de su cuerpo*, dice san Bernardo. ¡Amor mío, Jesús!, me causa una aflicción indecible veros morir entre tantos tormentos y angustias en este infame leño; pero me sirve de grande consuelo y me

enamora de vos conocer por medio de estas llagas preciosas el amor inexplicable que me tenéis. Serafines, que por vuestro amor estáis tan encumbrados en lo más alto de los cielos; ¿qué os parece del amor y caridad de mi Dios, quien me ha amado tanto, que se ha entregado todo entero por mí?

San Pablo decía que cuando los gentiles oían predicar a Jesús crucificado por los hombres, pensaban que todo esto era una necedad que debía despreciarse: *pero nosotros predicamos a Jesús crucificado, lo que es un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles* (1 Cor 1, 25). ¿Cómo es posible —decían los gentiles— creer que un Dios todo poderoso, que no necesita de nadie para ser felicísimo, como en realidad lo es, quisiera hacerse hombre y morir en un infame patíbulo para salvar al hombre? Esto sería lo mismo —repetían— que creer en un Dios que se volvió loco por un efecto de amor hacia los hombres: *Gentibus autem stultitiam*. Con esto no quieren creer en Jesucristo. Mas esta grandiosa obra de la redención del hombre, que los gentiles tenían por locura y la llamaban así, la fe nos asegura que Jesucristo la emprendió y completó. *Hemos visto al sabio que parecía haberse vuelto casi loco por su desmedida amor*; decía san Lorenzo Justiniano. En efecto, habíamos visto la paciencia eterna, o el unigénito hijo de Dios, que se había vuelto loco, si es permitido explicarse así, con el amor excesivo que manifestó a los hombres. Sí, ¿no parece una locura —dice Ugo cardenal— que Dios quisiera morir por los hombres?

El Beato Jacobo, quien en el siglo había sido gran literato después que se hizo religioso de san Francisco, parecía que se había vuelto loco con tanto amor a Jesucristo. En una ocasión se le apareció este Señor, y le dijo: Jacobo, ¿por qué haces estas locuras? ¿Por qué las hago? —respondió—, porque vos me lo habéis enseñado. Si yo soy loco —continuó él—, vos lo habéis sido primero por mí, *stultus sum, quia stultior me fuisti*. Del mismo modo Santa María Magdalena de Pazzis, cuando estaba en algún arrobamiento, exclamaba: *¡Oh Dios de amor!, ¡oh amoroso Dios! Demasiado es, Jesús mío; es excesivo el amor que tenéis a los hombres*. En una ocasión, estando en un éxtasis fuera de sí, tomó un crucifijo y echando a correr por el monasterio gritaba: *¡Oh amor! ¡Oh amor! No cesaré jamás, Dios mío, de llamarnos amor*. Después, mirando a las religiosas les decía: *¿No sabéis,*

queridas hermanas, que mi amado Jesús no es otra cosa que amor? Aun me parece que en cierto modo es como loco por amor. Tal digo que sois, Jesús mío, y siempre lo diré. Después de esto levantaba los ojos al cielo y continuaba así: *¡Oh amor! ¡Oh amor! dadme, Señor mío, una voz tan grande, que llamándote sea oída en todas las partes del mundo, hasta en el mismo infierno.* Alguna vez se puso a tocar las campanas para que todos viniesen, si hubiera sido posible, como ella deseaba, a amar a su estimadísimo Jesús.

Sí, Redentor mío (permitidme que os lo diga), mucha razón tenía esta vuestra esposa de llamaros: *loco de amor*. Pues, en efecto, ¿no parece una locura el haber querido morir por mí, ingrato como soy, de quien ya preveíais las ofensas y traiciones que os haría? Pues ya que, Dios mío, habéis llegado al extremo de volveros como loco por mí, ¿cómo es que yo no me vuelvo loco de amor por vos? Después que os he visto muerto por mí, ¿cómo es posible pensar sino en vos, ni amar otra cosa que a vos? Sí, Señor mío, sumo bien mío, el más amable entre todas las cosas criadas, os amo más que a todo lo que no sois vos. Os prometo que de hoy en adelante no amaré sino a vos, teniendo siempre presente el amor ardiente que me habéis mostrado, muriendo por mí con tantos dolores

¡Oh azotes, oh espinas, oh clavos, oh cruz, oh llagas, oh fatigas, oh muerte de mi Jesús! Vosotros mucho me obligáis e inducis a amar al que tanto me ha amado. ¡Oh hijo de Dios hecho hombre, oh Dios amoroso, que mi alma se enamore de vos! Quisiera amaros tanto, que nada encontrase deleitable sino el seros agradable, dulcísimo Señor mío; pero ya que vos deseáis con tanto anhelo mi amor, declaro que no quiero vivir sino por vos. Quiero hacer todo lo que vos queréis de mí. ¡Ah Jesús mío! ayudadme, haced que yo os complazca enteramente y siempre por toda la eternidad. María, madre de Jesús y mía, rogad por este miserable pecador, a fin de que me haga participante de su amor, pues en esta vida no anhelo otra cosa que amar a Jesús, y después continuar amándole por toda la eternidad: Amen.

CAPÍTULO III

JESUCRISTO DESDE LOS PRIMEROS INSTANTES DE SU VIDA QUISO POR NUESTRO AMOR SUFRIR LAS PENAS DE SU DOLOROSA PASIÓN

El Verbo del eterno Padre vino al mundo a tomar carne humana, para obligar al hombre a que le amase; por lo cual vino con un deseo tan vehemente de padecer por nuestro amor, que parece no quiso perder un solo instante de atormentarse a sí mismo, a lo menos con el pensamiento. Apenas fue concebido en el seno de María, cuando ya se le representaron en su mente los padecimientos de su muerte, y con el fin de obtener por nosotros el perdón y la divina gracia se ofreció a su eterno Padre en satisfacción de nuestras culpas, pagando con sus penas lo que nosotros merecíamos. Y yo, Redentor mío, ¿qué he hecho y qué he padecido hasta ahora por vos? Sí yo por vos sufriese por el espacio de mil años todos los tormentos de los santos mártires, aun sería poco en comparación de lo que vos padeciste en aquel primer instante, en que os ofreciste y empezasteis a padecer por mí.

Los mártires padecieron en el martirio agudísimos dolores e ignominias sentidísimas; pero todo no duró más que su martirio. Jesús no cesó de padecer desde el primer momento de su vida todas las penas de su pasión; porque desde aquel primer momento tuvo delante de sus ojos aquella horrorosa perspectiva de tormentos e injurias soeces que debía recibir de los hombres. De ahí es que él mismo nos dice por boca del Profeta: *Siempre tengo a la vista mi dolor* (Salmo 37, 18). ¡Ay Jesús mío, vos por mi amor habéis sido tan codicioso de padecer, que antes del tiempo debido ya habéis querido sufrir; y yo soy tan codicioso de los placeres de la tierra! ¡Cuántos disgustos no os he dado para contentar y regalar mi cuerpo! Señor, por los méritos de vuestras fatigas arrancad mis afectos de todas las delicias mundanas. De

aquí en adelante propongo por amor vuestro de abstenerme de todas las satisfacciones. *Aquí se nombran aquellas satisfacciones de las que uno quiera abstenerse.*

Dios, poro un efecto de su benevolencia, quiere que ignoremos las penas y congojas que con el tiempo nos han de incomodar hasta el tiempo preciso que ya somos capaces de sentirlas. Si un malvado a quien se le ha ajusticiado en una horca, hubiese previsto este castigo ejemplar desde el primer instante en que hizo uso de su razón, ¿habría podido en ningún momento de su vida tener un breve rato de alegría? Si se hubiese presentado a Saúl desde el primer día en que comenzó a reinar aquella mortífera espada con la que después se atravesó; si el bárbaro Judas hubiese tenido mucho antes a la vista aquellas cuerdas con las cuales después se ahogó desesperado, ¡cuán triste y fúnebre no habría sido la vida de estos dos criminales! Pues nuestro amabilísimo Redentor, desde el primer momento de su vida, ya vio los azotes, las espinas, la cruz, los ultrajes de su pasión y la muerte afrentosísima que se le preparaba. Sí, cuando veía las víctimas ofrecidas en el templo, que todas eran figuras del gran sacrificio que este cordero sin mancilla debía consumir en el ara de la cruz; cuando veía la ciudad de Jerusalén, sabía muy bien que allí debía acabar su vida en un piélago inmenso de dolores y de vituperios. Cuando miraba a su queridísima madre ya se le representaba verla agonizando de dolor al pie de la cruz próximo ya él a dar el último aliento. Sí, Jesús mío, la perspectiva horrible de tantos y tantos males os afligió y atormentó desde el primer instante de vuestra vida; y vos, Salvador mío, todo lo aceptasteis y sufristeis por mi amor.

La sola consideración, ¡oh afectuosísimo Señor mío! de todas las maldades de los hombres, y en particular de las mías, con las cunes ya veíais que se os ofendería, fue ya motivo poderoso para que toda vuestra vida fuese muy apesadumbrada y amarga; y que ningún hombre la haya experimentado igual. ¡Oh Dios mío! ¿por ventura hay alguna ley tan bárbara que pueda mandar a Dios que ame tanto a sus criaturas, y que estas en cambio le olviden y le ultrajen con sus pecados? ¡Ah Jesús mío y amor mío!, hacedme conocer toda la grandeza de vuestro amor y que jamás de aquí en adelante os sea ingrato. ¡Oh, si yo os amase,

dulcísimo Jesús; si yo os amase de veras, cuán gustoso y dulce no sería para mí el padecer por vos!

Cierto día se apareció Cristo a la venerable Sor Magdalena Orsini, la que hacía mucho tiempo estaba en una tribulación muy grande, y la animó para que sufriese sin conturbarse. Mas la sierva le respondió: Señor, vos solo estuviste clavado en la cruz por el espacio de tres horas, y yo ya hace muchos años que sufro esta tribulación. ¿Qué dices, ignorante, repuso Jesucristo reprendiéndola? Yo desde el primer instante que fui concebido en el seno de mi madre ya sufrí en mi entendimiento los mismos tormentos que después padecí en la cruz. ¡Ay Redentor mío estimadísimo! como avista de las fatigas que vos habéis sufrido por mi amor en todo el tiempo de vuestra vida puedo quejarme de cualquier cruz que vos me enviáis por mi bien. Os doy infinitas gracias porque me habéis redimido con tanto amor y con tanto dolor. Vos, con el fin de alentarme a sufrir en esta vida con paciencia los trabajos y aflicciones, habéis querido cargar sobre vos todos nuestros males. ¡Oh Señor!, haced que yo nunca pierda de vista el retrato de vuestros dolores y que sufra los míos por amor vuestro con una santa resignación.

Tu tribulación y angustia son tan grandes como el mar, (Lam 2, 13). Así como todas las aguas de los mares son saladas y amargas, del mismo modo toda la vida de Jesucristo fue un mar de amargura sin ningún género de alivio, como lo manifestó a santa Margarita de Cortona. De manera que así como en el mar se juntan todas las aguas de la tierra, también se juntaron en Jesucristo todos los dolores de todos los hombres por cuyo motivo dijo antes por boca del salmista: *Sálvame oh Dios mío, porque las aguas, es decir, las tribulaciones, han penetrado dentro de mi alma... llegué hasta los abismos del mar y quede sumergido con la tempestad* (Salmo 68, 2-3). Como si dijera, sálvame, oh Dios mío, porque los afanes han penetrado dentro de mi alma, y yo he quedado sumergido en mi tempestad de ignominias, de insultos y de dolores interiores y exteriores. ¡Ah Jesús mío!, mi amor, mi vida, y todas mis cosas, si yo miro en lo exterior de vuestro cuerpo no veo más que llagas; después penetro dentro de vuestro corazón desolado y no hallo más que amarguras y angustias que os causan agonías de muerte. ¡Oh Señor mío!, ¿quién sino vos, porque sois la misma bondad infinita, podía llegar a tal extremo

de padecer tanto y morir por una criatura vuestra? Pero vos sois Dios, amáis como Dios, y así vuestro amor no puede compararse con otro amor.

Decía san Bernardo que *el padre no perdonó a su hijo, ni éste a sí mismo, para redimir al esclavo* (Sermón. Fer. 6). ¡Oh caridad infinita de Dios, oh abismo de bondad! El Padre eterno obliga a Jesús que satisfaga por los pecados todos el hombre: *el Señor cargó sobre sus espaldas la iniquidad de todos nosotros* (Is 53, 6); y Jesucristo, para salvar al hombre de una manera mucho más amorosa, quiere satisfacer por sí mismo y con todo el rigor las penas debidas a la justicia divina; de donde, como asegura santo Tomás, tomó por su cuenta los dolores más agudos y los vituperios más inauditos. A este fin el profeta Isaías le llamó hombre de dolores y el más despreciado entre todos: *despreciado y desecho de los hombres; varón de dolores, que sabe lo que es padecer* (Is 53, 3). Pues no se puede dudar, que siendo atormentado Jesús en todos sus miembros y en todos los sentidos del cuerpo, las potencias de su alma fueron sumamente más afligidas, y así las penas internas serían infinitamente mayores que los dolores externos. Miradle, pues, miradle estropeado, desangrado; que le tratan de impostor, de mago, de fatuo; abandonado de sus mismos amigos, y finalmente perseguido de todos hasta acabar su vida en un infame patíbulo.

Bien sabéis lo que acabo de hacer por vosotros (Jn 13, 12). Sí, Señor, ya comprendo cuanto vos habéis hecho y padecido por mí; pero entended vos que yo nada he hecho por vos hasta la hora presente. ¡Oh buen Jesús! ayudadme a sufrir algo por vos, antes que la muerte no me sorprenda. Me avergüenzo de comparecer delante de vos; pero ya no quiero ser más ingrato y desagradecido de lo que he sido hasta ahora con vos. Vos os habéis privado de todo placer por mí, y así yo renuncio a todos los placeres por vos. Vos habéis sufrido tantos dolores por mí, y yo a cambio deseo sufrir todas las penalidades de mi vida, los dolores de mi muerte, como sea de vuestro agrado. Vos os habéis visto abandonado, y yo estaré contento que me abandonen todos, con tal que no me abandonéis vos, único y sumo bien mío. Vos os habéis visto perseguido, y yo acepto todo género de persecución. Vos finalmente habéis muerto por mí, y yo quiero igualmente morir

por vos. ¡Oh mi buen Jesús, mi único tesoro, amor mío y todas las cosas! os amo, dadme para que os ame más.

CAPÍTULO IV.

DESEOS VEHEMENTES QUE TENÍA JESÚS DE PADECER Y DE MORIR POR NUESTRO AMOR

Ciertamente fue muy tierna, amorosa y obsequiosa la declaración que nuestro Redentor hizo de su venida al mundo, cuando aseguró que él había venido para encender en las almas el fuego del divino amor, y que no pretendía otra cosa sino que ardiese esta celestial y divina llama en los corazones de todos los hombres: *Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué más quiero sino que arda?* (Lc 12, 49). En seguida dice que trata como en prensa su corazón, *coarctor*, hasta ser bautizado con el bautismo de su propia sangre, no para lavar sus pecados (pues que le era imposible pecar), sino para lavar nuestras culpas por las que él había venido a satisfacer con sus penas. *La pasión de Jesucristo se llama bautismo, porque con su sangre somos purificados* (S. Bernardo). De ahí se puede deducir bien, que nuestro amoroso Jesús, a fin de que entendiéremos cuan eficaz era el ardor del deseo que tenía de morir por nosotros, añadió con unas expresiones muy dulces y llenas de cariño, que su corazón estaba como en prensa y muy afanado durante todo el tiempo en que quedaba hasta que llegase el momento de padecer por nosotros. He aquí sus mismas palabras: *Yo he de ser bautizado con un bautismo, de la pasión, ¡oh y cuan comprimido traigo mi corazón, mientras veo que no se verifica!* (Lc 2, 50).

¡Ah Dios mío, tan enamorado de los hombres, que más podíais decir y hacer para forzarme a que os amase! ¿Qué bienes teníais que esperar de mi amor, cuando para conseguirlo habéis querido morir, y lo deseasteis con tanto anhelo? Si un criado mío hubiera deseado solamente morir por mí con solo esto se habría hecho merecedor de mi cariño y estimación; ¿y podré yo vivir sin amaros con todo mi corazón, a vos, que sois mi rey y mi Dios,

que habéis muerto por mí y con deseos tan vehementes de morir, sin otro interés que conseguir que yo os amase?

Sabiendo Jesús que ya había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre; y como había amado a los suyos, al fin les dio pruebas de un amor más grande (Jn 13, 1).

Escribe san Juan que Jesucristo llamó *su hora* la de su Pasión, porque como nota un expositor devoto, este fue el tiempo por el que más suspiró en su vida nuestro Redentor divino; porque con padecer y morir por el hombre deseaba que este comprendiese el amor inexplicable que le tenía. *Es muy cara para quien ama la hora en la que uno padece por el amado (Barrad. Apud. Spond.).* Padecer por el amado es la acción más enérgica y adecuada para poner de manifiesto el amor del amante y cautivarse la benevolencia del amado. ¡Ah mi querido Jesús, vos para ponerme de manifiesto toda la vehemencia de vuestro amor no quisisteis encargar a otro sino a vos mismo la empresa grandiosa de mi redención! ¿Tan grande era el interés que teníais en que yo os amase, que habéis querido padecer tanto para conseguir mi amor? Señor mío Jesucristo, ¿qué más podíais hacer, si hubierais tenido que alcanzar el amor de vuestro padre celestial? ¿qué habría podido hacer más un esclavo para lograr el afecto de su Señor, de lo que vos habéis hecho y sufrido por solo el pequeño interés de que yo vil esclavo e ingrato os amase?

Pero ved a nuestro amoroso Jesús próximo a ser sacrificado en el árbol de la cruz por nuestra salud, en aquella bienaventurada noche que precedió a su Pasión. Escuchemos lo que dice a sus discípulos en la última cena: *Con un ardor vehemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi Pasión (Lc 22, 15).* Meditando sobre estas palabras san Lorenzo, asegura que todas ellas eran voces expresivas de amor. *He deseado con deseo, es frase expresiva de una caridad ardiente.* Con esto nos quiso decir nuestro amable Redentor: hombres, tened bien entendido, que esta noche, en la que se dará principio a mi Pasión, esta noche, digo, es el tiempo que en toda mi vida he deseado yo con más anhelo; porque ahora con mis tormentos y con mi dolorosísima muerte haré que comprendáis cuanto os amo, y con esto os obligaré a que me améis de la manera más afectuosa que os sea posible. Un autor escribió que en la Pasión de Cristo la omnipotencia de Dios se unió con el amor; que el amor se

aproximó hasta el punto donde empieza la omnipotencia, y que esta complació al amor haciendo por este todo cuanto deseaba.

¡Oh sumo Dios!, ya que vos os habéis todo enteramente entregado a mí, ¿cómo podré dejar de amaros con todo cuanto hay en mí? Creo, sí, lo creo, que vos habéis muerto por mí, ¿y cómo es que yo os ame tan poco, puesto que a cada paso me olvido de vos y de lo que habéis sufrido por mí? ¿Por qué, Señor, cuando pienso en vuestra pasión no me abraso en llamas de amor divino, no soy enteramente vuestro, como tantas otras almas santas que contemplando vuestras penas han sido presa felicísima de vuestro amor y se entregaron totalmente a vos?

La esposa de los Cantaros decía que todas las veces que el esposo la llevaba al sagrario de su Pasión se veía por todas partes tan estrechada del amor divino, que desmayando con la abundancia de amor, le era preciso buscar algún alivio a su herido corazón: *Me introdujo el rey donde tiene guardado el vino, puso orden en mi amor. Haced que me apoye entre flores, alentadme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor* (Cant 2, 4-5). ¿Y cómo es posible que si un alma considera la Pasión de Cristo, si cuenta los dolores, y contempla aquellas agonías mortales que afligieron al cuerpo y al ánima de su amante, no se quede como traspasada de tantas saetas de amor, y suavemente forzada a amar a aquel que tanto nos amó?

¡Oh cordero inmaculado!, cuando os contemplo clavado en esta cruz, desgarrado, ensangrentado y afeado, ¿cuán hermoso y amable sois para mí? Sí, hermoso y amable sois para mí, porque todas estas llagas que veo en vos y que han desgarrado y afeado a este hermosísimo cuerpo, son señales y pruebas del amor infinito con que me amas.

¡Ah!, si los hombres os contemplasen continuamente en semejante estado, en el que serviste de espectáculo cierto día a toda la ciudad de Jerusalén, ¿quién sería el que no quedara prendado de vuestro amor? Señor mío muy amado, aceptad mi propósito de amaros, mientras os entrego todos mis sentidos y toda mi voluntad ¿Podré yo negaros ninguna cosa, después de haber visto que vos no me habéis negado vuestra sangre, vuestra vida y todo cuanto tenéis?

Fue tan extraordinario el deseo de Jesús para padecer por nosotros, que en la noche precedente a su muerte fue no solo voluntariamente al huerto, donde sabía ya que debían venir a prenderle los judíos, sino que también, sabiendo que el traidor Judas estaba muy cerca con una compañía de soldados, dijo a sus discípulos: *Levantaos, vamos, ved ahí que el traidor ya está cerca* (Mt 14, 42). El mismo quiso salir a su encuentro como si vinieran para conducirlo no al suplicio de la muerte sino a la coronación de un gran reino.

¡Oh mi dulcísimo Jesús! Vos, pues, salís al encuentro de la muerte con el deseo de morir por el anhelo que tenéis de que yo os ame. Y yo ¿no desearé morir por vos, Dios mío, para demostraros el amor que os tengo? Sí, Jesús mío, que habéis muerto por mí, yo también deseo morir por vos. Ahí tenéis la sangre, la vida y todo cuanto poseo; ahí me tenéis pronto para morir por vos, cómo y cuándo quisiereis y fuera de vuestro agrado. Recibid este pequeño sacrificio mío, que os ofrece un miserable pecador, el que habiéndoo antes ofendido, ahora os ama más que a sí mismo.

San Lorenzo Justiniano considera aquel *tengo sed*, que profirió Jesucristo en la cruz estando próximo a morir, y dice que aquella sed de Jesús no fue sed causada por falta de humor; sino aquella sed que provenía del amor ardiente que tenía por nosotros. *Esta sed era un efecto de la caridad que le abrasaba*. Quiso nuestro Salvador declarar más y más con estas palabras *tengo sed*, que esta sed era un deseo encendido que tenía de sufrir y padecer por nosotros, manifestándonos su amor y el deseo mismo que tenía de ser amado, con el fin de obrar nuestra salud y conseguir nuestro amor.

¡Oh Dios mío y amor mío!, ¿es posible que una demasía de tanta bondad ha de quedar sin ser correspondida? Se dice que amor con amor se paga; pero ¿con qué podrá compararse vuestro amor? Sería menester que algún otro Dios muriese por vos, a fin de poder corresponder al amor que vos habéis manifestado, muriendo por nosotros. ¿Cómo pues, Señor mío, podéis decir que vuestras delicias era estar con los hombres, si no habéis recibido de estos más que injurias y ultrajes? ¡Ah, el amor en vos transforma en delicias los dolores y los ultrajes que sufrís por mí!

¡Oh Redentor amabilísimo, ya no quiero resistir por más tiempo vuestras finezas! Entre todas las cosas del mundo vos solo seréis la única y sola cosa que mi alma amará. Vos os habéis hecho hombre para tener una vida que dar por mí, yo quisiera mil vidas para poderlas consagrar todas a vos. Os amo, bondad infinita, y os quiero con todas mis fuerzas: quiero emprender y hacer cuanto pueda para daros gusto. Vos, siendo inocente, habéis padecido tanto por mí: yo pecador, que merecía ser hundido en el infierno, quiero padecer todo lo que vos queráis. Alentad, Jesús mío, por vuestros méritos estos deseos míos, que vos mismo me habéis inspirado. ¡Oh! Dios infinito, creo en vos, espero en vos, os amo; María, madre nuestra y mía, interceded por mí. Amen.



Capítulo V

EL AMOR QUE NOS MANIFESTÓ JESUCRISTO INSTITUYENDO EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA EN LA VIGILIA DE SU MUERTE

*Sabiendo Jesús que era llegada la hora en la que debía pasar de este mundo a su Padre, en esta última hora les dio pruebas de mayor amor (Jn 13, 1). Sabiendo nuestro amantísimo Redentor en la última noche de su vida que estaba muy cercano el tiempo deseado de morir por amor del hombre, su enternecido corazón no pudo sufrir el abandonarnos solos en este destierro de lágrimas: así, pues para no separarse de nosotros ni aun con su muerte, quiso quedarse todo entero en este sacramento de la Eucaristía y ser nuestro alimento, dándonos a entender con esto, que ya no le quedaba otra cosa que darnos después de habernos regalado este don infinito. Con habérsenos dado todo entero en comida, nos mostró un exceso de amor infinito. Cornelio á Lápide, el Crisóstomo, Teofilato, y también el angélico doctor Santo Tomás, explican que según el texto griego la palabra *al fin* quiere decir: Los amo con un amor extremado y sumo. En este sacramento Jesús hizo el último esfuerzo de amor hacia los hombres, según dice el abad Guernico: *omnem vim amoris effudit amicis* (Sermon 5 de Ascens.).*

Los padres del concilio de Trento expresaron de una manera enérgica todo esto, cuando hablando de este Sacramento dijeron: que Jesucristo en la institución de la Eucaristía derramó y esparció fuera de sí todas las riquezas de su amor hacia el hombre (Sess. 13, c. 2). Con muchísima razón el angélico doctor santo Tomás llamaba a la Eucaristía sacramento de amor, y prenda del amor más grande que se ha conocido, y que Dios podía dar (Opusc. 18, c. 25). San Bernardo decía que era el amor único entre todos los amores; y Santa María Magdalena de Pazzis aseguraba que un alma después de haber comulgado podía decir:

todo ya *está consumado*, es decir: mi Dios habiéndose entregado todo entero en esta comunión ya no le queda nada que darme. Cierta día esta Santa preguntó a una novicia: ¿en qué había pensado después de la comunión? Esta respondió que *en el amor de Jesús*. Sí —continuó la santa—, *cuando se piensa en el amor, ya no se puede pasar más adelante: es necesario detenerse en el amor*.

¡Oh Salvador del mundo! y ¿qué esperáis de los hombres que os hayáis entregado todo entero en comida a los mismos? ¿y qué os queda ahora que darles después de la institución de este sacramento para obligarles a que os amen? Dios mío amantísimo, iluminarme para que conozca cuán grande ha sido este exceso de bondad de ser mi alimento en la santa comunión. Si vos, pues, habéis querido ser todo mío, sin reservar nada, muy justo es que yo sea todo vuestro, sin reservarme nada para mí. Si, Jesús mío, bien mío, yo me entrego todo entero a vos. Os amo más que todos los bienes, y deseo recibirlos en este celestial banquete para poder amar más y más. Venid, pues, y venid, esposo mío, dentro de mi alma, haced que sea toda vuestra. ¡Ah! quien pudiera deciros con verdad de la manera que os decía san Felipe Neri, cuando le llevaron el Viático: *ved ahí mi amor, ved ahí mi amor; dadme el que es mi amor*.

El que come mi carne, y bebe mi sangre, en mí está y yo en él (Jn 6, 55) San Dionisio Areopagita dice que el amor inclina y atrae a la unión de la cosa amada, y como el alimento se convierte en sustancia del que lo come, por eso el Señor quiso convertirse en alimento, a fin de que nosotros, recibéndolo en la sagrada comunión, viniésemos a ser una misma cosa con Jesucristo: *Tomad y comed* —dijo Jesucristo—, *este es mi cuerpo* (Mt. 26, 26). Como si dijera, según observa san Juan Crisóstomo: *Comedme* —dijo—, *y haya una unión íntima* (Homil. 15). Hombre, que te has alimentado de mí mismo, mira, es con el fin de que tú y yo no seamos más que una misma cosa. Al modo que dos porciones de cera derretida —dice san Clemente Alejandrino— se unen y compenetran entre sí, de la misma manera las almas que comulgan se unen tan estrechamente con Jesús, que Jesús está dentro de estas almas, y éstas dentro de Jesús. ¡Oh mi amado Jesús y Redentor —exclama aquí san Lorenzo Justiniano—, cómo es que vuestro amor para con nosotros ha llegado a tal extremo de

quereros unir con nosotros de tal modo que de vuestro corazón y del nuestro no se haga más que uno! (*De divin amor*, 5).

San Francisco de Sales decía muy bien, hablando de la santa comunión: que el Salvador no puede ser considerado en ninguna otra acción tan amoroso y tan tierno como en ésta, en la que en cierto modo se anonadó y se convirtió en alimento para compenetrar nuestras almas y unirse con los corazones de sus fieles. Con mucha razón decía san Juan Crisóstomo, que aquel Señor en quien no se atreven los ángeles fijar sus miradas, *nosotros nos unimos con él, y no hacemos con él mismo un cuerpo y una carne*. Pero, ¿qué pastor, prosigue, alimenta los ganados de que cuida con su propia carne y sangre? Las madres mismas dan sus propios hijos a nodrizas a fin de que les den su leche; pero Jesús en este sacramento nos nutre con su propia sangre y se une íntimamente con nosotros (*Homil.* 60). Por fin, dice el santo porque nos ama apasionadamente, quiere ser nuestra comida, y una misma sustancia con nosotros (*Homil.* 51).

¡Oh amor incomprensible, digno de un amor infinito! ¿Cuándo os amaré yo, Jesús mío, como vos me amáis? ¡Oh manjar di vino, oh sacramento de amor! ¿cuándo será que me atraigáis todo a vos, ya que no os queda otra cosa que hacer para que os ame? Yo quiero empezar siempre a quereros, siempre prometo amaros, pero no cumplo jamás con estas promesas. Desde hoy quiero empezar a amaros de veras, pero, Señor, ayudadme, iluminarme, inflamarme, desatadme las trabas de este mundo, y no permitáis que yo resista por más tiempo a tantas finezas de vuestro amor. Os amo con todo mi corazón, propongo abandonar todas las cosas para daros gusto; vos sois mi vida, mi amor y todas las cosas: quiero unirme muchas veces con vos en este sacramento, para separarme de todo lo de este mundo y amaros a vos solo, que sois mi Dios. Espero en vuestra bondad que me concederéis hacerlo con vuestra gracia,

Dice san Lorenzo Justiniano: vimos a un Dios, que es la misma sabiduría, como si se hubiera vuelto loco con las demostraciones demasiadas de amor para con el hombre. *En realidad, ¿no parece un género de locura amorosa —exclama san Agustín— el darse en alimento a sus criaturas. Comed mi carne, bebed mi sangre?* ¿Y qué más hubiera podido decir la criatura a su criador? Por este motivo se explicaba así san Dio-

nisio: *Nos atrevemos a decir que el supremo hacedor de todas las cosas se salió como fuera de sí por motivo de la grandeza de su amabilísima bondad*; porque no contento con hacerse hombre, siendo Dios, quiso también hacerse manjar de los hombres. Pero, Señor, este exceso dirá alguno, no era muy conforme a vuestra majestad. Mas el amor —responde san Juan Crisóstomo por Jesús—, no busca razones, no se para en conformidades cuando anhela hacer bien y darse a conocer al amado. Él va no donde te conviene sino donde le lleva el deseo de hacer bien. *El amor carece de razón, va donde es atraído, no donde debe ir* (Sermón. 145).

¡Ah Jesús mío, y cómo me avergüenzo al pensar que teniéndoos delante de mis ojos, bien infinito, amable sobre todas las cosas, y tan enamorado de mi alma, yo me he abandonado al amor de los bienes mezquinos y viles, que por ellos os he olvidado! Ea, pues, Dios mío, manifestadme siempre la grandeza da vuestra bondad, a fin de que yo quede más y más enamorado de vos y haga cuanto pueda en daros gusto. ¡Ah, Señor mío, qué cosa más hermosa, más buena, más santa y amable puedo yo amar fuera de vos! Os amo, bondad infinita, os amo más que a mí mismo, y no quiero vivir sino solo para amaros a vos, que merecéis todo mi amor.

San Pablo considera después el tiempo en el que Jesús nos hizo el don de este sacramento, don divino que supera todos los demás dones que podía hacer un Dios todopoderoso, como dice san Clemente: *Don que trasciende toda plenitud*. Y san Agustín aseguraba que siendo Dios omnipotente, no obstante ya no podía dar más. El apóstol san Pablo nos hace observar que nuestro Señor Jesucristo, la noche misma en la que fue traidoramente entregado, tomó el pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: tomad y comed: este es mi cuerpo que será entregado por vosotros (Cor 11, 23-24). En aquella misma noche, pues, en la que los hombres se preparaban y disponían a dar a Jesús tantos tormentos y la muerte, nuestro amantísimo Salvador resolvió dejársenos él mismo en este augusto Sacramento, dándonos a entender que su amor era tan grande y ardiente, que muy lejos de resfriarse con tantos ultrajes, entonces más que nunca se acercaba hacia nosotros. ¡Ay amorosísimo Señor! ¿cómo habéis podido amar tanto al hombre que resolvieseis quedaros con ellos en la tierra y

ser su alimento, después que estos os desechaban con injurias e ingratitudes?

Además, consideremos el deseo incomprensible que tuyo Jesús durante toda su vida de que llegase aquella noche, en la que se había propuesto dejarnos esta prenda preciosísima de su amor, y la manera con que se expresó en el acto mismo de la institución de este augusto convite: *Con ardor inconcebible he deseado comer este cordero pascual con vosotros*, Desiderio desideravi (Lc 22, 15). Expresión muy enérgica con la que ponía de manifiesto los encendidos deseos que tenía en su pecho de unirse con nosotros en la santa comunión por el amor que nos tenía. *He deseado con deseo*, dice san Lorenzo Justiniano, es la expresión que indica una caridad infladísima. Los mismos deseos de entonces conserva Jesús hoy todavía para con las almas que le aman. Ninguna abeja —dijo cierto día a santa. Matilde— se arroja con tanto anhelo sobre las flores para absorber la miel. Como violentado del amor vengo dentro de las almas que me desean.

¡Oh amador el más amable, ya no os es posible darme mayores pruebas para convencerme que me amáis! Agradezco vuestra bondad. ¡Ah! llevadme, mi buen Jesús, llevadme todo entero a vos; haced que yo de aquí en adelante os ame con todo mi afecto y con toda la ternura de que soy capaz. Basta que los demás os amen con un amor apreciativo y predominante; bien sé que vos os dais por satisfecho con este amor de benevolencia; más yo, bien mío, no diré que esté contento, sino cuando viere que os amo con toda la ternura, más que a un amigo más que a un hermano, más que a mis padres y más que a un esposo. ¿Dónde podré yo hallar un amigo, un hermano, un padre y un esposo que me amen tanto como vos me habéis amado, mi Criador, mi Redentor, y mi Dios; que por un efecto de vuestro amor habéis entregado la sangre y la vida, y después os habéis dado todo entero a mí en este sacramento de amor? Sí, os amo, Jesús mío, con todos mis afectos; os amo mucho mas que a mí mismo. Dadme fuerzas para que os ame, y no quiera otra cosa más que amaros.

Dice el doctor de la Iglesia San Bernardo, que Dios nos ama solamente para que nosotros le amemos (*In Cantic.*). Por este motivo Jesucristo declaró que él vino al mundo para hacerse amar: *Vine a poner fuego en la tierra*. ¡Oh y qué fuego de amor

divino y celestial, no enciende Jesús en este adorable sacramento! Decía el V. P. D. Francisco Olimpio Teatino que no hay ninguna cosa tan bien dispuesta para inflamar nuestros corazones en el amor del sumo bien como la santa comunión. Esiquio llamaba *fuego divino* a Jesús sacramentado; y santa Catalina de Sena en cierto día vio a Jesús sacramentado en las manos de un sacerdote en forma de fragua ardiente de amor, de lo que quedó admirada como esto fuego abrasador no incendiaba el mundo. El altar, decía el abad Ruperto con san Gregorio Niceno, es justamente aquel depósito de vino del amor divino, en donde el alma embriagada del amor de su celestial esposo, olvida totalmente las cosas terrenas, arde y desfallece en la contemplación de Dios. *Me introdujo en el depósito en que tiene guardados los vinos, y ordenó la caridad en mí. Cubridme de flores y aliviadme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor* (Cant 2, 4-5).

¡Oh amor de mi corazón, sagrada mesa! ¡Oh quién pudiera tener siempre impresa en el alma la memoria de este don divino y celestial, olvidar todo lo terreno, y solamente os amase a vos, Jesús mío, sin cesar y sin ninguna reserva! ¡Ah amor mío, después de haber llamado tanto tiempo en la puerta de mi corazón, sé que habéis entrado en él! Ya pues que habéis tomado posesión de mí alma, echad afuera, os suplico, todos los deseos e inclinaciones que no me llevan a vos. Apoderaos de mí de tal suerte, que yo pueda decir con toda verdad desde hoy en adelante, con el profeta: ¡Qué he de querer en el cielo fuera de ti, ni qué puedo apetecer en la tierra si no es a ti! (Salmo 72, 25). Así pues, vos solo sois y seréis siempre el único dueño de mi corazón y de mi voluntad; vos solo sois y seréis toda mi herencia y todas mis riquezas en esta vida y en la otra

Andad, decía el profeta Isaías, andad por todas partes publicando la invención amorosa de nuestro Dios, para hacerse amar de los hombres: *Sacareis gozosos aguas de las fuentes del Salvador; y diréis en aquel día: alabad al Señor, invocad su nombre, publicad en todos los pueblos sus designios e invenciones* (Is 12, 3-4). ¿Qué invenciones no ha encontrado el amor de Jesús para hacerse amar de nosotros? Él en la Cruz, con sus llagas, nos ha dispuesto tantos raudales de gracias, que para recibirlas basta que se las pidamos. Aún más; no satisfecho con todo esto, se nos ha dado todo entero en el Santísimo Sacramento.

¡Oh hombre! —dice san Juan Crisóstomo—, ¿por qué eres tan escaso y andas regateando el amor a Dios, el cual te se ha entregado todo a ti sin reservarse nada? En esto se ve justamente, dice el angélico Doctor, cuanto ha hecho Jesús en el Sacramento eucarístico, en el que *se nos ha dado todo lo que él tiene y todo lo que es* (*Opus.* 63, c. 2). Ved, añade el Doctor seráfico, ved a aquel mismo Dios, que todo el universo no puede contener, hecho prisionero y cautivo, que en la sagrada comunión le recibimos dentro de nuestro pecho: *Captivus noster est. Es nuestro cautivo* (*In proep. Miss.*) De ahí proviene que considerando el dulce san Bernardo esta maravilla, y como estático de amor, decía: *Mi amado Jesús ha querido ser huésped inseparable de mi corazón*. Y ya que mi Dios, sigue el Santo, se ha como gastado todo entero por mí, *expensus*, es muy puesto en razón, añadía, que yo también me empeñe totalmente en servirle y amarle.

¡Ah! mi muy amado Jesús, decidme ¿qué más podíais inventar para obligarme a que os amase? ¡Y yo continuaré siendo ingrato a tanto amor, como hasta el presente he sido! Señor, no lo permitáis. Vos habéis dicho: que el que coma vuestra carne en la comunión, vivirá con la virtud de vuestra gracia: *el que me come, también él vivirá por mí* (Jn 6, 58). Ya, pues, que no os habéis desdeñado que yo os reciba en la santa comunión, haced que mi alma viva siempre con la vida verdadera de vuestra gracia. Me arrepiento, oh sumo bien mío, porque os he despreciado en mi vida pasada; pero os doy gracias porque me dais tiempo para llorar los pecados que he cometido y también para amaros en este mundo. En lo restante de vida que me concedáis pondré en vos todo mi amor, y me esforzaré cuanto me sea posible en daros gusto. Socorredme, Jesús mío, no me desamparéis: salvadme por vuestros méritos, y mi salvación sea amaros siempre en esta vida y después en la eternidad Y vos, María, madre nuestra, amparadnos y ayudadnos también.

CAPÍTULO VI

DEL SUDOR DE SANGRE Y DE LA AGONÍA QUE PADECIÓ CRISTO EN EL HUERTO

Considerad primeramente como nuestro amorosísimo Salvador, luego de llegado al huerto de Getsemaní, quiso por sí mismo dar principio a la grande obra de su amarguísima pasión, permitiendo que la acometiesen las pasiones del temor, de la angustia y tristeza, las que le afligieron con todos sus tormentos: *empezó a atemorizarse, angustiarse y estar triste* (Mc 14, 33; Mt. 25, 38). Comenzó desde luego a experimentar un gran temor de la muerte y de las penas que dentro de breve tiempo habría de sufrir. *Comenzó a temer*. ¿Pero cómo? ¿No era el mismo que antes se había ofrecido a estos padecimientos? *Fue ofrecido porque quiso*. ¿No es él quien antes había deseado tanto estos tormentos de su pasión? Porque poco antes había dicho: *He deseado ardientemente comer con vosotros este cordero* (Lc 22, 15). ¿Cómo es que ahora la muerte le espanta, que suplica a su padre le libre de ella? *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz* (Mat 26, 39). Suplica a su padre para que no beba el cáliz, dice el venerable Beda, a fin de que manifestase que era hombre en realidad. Vuestro amantísimo Jesús quería morir, pero quería manifestarnos al mismo tiempo que era hombre, y que no hubiese ningún motivo de pensar que había tomado un cuerpo fantástico, como soñaron después algunos herejes, de que por un poder de su divinidad había muerto sin sentir ninguna pena. Este es el motivo porque hizo aquella súplica a su padre, no para que fuese oído, sino para hacernos comprender que moriría como hombre, y moriría con una aflicción muy viva del temor de la muerte, de los dolores y de las angustias que debían agobiarlo al morir.

¡Oh amabilísimo Jesús! Vos quisisteis tomar para vos mismo nuestra timidez, y dar a nosotros vuestra fortaleza, para sufrir los trabajos de esta vida; sed, pues, bendito y alabado por

tanta piedad y amor. Ojalá que todos los corazones os amen como vos deseáis y merecéis.

Empezó a tener gran pesadumbre y al mismo tiempo sintió dentro de sí mismo una repugnancia de morir y de las penas que le estaban preparadas. Cuando una persona está afectada de la pasión del tedio las delicias más exquisitas incomodan y mortifican, ¡Oh, y cuán grande angustia y tedio no debía causar en el alma de Cristo el espectáculo horroroso, que entonces tenía presente en su entendimiento, de todos los tormentos externos e internos que en el poco de vida que le quedaba debían atormentar tan fieramente su cuerpo y a su Santísima alma! En aquel momento se le representaron distintamente todos los dolores que debía sufrir, todos los escarnios que recibiría de los judíos encarnizados y de la soldadesca romana, la injusticia bárbara que le harían los jueces en el fallo de su causa. Por fin, se le representó muy al vivo aquella muerte desolada, en la que debía expirar abandonado de todos, desamparado de su eterno Padre, en un mar de angustias, de dolores, y de desprecios. Esto fue la causa porque le asaltó un tedio tan amargo, que le obligó a que pidiese a su eterno Padre el ser confortado por él. ¡Ay Jesús mío, os compadezco, os doy gracias y os amo!

Se le apareció un ángel del cielo confortándole (Lc 22, 43). Le vino este consuelo, *pero lejos de aliviarle* —dice el venerable Beda—, *le acrecentó las penas*. En efecto, el ángel le confortó a que padeciese más y más por el amor de los hombres y por la gloria de su padre. ¡Oh, y que de congojas y desconsuelos no os ocasionó, amado Jesús mío, este primer combate! En el curso de vuestra pasión, los azotes, las espinas y los clavos vinieron separadamente a atormentaros; pero ahí en el huerto se agolparon de una vez todos los dolores y penas de vuestra pasión para afligiros; y vos lo aceptasteis todo por mi amor y por mi bien. ¡Oh Dios mío, cuánto me pesa por no haberos amado en el tiempo pasado, y por haber preferido más mis gustos desarreglados que vuestra voluntad! Los detesto, pues, como si fuesen el mayor mal, y los abomino de todo mi corazón. Jesús mío perdonadme.

Empezó a entristecerse y angustiarse (Mt 26, 27). El temor y la pesadumbre causaron desde luego en el alma santa de Jesús una gran melancolía y aflicción. ¡Pero Señor, vos no sois el mismo que imprimíais en los ánimos de los mártires tanta alegría

en los más atroces martirios, que menospreciaban la muerte con todos los tormentos que la acompañaban? San Agustín, hablando de san Vicente, dice que puesto en los tormentos conversaba con tanta alegría, que parecía que era uno el que padecía y otro el que hablaba. Se cuenta de san Lorenzo que asándosele las carnes, puesto sobre las parrillas, era tan extraordinario el consuelo que experimentaba dentro de sí, que despreciaba al tirano, dictándole: *Dame la vuelta y come*. ¿Cómo pues vos mismo, oh Jesús mío, que infundíais una alegría tan grande en el morir a vuestros siervos, habéis preferido tanta tristeza en el morir?

¡Oh gozo del paraíso! Vos que con vuestra presencia alegráis el cielo y el universo entero, ¿por qué os miro ahora tan afligido y triste? ¿Por qué he de oír de vuestra divina boca, que la tristeza que os acongoja es capaz de daros la muerte? *Mi alma está afligida hasta la muerte* (Mc 14, 34). ¿Y por qué, Redentor mío, vuestra alma siente estas congojas de muerte? Ya lo entiendo. No, no fueron los dolores de vuestra pasión los que ocasionaron en vuestra alma aquella extraordinaria congoja, los pecados de los hombres, y en particular los míos, causaron aquella mortal agonía que tanto os aquejaba

El verbo increado así como amaba tanto a su padre, también odiaba muchísimo el pecado, porque conocía toda su malicia; queriendo, pues, quitar los pecados del mundo y que su padre celestial no fuese ofendido jamás, él había venido al mundo, se había hecho hombre y se determinó a sufrir una pasión tan cruel y una muerte tan afrentosa. Mas como viese después que a pesar de tantas penas y tormentos se cometerían en el mundo tantos pecados, este sentimiento tan acerbo fue mayor, dice santo Tomás, que todos los dolores que los pecadores arrepentidos han tenido por sus propios pecados: *Excedió al dolor de todos y de cualquier hombre arrepentido*. La razón de esto es muy clara. Las penas o pesares de los demás hombres siempre llevan consigo algún alivio, siempre los acompaña algún lenitivo, pero los sentimientos dolorosos de Jesús no tuvieron ningún género de alivio, ni de consuelo: *experimentó un dolor sin ningún género de consuelo*, dice Contenson (*Tom. 2, lib. 10, dissert. 4*). ¡Ah Jesús mío! Si yo os amase como merecéis, al considerar cuanto habéis padecido por mí, se me harían ligeros y dulces todos los dolores, todas las desdichas y molestias de este mundo. ¡Oh Jesús mío!,

llenad mi alma de amor vuestro, concededme que sufra con alegría o a lo menos con una santa resignación, lo poco que vos permitís que sufra. No permitáis que muera sin conocer antes tantas finezas de vuestro amor; y propongo en todas las tribulaciones que me sobrevengan decir siempre: Jesús mío, yo abrazo todas estas penas por vuestro amor, las sufro para daros gusto.

Leemos en las historias que habiendo sido iluminados de la divina gracia muchos penitentes, y viendo la muchedumbre de sus pecados, llegaron a morir de pena y de dolor. Pues ¿cuál sería el tormento que padecería el corazón de Jesús, desgarrado con la vista de todos los pecados de los hombres, de todas sus blasfemias, deshonoras, sacrilegios y de todas las demás culpas que los hombres cometerían después que él habría muerto? Cada una de toda aquella multitud de culpas, con su malicia particular, acometió a manera de fiera rabiosa para despedazar su delicadísimo corazón de Jesús. Así es que el Señor, decía en su agonía: ¿ésta es la recompensa que preparáis los hombres a mi amor que no tiene límites? ¡Ah! si yo viera que agradecidos a mí cariñoso afecto abandonaseis las culpas, y empezaseis a amarme, ¿con qué gozo no me apresuraría a morir por vosotros? Pero al considerar que después de tanto dolor habéis de ofenderme con, tantas culpas; después de tanto amor, tanta ingratitud; esto es lo que me llena de pesadumbre y desconsuelo, esto es lo que me abisma en una tristeza mortal y me arranca este sudor de sangre: *le sobrevino un sudor como de grumos de sangre que saltaban hasta la tierra* (Lc 22, 44). De modo que según el modo de hablar del evangelista este sudor de sangre fue tan abundante, que después de haber bañado las vestiduras de nuestro Redentor cayó en la tierra con tanta abundancia que la regó.

¡Ay mi amoroso Jesús!, en esto huerto no veo ni azotes, ni espinas, ni clavos que os hieran; ¿cómo es que os miro todo bañado en sangre desde la cabeza hasta los pies? Mis pecados, sí, mis pecados fueron el peso enorme y cruel que, oprimiendo entonces desapiadadamente con toda la fuerza de la agonía hicieron chorrear la sangre de vuestro enamorado corazón. Yo también en aquella ocasión fui uno de vuestros más inhumanos verdugos, que me uní con los demás para atormentaros más y más con mis pecados. Y ciertamente que si yo no hubiera pecado

tanto, vos hubierais tenido que sufrir menos. De este modo, a medida que yo tenía más gusto en ofenderos, tanto más aumentaban los afanes de vuestro corazón lastimado de dolores. Y ¿cómo al pensar en esto no muero de pesadumbre, viendo que he correspondido al amor que vos nos habéis manifestado en la pasión, aumentando vuestra tristeza y vuestros tormentos? Yo, pues, he lacerado a aquel corazón tan amable y cariñoso que tanto me ha apreciado. Señor, ya que no me queda otro medio de consolaros sino el condolerme de mis pecados, Jesús mío, me duelo de todos ellos, los detesto y los abomino con todo el horror de mi corazón. Dadme un dolor tan vehemente que me haga llorar hasta el último aliento de mi vida los sinsabores y penas que os he dado, Dios mío, mi amor y todas las cosas.

Cayó sobre su rostro (Mt 26, 39). Viéndose Jesús cargado con el enorme peso de tener que satisfacer por todos los pecados de los hombres, se postró en tierra y rogó por todos los hombre, como si se avergonzase de levantar sus ojos al cielo al considerar todas las maldades que se habían cometido y que se cometerían después. ¡Ah, Jesús mío, aquí os contemplo traspasado de dolor y descolorido del todo por la pena que os oprime! Vos estáis en una mortal agonía y rogáis: *entrando en grande agonía, oraba con mayor fervor* (Lc 24, 4). Decidme, ¿por quién rogáis? Entonces no rogabais por vos, sino por mí, ofreciendo al eterno Padre vuestras eficacísimas súplicas acompañadas de vuestras penas, para alcanzarme a mí, pecador desgraciado, el perdón de todas mis culpas. *Quien en los días de su vida mortal, ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas al que podría salvarle de su muerte, fue oído por su reverencia* (Hebr 7, 7). ¡Ay Redentor mío!, ¿cómo habéis podido amar tanto al que os había ofendido en tanta manera, y cómo habéis podido sufrir tantas penas por mí, viendo ya desde aquella hora la ingratitud con que os correspondería?

¡Oh afligidísimo Señor!, hacedme participante de aquellos agudísimos dolores que tuviste de mis pecados en aquella ocasión. Ahora los aborrezco y los detesto: y uno este odio mío al aborrecimiento que vos sentíais en el huerto. ¡Ay Señor mío!, no consideréis mis pecados, porque todo el infierno sería poca cosa para castigarme. Atended solamente a los trabajos y dolores que habéis sufrido por mí. ¡Oh amor de mi dulcísimo Jesús, sed vos

mi amor y mi esperanza! Señor, yo quiero amaros con toda mi alma. Y por los méritos de las angustias y tristeza que padeciste en el huerto, dadme fervor y esfuerzo para todo lo que sea de vuestra gloria. Por los méritos de vuestra agonía confortadme de suerte que pueda resistir todas las tentaciones de la carne y del infierno. Hacedme la gracia de que me encomiende siempre a vos y de que os diga siempre: No se haga, Jesús mío, mi voluntad, sino la vuestra .Amen.



Capítulo VII

AMOR DE JESÚS EN QUERER SUFRIR TANTOS DESPRECIOS EN SU PASIÓN

El cardenal Belarmino dice que las injurias y desprecios causan más pesadumbre en un ánimo noble que los dolores del cuerpo. Porque si los dolores afligen al espíritu, por ser mucho más noble que el cuerpo, siente muchísimo más las penas. Pero, ¿quién era capaz de imaginar que la persona más noble y más grande de la tierra y del cielo, el hijo de Dios, cuando vendría al mundo a hacerse hombre por amor de los hombres, estos le tratarían tan vil e inhumanamente como si hubiese sido el hombre más infame y el mayor criminal? *Le vimos despreciado y como si fuese el desecho de los hombres* (Is 53, 2-3) Asegura san Anselmo que Jesucristo quiso sufrir de tal suerte, que no fuese posible ser más humillado de lo que él lo fue en la pasión.

¡Oh Señor del mundo, siendo vos el mayor de todos los reyes, habéis querido ser despreciado más que ningún otro hombre para enseñarme el amor de la humildad! Ya que vos sacrificasteis vuestro honor por mi amor, yo quiero también por amor vuestro sufrir cualquier afrenta que se me hiciere.

¿Qué género de afrentas no sufrió nuestro Redentor en su pasión? Es afrentado por sus propios discípulos: uno le es traidor y le vende por treinta dineros, otro niega tres veces que sea su discípulo y declara que jamás le ha conocido; los demás huyen y le abandonan cuando lo ven preso y atado: *entonces sus discípulos le abandonaron y huyeron todos* (Mt 14, 50).

¡Oh Jesús mío!, abandonado de los hombres, ¿quién tomará vuestra defensa, si desde el principio de vuestra prisión, vuestros queridos amigos huyen y os abandonan? Mas, Dios mío, esta deshonra no se acaba con vuestra pasión. ¿Cuántos hay que después de haberos seguido y de haber sido favorecidos de vos con gracias especiales y muestras bien señaladas, impelidos por pasiones viles o intereses mundanos, por respetos humanos o por deleites sucios

os abandonan indignamente? ¿Quién es el que encontrándose en el número de estos ingratos, os diga llorando: Jesús mío, perdonadme que yo ya no quiero abandonaros más; primero perderé la vida, y mil vidas si las tuviere, antes que perder vuestra divina gracia, oh Dios mío, mi amor, y todas mis cosas?

Contempla como Judas, al acercarse al huerto en compañía de los soldados, se adelanta a todos, abraza a su divino maestro y le da un beso. Jesús permite el beso de este pérfido amigo; pero conociendo ya su perfidia, no pudo dejar de quejarse de aquella traición tan inicua, y así te dijo: *¡Oh Judas, con un beso entregas al hijo del hombre!* (Lc 22, 48) Dichas estas palabras, arremete contra Jesús aquella soldadesca insolente, le arrebatan cada uno como más podía, y le atan como si fuese el hombre más perverso del mundo. *La cohorte de los soldados, tribuno y demás ministros de los judíos prendieron a Jesús y le ataron* (Jn 18, 12). ¡Ay de mí! ¡Un Dios atado! ¿Y por quién? ¡Por los hombres! Los gusanos, que este mismo Dios sacó de la nada, atan a su Criador. Ángeles del paraíso ¡qué decís vosotros! Y vos, Jesús mío: ¿cómo permitís que estos hombres desalmados os aten? ¿qué tienen que ver con vos los grillos propios de esclavos y malhechores — exclama san Bernardo—, que sois el santo de los santos, el señor de los señores y el rey de todos los reyes? (*De Cur. vit.* C. 4). Pero si los hombres os atan, ¿por qué no os desatáis vos, y no os libráis de tantas penas y de la muerte que os preparan? Pero ya conozco, ¡oh Señor mío! que no son estas cuerdas con las que se os ata; el amor es el que os tiene atado, oprimido y os fuerza a padecer y morir por nosotros. *¡Oh caridad* —exclama san Lorenzo Justiniano—, *qué ataduras son las tuyas que con ellas pudiste maniatar al mismo Dios!* (*De Lig. vit.* c. 6) ¡Oh amor de Dios, solo tú podías atar a un Dios y conducirlo a morir por un efecto de amor para con los hombres!

Fija los ojos, ¡oh hombre! sobre aquellos perros que llevan arrastrando a aquel mansísimo cordero, y como éste sigue como víctima sin hacer ninguna resistencia. Uno te agarra, otro le maniatado, aquel le da un empujón, éste le maltrata (*San Bonaven. Med.*). Después de haber atado a Jesús, le llevan primero a la casa de Anás, y en seguida a la de Caifás: en donde, preguntado sobre sus discípulos y su doctrina, respondió; que él no había hablado en secreto, sino públicamente, y que todos los que estaban allí

presentes sabían muy bien cuales eran las doctrinas que él había enseñado: *Yo he hablado en público y estos saben lo que he dicho* (Jn 18, 20). Mas uno de los criados, tratando de atrevida la respuesta del Señor, le dio una bofetada muy recia: *Uno de los criados asistentes dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes tú al pontífice?* (Jn 18, 22). *Espíritus celestiales* — exclama san Gerónimo—, *¿por qué no habláis? ¿por qué perseveráis atónitos con tanta paciencia?* (Homil. 18, in Joan.).

¡Ay Jesús mío!, ¿cómo una res puesta tan comedida y modesta pudo merecer una afrenta tan indigna en presencia de tanta gente? El pontífice, lejos de afear y reprender al atrevido criado, le alaba o lo aprueba con señas. Y vos, Señor, lo sufrís todo para expiar los ultrajes de que yo soy culpable a la majestad divina. ¡Oh Jesús mío, os doy gracias! Padre eterno, perdonadme por los méritos de Jesús.

El indigno pontífice preguntó a Jesús si él era realmente el Hijo de Dios: *Te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, el hijo de Dios* (Mt 26, 63). Jesús, respetando el nombre de su Padre celestial, respondió que era verdad lo que se le preguntaba. Entonces Caifás rasgó sus vestiduras y dijo que había blasfemado; y cuantos estaban allí presentes, exclamaron a la vez que merecía la muerte: *A lo que respondieron ellos diciendo que era reo de muerte* (Mat 26, 66). Con mucha razón se os declaró, Señor, quo erais digno de muerte; porque vos os habéis cargado de mis pecados, que merecían la muerte eterna. Ya, pues, que con vuestra muerte me habéis restituido a la vida celestial, es muy justo que yo me ocupe en serviros todos los días que he de vivir en la tierra. Sí, Jesús mío, yo no quiero vivir sino por vos y para amaros; concededme a este fin el auxilio de vuestra gracia.

Entonces le escupieron en su rostro y le dieron bofetadas (Mt 26, 67). Después que todos dijeron que era digno de muerte, el populacho y la soldadesca mirando a Jesús como un hombre infame, digno de muerte, le maltrataron toda la noche con golpes y con palabras: unos le abofeteaban, otros le pateaban y acocebaban, estos le arrancaban los pelos de la barba; aquellos cubriendo el rostro con salivas y con otras inmundicias, y todos le insultaban, diciéndole que era un profeta embustero: y cuando le habían herido, le decían con una ironía cínica y feroz: *Cristo,*

¿adivina quién es el que te ha golpeado? (Mt 26, 68). El profeta Isaías había predicho mucho antes todos estos excesos: *Entregué mi cuerpo a los que me daban de palos, y mis mejillas a los que mesaban mi barba: no escondí mi cara a los que me escarnecían y llenaban de salivas* (Is 50, 6). El devoto Taulero refiere como una proposición de san Gerónimo, que nadie sabrá hasta el día del juicio, las penas y tormentos que Jesús sufrió en esta noche fatal. Cuando san Agustín consideraba los sufrimientos de Jesús en esta noche, decía: *Si esta medicina no cura la soberbia y el orgullo, no sé qué pueda curar estas pasiones* (Dom. 3. Quadr. Serm. 1). Oh Jesús mío, vos tan humilde y yo tan orgulloso! Iluminadme. Señor, hacedme conocer quien sois vos y quien soy yo.

Entonces escupieron en su rostro. Escupieron. ¡Oh Dios! ¿hay por ventura en este mundo afrenta más soez? El ser escupido, dice Orígenes, es la injuria mayor que puede hacerse. ¿Y en dónde se escupe, en dónde se echa inmundicia, sino en el lugar más sucio de la casa? ¿Y vos, Jesús mío, vos habéis permitido que se os tratase como la cosa más sucia? ¡Sois maltratado de todas maneras y vos no amenazáis, nada decís! *El cual cuando le maldecían, no devolvía las maldiciones; cuando padecía no amenazaba; antes se ponía en manos de aquel que le sentenciaba injustamente* (Petr 2, 23). Vos, como un manso e inocente cordero, sufristeis sin quejaros, ofreciendo todos estos padecimientos para obtener el perdón de todos nuestros pecados: *como cordero delante del que le esquila, estará mudo sin abrir su boca* (Is 53, 7). Cierta día meditaba santa Gertrudis sobre la injusticia de que Cristo fue víctima en su pasión. Esta santa empezó a alabarle y bendecirle, y el Señor quedó tan agradecido que le dio las gracias de un modo muy afectuoso.

¡Ah Señor mío tan vilipendiado! siendo vos el rey del cielo, el Hijo del Altísimo, no erais merecedor de que se os maltratase y vilipendiase de un modo tan cruel; vos debíais, sí ser adorado, glorificado y amado de todas las criaturas. Yo pues os adoro, os bendigo y os doy gracias. Os amo desde lo más íntimo de mi corazón: me arrepiento de haberos ofendido: ayudadme, Señor, apiadaos de mí.

Acabada aquella noche los judíos llevaron a Jesús a la casa de Pilatos, con el fin de que este le condenase a muerte; pero Pilatos le declara inocente: *Yo no hallo delito en este hombre* (Lc

23, 4). Pero como temía los insultos de los judíos, para librarse de ellos, que proseguían gritando por la muerte de Jesús, mandó que nuestro divino Redentor fuese enviado a Herodes. Este príncipe se alegró mucho al ver en su presencia a Jesús, esperando que obraría algún milagro para librarse de la muerte, pues había oído que obraba muchos. Así es que le interrogó mucho; pero Jesús no quiso responderle, porque no quería ser librado de la muerte. Viendo este rey mundano que Jesús no le respondía, hizo el mayor desprecio de él, juntamente con todos los que lo hacían la corte; y tratándole como a un hombre necio y fatuo, mandó que le cubriesen con un vestido blanco y lo remitió a Pilatos: *Mas Herodes le despreció con todos los de su séquito, se mofó de él haciéndole vestir de blanco, y le volvió a enviar a Pilatos* (Lc 23, 11). Comentando estas palabras, Ugo cardenal dice: *Haciendo mofa de él mandó que le cubriesen con un vestido blanco como si fuese loco o fatuo*. San Buenaventura añade: *Se mofó de Cristo como de un hombre débil e impotente para hacer prodigios; como de un hombre ignorante que no supo qué responder; y como de un hombre estúpido que no sabe defenderse*

¡Oh sabiduría eterna, oh verbo divino, no os faltaba ya otra ignominia oprobiosa, cual era trataros de loco y privado de conocimiento! ¿Y tanto os apremiaba nuestra salvación que por amor de nosotros quisiste ser no solamente vituperado, sino también llenado de los mayores oprobios, como había profetizado Jeremías? *Presentó su mejilla a los que le abofetean, y quedó saciado de oprobios* (Lam 3, 30). Como, ¿tan enamorado estáis de los hombres, de quienes no habéis recibido sino ingratitudes e injurias? ¡Ah miserable de mí, que yo soy uno de los que, más insolentes que Herodes, os he ultrajado! Jesús mío, no me castigáis como a aquel rey insensato, privándome de oír vuestra voz celestial. Herodes no quiso reconocer quien erais vos; pero yo confieso que sois mi Dios. Herodes no hizo de vos el debido aprecio, más yo os aprecio y amo más que a mí mismo. No me neguéis la voz de vuestras santas inspiraciones, aunque bien merecido lo tenía por mis pecados. Decidme qué queréis de mí, que yo lo cumpliré con el auxilio de vuestra gracia.

Conducido otra vez Jesús al Pilatos, este le presentó al populacho, a fin de saber de aquella gente quien querían fuese absuelto en la pascua de aquel año: si Jesús o el asesino Barrabás.

Pero el populacho grito con furia: *No a ese, sino a Barrabás* (Jn 19, 40). Entonces Pilatos les dijo: *¿Pues qué he de hacer con Jesús?* Respondieron: *Que sea crucificado.* —Pero *¿qué mal ha hecho este inocente?* dijo Pilatos; y los judíos replicaron: *Sea crucificado* (Mat 27, 23). ¡Ah Dios mío! ¡Cuántos hombres hay todavía que continúan gritando: no a ese, sino a Barrabás! Sí, más quieren seguir el impulso de un vil gusto, de algún resentimiento o el desahogo de alguna pasión, que escuchar la voz de Dios.

Señor mío, hartos sabéis que yo en algún tiempo os hice la misma injuria, posponiéndolos a mis execrables gustos. Dulcísimo Jesús, perdonadme, que yo ya me arrepiento de mi vida pasada, y de hoy en adelante os quiero preferir a todos los bienes; y propongo morir mil veces antes que dejaros. Dadme una santa perseverancia, dadme vuestro amor.

Después hablaremos de los demás oprobios que Jesucristo recibió hasta morir finalmente en la cruz: *sufrió la cruz despreciando los oprobios* (Hebr 12, 2). Entre tanto consideremos que se verificó cumplidamente en nuestro Redentor cuanto profetizó el Salmista que debía padecer en su pasión, y como debió ser el oprobio de los hombres y la abyección de la plebe: *Mas yo soy un gusano, no un hombre, oprobio de los hombres, desprecio del pueblo* (Salmo 22, 7) Pues hasta morir fue deshonrado, ajusticiado por manos de verdugos en un patíbulo, y como un malhechor en medio de dos bandidos: *Y fue contado entre los malvados* (Is 54, 12).

¡Oh Señor, el más excelso —exclama san Bernardo—, y el más abatido, humillado entre todos los mortales! ¡Oh Ser supremo entre todos los seres, ahora el más vil y bajo! ¡Oh gloria de los ángeles convertida en oprobio de los mortales! *O novissimum! O altissimum! O humilem et sublimem! O opprobrium hominum, et gloriam angelorum!*

¡Oh gracia, oh poderío del amor de un Dios! —continúa san Bernardo— ¿De esta suerte el sumo bien y Señor de todos se ve vilipendiado de todos? *O gratia! O amoris vis! Itane summus omnium imus facius est omnium!* Y ¿quién ha obrado un prodigio tan estupendo? —añade el doctor melifluo—, *¿quién hizo esto?* —*El amor.* Todo lo ha hecho el amor: este amor ardiente que Dios ha manifestado al hombre a fin de que entendiese que le amaba, y

también para enseñarle con su ejemplo a sufrir en paz los desprecios y las injurias. *Cristo padeció por nosotros* —escribió san Pedro— *dándonos un ejemplo, a fin de que sigamos sus pisadas* (1 Pedro 2, 21). La mujer de san Eleázaro preguntó a éste como podía soportar tranquilamente tantas injusticias; a lo que el Santo respondió: miro y vuelvo a mirar a Jesús tan oprobado, y desde luego digo que mis afrentas son nada en comparación de las que él, siendo Dios, sufrió por mí.

¿Por qué yo, viendo a todo un Dios afrentado por mi amor, no he de sufrir un pequeño desprecio por amor vuestro? ¿Pecador y soberbio? ¿Y de dónde me viene esta soberbia? Señor mío, en méritos de los desprecios que vos sufristeis, hacedme la gracia de que yo sufra con paciencia y alegría las afrentas e injurias. Propongo de hoy en adelante, mediante vuestro auxilio, no tener ningún resentimiento y recibir con gozo todos los oprobios que se me hagan. Bien merece ser despreciado el que ha tenido la osadía de despreciaros a vos, Señor de santa majestad, y tiene merecidas las penas del infierno, Y vos, ¡amorosísimo Redentor mío!, habéis ya de antemano dulcificado para mí todas las afrentas e insultos, sufriendo todas las injurias que yo os había ocasionado. Propongo también para agradaros, hacer todo el bien que me sea posible a todos cuantos me afrentaren, o al menos decir bien de ellos, y tenerlos presentes en mis oraciones. Ahora mismo os suplico que colméis de gracias a todos los que me han hecho alguna injuria. Os amo, bondad infinita, quiero amaros hasta que exhale mi último aliento, y después por toda la eternidad.

CAPÍTULO VIII

FLAGELACIÓN DE JESUCRISTO ATADO A LA COLUMNA

Entremos en el pretorio de Pilatos, que en este día se convirtió en una horrible perspectiva de ignominia y de dolores para Jesús; contemplemos cuan injusto, ignominioso y cruel fue el suplicio que Jesús sufrió allí de los inhumanos verdugos. Viendo Pilatos que los judíos se amotinaban contra Jesús, este juez injusto y cruel a la vez, condenó a Jesús que le azotasen. *Entonces Pilatos tomó a Jesús y mandó que le azotasen* (Jn 19). Pensó aquel juez inicuo y desapiadado que con tan bárbaro modo de proceder oscilaría la compasión de los judíos y así le libraría de la muerte: *Le castigaré y te daré libertad después* (Lc 23, 22). Los azotes era un castigo propio de esclavos; así es que nuestro amantísimo Redentor, dice san Bernardo, *quiso tomar la forma no solamente de esclavo y sujetarse a la voluntad de otro, sino que también de esclavo malvado, y ser castigado con azotes, para pagar la pena que merecía el hombre esclavo del pecado*.

¡Oh Hijo de Dios y amante apasionado de mi alma! ¿cómo siendo vos un rey de tanta majestad habéis podido amar tanto a una criatura tan vil e ingrata, cual soy yo, que os hayáis sujetado a tantos castigos para librarme de las penas debidas? ¡Un Dios azotado! Es mucho más asombroso que todo un Dios sufriera un pequeño golpe, para quedar anonadados todos los hombres y todos los ángeles. Jesús mío, perdonadme las ofensas que yo os he hecho y después castigadme como mejor os parezca. Me basta, Señor, que yo os ame, y vos me améis, y después estaré contento de padecer todas las adversidades que gustéis.

Luego de haber llegado al pretorio Jesús, él mismo se despojó de sus vestiduras al mandato de uno de aquellos verdugos; y según reveló a santa Brígida, después se abrazó con la columna y él mismo alargó las manos para ser atado en ella. ¡Oh Dios mío, ya empieza el bárbaro castigo! ¡Oh ángeles del cielo,

venid a contemplar este horrible espectáculo! Si no se os permite libentar a vuestro rey del sangriento destrozo que le preparan aquellas fieras infernales, al menos venid a llorar de compasión. Y tú, alma mía, imagínate quo estás allí presente; mírale como está allí tu afligido Jesús, con la cabeza caída, mirando al suelo, avergonzado con el rubor de la inocencia, esperando el infame castigo que va a sufrir. Mira aquellos feroces sayones, que a manera de perros rabiosos, se arrojan con sus látigos sobre el inocente cordero. Párate a contemplar como uno le golpea el pecho, otro le sacude las espaldas, este le aporrea los costados, aquel le deja los muslos cubiertos de llagas: su misma sagrada cabeza y su divino rostro no se ven libres de golpes mortales. Ya va corriendo hilo a hilo aquella divina sangre por todo el cuerpo; y los látigos, las manos de los verdugos, la columna y el mismo suelo están ensangrentados. *Es herido —dice san Pedro Damiano— y despedazado todo su cuerpo con los azotes; unas veces baten las espaldas, otras los muslos y acrecientan nuevas llagas a las que ya se habían abierto.*

¡Oh crueles e inhumanos! ¿Con quién os las tomáis? Deteneos, deteneos: daros cuenta que os habéis equivocado. Este hombre a quien vosotros castigáis es inocente, es un santo; yo soy el culpable: a mí, a mí que he pecado debéis azotarme y maltratarme, ¡Ah, vosotros no me escucháis! Padre eterno, ¡cómo podéis tolerar por más tiempo injusticia tan atroz! ¿Cómo sufrís que vuestro hijo unigénito, en el que están cifradas vuestras delicias, sufra por tanto tiempo? ¿cómo no le socorréis? ¿qué atrocidad ha cometido para que se le dé un castigo tan cruel e inaudito?

Por causa de la maldad de mi pueblo, le he yo herido (Is 53, 8). Yo sé muy bien, dice el Padre Eterno, que mi hijo es inocente; pero como él se ha ofrecido a satisfacer mi justicia por todos los pecados de los hombres, es indispensable que le exponga al furor y rabia de sus enemigos.

Para satisfacer por nuestros delitos, y en particular por los de impureza, que es el pecado más común entre los hombrees, vos, Salvador mío, habéis querido que despedazasen vuestra carne purísima. Quien no se exclamará con san Bernardo: ¡Oh caridad inefable del hijo de Dios para con los hombres!

¡Oh Señor mío, tan maltratado, os doy gracias por tanto amor! Me duele de todo corazón que con mis pecados me haya unido a aquellos verdugos para azotaros. ¡Cuánto tiempo hace que yo merecía arder en el infierno! ¿Por qué, vos, amor mío, me habéis aguardado hasta ahora con tanta paciencia? ¡Ah! me habéis sufrido a fin de que movido yo de tantas delicadezas de amor, me resolviese a amaros, abandonando el pecado. Amado Redentor mío, no puedo ya resistir por más tiempo tanta ternura, quiero amaros de aquí en adelante con todas mis potencias. Vos, Señor, sabéis cuan flaco y débil soy, y también sabéis mis traiciones contra vos: desprendedme de todas las afecciones terrenas ya que estas me alejan de vos; recordadme sin cesar el amor que me habéis manifestado, y la obligación tan estrecha que tengo de amaros. En vos, Dios mío, mi amor, y todas mis cosas, pongo todas mis esperanzas.

Se lamenta el doctor Seráfico *de que ya empieza a correr aquella sangre real y que sobre un cardenal y fractura hacían otros con los azotes*. Aquella sangre divina brotaba ya por todas las partes del cuerpo, el cuerpo sagrado de Jesús estaba todo cubierto de una sola llaga; pero aquellos perros rabiosos no cesaban de multiplicar más y más sus heridas, según el profeta había ya pronosticado: *y aumentaron más y más el dolor de mis llagas* (Salmo 68, 27). Los látigos de que se servían aquellos verdugos no solamente abrían llagas por todas partes y cubrían aquel cuerpo divino, sino que también le despedazaban y hacían saltar trozos de carne; y fue tan prolongada aquella cruel y sangrienta flagelación que las carnes se abrieron hasta poderse contar todos sus huesos: *Su carne quedó tan desgarrada que se le pudieron contar los huesos* (Contenson, loc. Cit.). Cornelio Lapide asegura (in c. 28, Matth) que Cristo hubiera muerto en esta tortura; pero que se mantuvo vivo por su poder divino, para sufrir penas aún más atroces por nuestro amor; lo cual ya antes había observado san Lorenzo Justiniano.

Sí, mi Señor mío, digno sois de un amor sin límites. Vos habéis tolerado todos estos tratamientos tan bárbaros, a fin de que yo y todos os amásemos; no permitáis, pues, que ninguno de nosotros en vez de amaros os ofenda y os disguste. ¡Oh qué infierno no merecería yo, si después de haber conocido ese amor ardoroso que me tenéis, me condenase miserablemente por haber

despreciado a un Dios vilipendiado, abofeteado y azotado por mí; y que además, habiéndole ofendido tantas veces, me ha perdonado con tanta generosidad! No lo permitáis, Jesús mío. ¡Ay Dios mío, que el amor y paciencia que hasta ahora me habéis manifestado, sería otro infierno mucho más trabajoso para mí!

Muy crueles fueron las penas y angustias que padeció Jesús en la flagelación; porque desde el principio fueron muchos los que le azotaban, y según una revelación de santa María Magdalena de Pazzis, no bajaron de sesenta (*in Vit. c. 6*). Aquellas furias infernales, instigadas de los demonios y de los sacerdotes, temiendo que Pilatos lo libraría después de este castigo, como ya antes lo había dado a entender diciendo: *le castigaré y después le soltaré*, se empeñaron en acabarle la vida, con la furia de los azotes. San Buenaventura conviene, con muchos otros doctores, que para la flagelación de Cristo se buscaron los instrumentos más rigurosos de modo que de cada golpe corría sangre y se abría una llaga según san Anselmo; y el número de los azotes subió a millares, escribe el P. Crasset, siendo así que las leyes, y en particular las de Moisés prohibían que no pasasen de cuarenta: *No pasen de cuarenta el número de los azotes para que tu hermano no tenga que irse feamente con las carnes desgarradas* (Deut 25, 3). Siendo esta ley muy justísima, los malvados judíos quisieron que nuestro Redentor fuese azotado según la costumbre de los romanos, los cuales no tenían regla alguna en los castigos que daban a sus esclavos o deudores.

El historiador judío Josefo, que vivió poco después de Jesucristo, refiere que le abrieron de tal suerte las carnes con los azotes que se le veían las costillas descarnadas; lo que fue revelado a santa Brígida por la santísima Virgen, diciéndole: Yo estaba allí presente; vi el cuerpo de mi hijo tan roto que se le divisaban las costillas y lo que era más cruel, las carnes caían a trozos cuando retiraban los azotes (*Lib 1, c. 11*). Una vez se apareció Jesucristo a santa Teresa: la Santa quiso que le pintasen del mismo modo como ella le había visto y dijo al pintor que le representase con un pedazo de carne que le colgaba del codo izquierdo. Mas como el pintor pidiese de qué manera dibujaría esto, se volvió el pintor a mirar el cuadro y encontró que ya estaba concluido el codo cual debía estar (*Cronis. tom. 1, c. 14*). ¡Ah, Jesús mío muy amado, y digno de que os adoren todas las

criaturas, cuanto habéis padecido por mí! ¡No queden perdidos por mí estos trabajos y la sangre que vos habéis derramado!

Solamente con lo que nos dicen los santos evangelistas se puede deducir qué desapiadado y feroz sería el castigo de los azotes. Y sino ¿por qué Pilatos después de haber visto a Jesús tan mal parado, le sacó a la vista de todo el populacho diciendo: *Ved aquí el hombre*; sino porque la figura de nuestro Salvador era tan lastimosa y compasiva, que el mismo Pilatos creyó que con solo mirarla se amansarían aquellos tigres y desistirían de alborotar, pidiendo la muerte? ¿Y qué otro motivo sino ver a Jesús tan lastimado y ensangrentado pudiera inducir a aquellas piadosas mujeres que le siguiesen desde la casa de Pilatos hasta el Calvario, lamentándose y deshaciéndose en lágrimas? *Seguía a Cristo una muchedumbre grande del pueblo y también de mujeres que se lamentaban y lloraban* (Lc 23, 27). Tal vez alguno pensará que aquellas mujeres lo amaban o creían que era inocente. Mas esto no es verosímil, porque las mujeres siguen comúnmente el modo de pensar de sus maridos: así es que aunque ellas pensasen que era culpable, como Jesús después del azotamiento quedase tan desfigurado y traspasado, que debía causar compasión aun a sus encarnizados verdugos, dichas mujeres no pudieron contener sus llantos y sollozos. Además, ¿por qué motivo sus insaciabiles enemigos le quitaron la cruz de sus espaldas y mandaron a Simón Cireneo que la llevase? Según el modo de pensar más común, y se deduce claramente de san Mateo: *obligaron que llevase la cruz de Jesús* (Mt 27, 32). Lo mismo dice san Lucas: *le cargaron la cruz para que la llevase en pos de Jesús* (Lc 23, 26). ¿Harían esto movidos de compasión o para aliviar sus penas? No, porque aquellos facinerosos le aborrecían mortalmente y le atormentaban cuanto más podían. Pero como observa el venerable Dionisio Cartusiano (*in c. 23 Matth.*): *Temían que se les muriese en el camino*. En efecto, reparando que después de los azotes Jesucristo había quedado desangrado y tan postrado que ya no podía mover los pies, y se caía debajo de la cruz de tal modo que a cada paso parecía que iba a dar el último aliento, mandaron que Cireneo llevase la cruz, a fin de que llegase vivo al Calvario y pudiesen clavarle en la cruz; que era lo que aquellos malvados habían siempre deseado para que su nombre quedase eternamente infamado: *Arranquémosle de entre los vivientes y no quede más*

memoria de él (Jer 11, 19). He aquí la razón porque quisieron que Cireneo llevase la cruz.

Señor, grande es mi contento sabiendo que vos me amáis tanto y que vos me conserváis el mismo amor que me teníais en vuestra pasión. Pero ¡qué grande es mi dolor al considerar que he ofendido a un Dios tan bondadoso! Por los méritos de vuestra pasión os suplico, Jesús mío, que me perdonéis. Siento en lo más íntimo de mi alma el haberos ofendido y propongo morir primero mil veces antes que pecar. Perdonadme todas las injurias que os he hecho, y concededme la gracia de amaros siempre hasta morir.

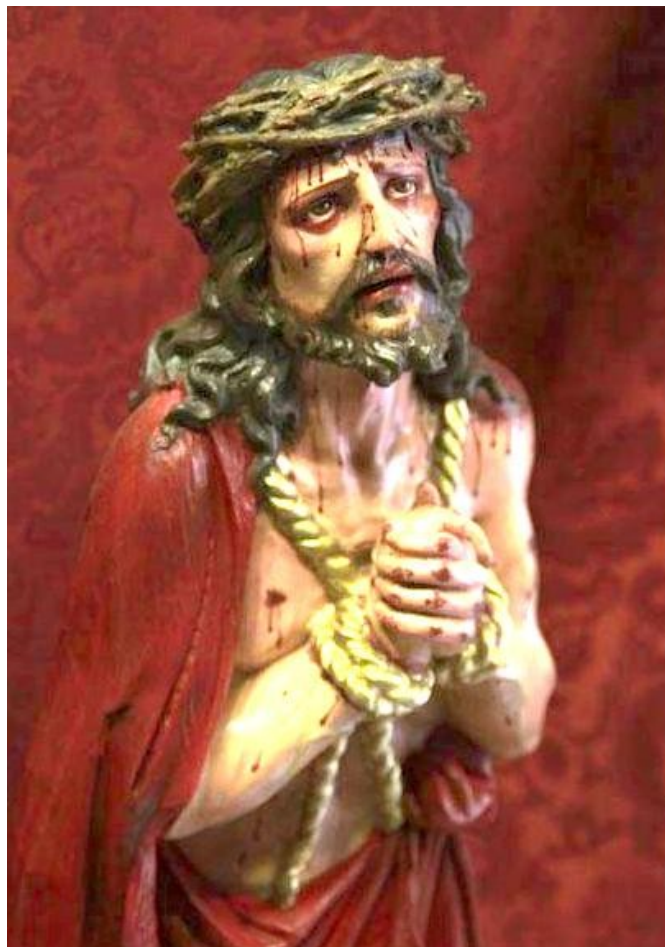
A ningún profeta se le representó con tanta viveza el estado lastimero y compasivo de nuestro Redentor Jesús como el que nos pronosticó Isaías. Este nos dice que sus purísimas carnes no solo serían rasgadas, sino que también despedazadas y desmenuzadas; *Fue llagado por causa de nuestras iniquidades y quebrantado por nuestras maldades* (Is 53, 5). Porque, prosigue este profeta, su eterno Padre no se contentó, para satisfacer su eterna justicia, y que los hombres comprendiesen toda la deformidad del pecado, sino cuando vio a su amado hijo quebrantado y consumido por los azotes: *y el Señor quiso consumirle con trabajos* (Is 53,10). De tal suerte que el cuerpo de Jesús debía parecerse al cuerpo asqueroso de un leproso, cubierto todo de llagas desde los pies hasta la cabeza: *Nosotros lo tuvimos como un leproso y como hombre castigado por Dios* (Is 53, 4).

Este es el miserable y lastimoso estado a que ¡oh Señor mío! os han conducido nuestras iniquidades. *Nosotros somos los reos, y vos, buen Jesús, pagáis por nuestras culpas* (San Bernardo). Sea para siempre alabada y bendita vuestra inmensa caridad, seáis amado como merecéis de todos los pecadores; y en particular seáis alabado y bendito de mí, miserable pecador, que con todos los demás os he despreciado.

Cierto día se apareció Cristo azotado a sor Victoria Angelini, y mostrándole todo su cuerpo lleno de heridas: estas heridas, Victoria —le dijo Jesús—, todas te piden amor. *Amemos al Esposo* —decía el enamorado san Agustín—, *y cuanto más deforme nos parezca, tanto más querido y halagado debe ser de su esposa*. Sí, Salvador mío muy amado, ya os veo cubierto de heridas; miro vuestro bellissimo rostro, mas, oh Dios mío, ya no se

me presenta gracioso, sino horrible y ennegrecido con la sangre, con el color amoratado y con las sucias salivas: *No había en él hermosura ni esplendor, su aspecto no era atractivo* (Is 53. 2). Pero, oh amor mío, Jesús, cuanto más afeado os contemplo más amable y hermoso me parecéis. ¿Y que es todo esto sino una señal inequívoca de que vos me amáis?

Sí, Señor, muy ulcerado y llagado por mi amor, os amo. Quisiera verme yo plagado y llagado por vuestro amor, así como tantos mártires han tenido esta suerte feliz. Y ya que no puedo ofrecerme herido y despedazado os ofrezco todas las aflicciones que tendré que sufrir. Os ofrezco mi corazón, y con él quiero amaros tan tiernamente cuanto me sea posible. ¿A quién debe amar con más ternura mi alma sino a un Dios tan maltratado y desangrado por mí? Os amo, Dios mío, y no cesaré de deciros en esta y en la otra vida: yo os amo, yo os amo, y no quiero amar sino a mi dulce bien.



CAPÍTULO IX.

CORONACIÓN DE ESPINAS.

Continuando todavía los soldados en la flagelación del inocente Cordero, se cuenta que se adelantó uno de aquellos verdugos, y tomando la palabra, dijo a los demás: Vosotros no tenéis orden de matar a este hombre; como parece que pretendéis hacerlo. Dicho esto cortó las cuerdas y desató a Jesús. Esto nos lo refiere santa Brígida (*Lib. 1. Revel. 11*). Pero apenas acabaron de azotar a Cristo, cuando aquellos desapiadados ministros, incitados y corrompidos por los judíos, como asegura san Juan Crisóstomo, maquinan nuevos tormentos para prolongar los crueles padecimientos de Jesús. *Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron en torno a él a toda la tropa. Lo desnudaron y le echaron por encima un manto color púrpura; trenzaron una corona de espinas y se la pusieron sobre la cabeza y una caña en su mano derecha* (Mt 27, 27). Aquí se ve como los soldados desnudan de nuevo a Jesús, y después, para tratarle como a un rey de burla y de escarnio, le cubren con un vestido andrajoso de color de grana, que no era otra cosa que un harapo de aquella especie de capa corta de que usaban los soldados romanos, que se llamaba clámide. Con esto pusieron en su mano, para manifestar su desprecio, una caña en señal de cetro, y también un manojo de espinas en la cabeza para significar la corona.

¿Pero vos, Jesús mío, no sois el verdadero rey del universo? ¿cómo permitís que ahora estos hombres viles os traten como un rey de irrisión y de dolores? A qué extremo tan lastimoso os ha conducido el amor. ¡Oh Dios mío! ¿cuándo vendrá el día en el que yo me una tan íntimamente con vos, que ninguna cosa de este mundo pueda separarme y ya no pueda dejar de amaros? ¡Ay Señor, que mientras vivo en la tierra, sé que estoy en peligro de volveros las espaldas y de no amaros, como desgraciadamente me

ha sucedido hasta el presente! Jesús mío, si vos previeseis que yo mientras estoy en este mundo he de experimentar tal desgracia, ¡ah! matadme en este mismo instante, en el que confío estar en vuestra gracia. ¡Esto os suplico por vuestra pasión, no me abandonéis ni permitáis que cometa semejante ingratitud! Bien es verdad que tengo merecido esto por mis pecados, pero vos no lo merecéis. Escoged cualquier otro castigo menos este. No, Jesús mío, mi amor, no deseo, no quiero verme jamás separado de vos, que sois un padre tan cariñoso

Y trenzando una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza (Mt. 27, 29). Este nuevo dolor de la corona de espinas fue muy penetrante, según observa Laspergio; porque la sagrada cabeza de Jesús quedó toda traspasada, lo cual fue causa que estos nuevos dolores fuesen agudísimos. Todos saben que de la cabeza parten todos los nervios que después se extienden por todo el cuerpo, y de ahí es que todas nuestras sensaciones tienen su origen en la cabeza. Además, los dolores de la corona de espinas fueron los que más se prolongaron en su pasión; pues que aquella fatal corona quedó clavada en la cabeza de Jesús, y ya no se la volvieron a quitar hasta después de muerto. Así era que siempre y cuando le tocaban la corona o el cuerpo, el dolor y una especie de espasmo se le renovaba en todos los miembros. El modo de pensar más general de los escritores y de san Vicente Ferrer es que la corona de espinas fue cortada y entretejida de ramos de espinas, y hecha como un yelmo o celada, que le cogía toda la cabeza y le cubría las sienes y más de la mitad de la frente; esto es lo que fue revelado a santa Brígida (*Lib. 4. c. 70*).

San Lorenzo Justiniano y san Pedro Damiano dicen que aquellas espinas eran tan largas, que llegaban hasta el cerebro (*D. Laur. De Triumph. cru. c. 4*). Aquí se ve como el corderito sin mancha permitía ser atormentado sin quejarse y según el antojo de aquellos furiosos verdugos; solo cerraba los ojos, y aquejado de dolores agudísimos exhalaba amarguísimos suspiros como un atormentado próximo a dar el último atiento, según el mismo Jesucristo lo reveló a la Beata Agueda de la Cruz. La sangre que manaba era en tanta abundancia, que corriendo de todas las heridas, el rostro estaba todo sangriento y no se le veía otro color que el de la sangre, como dijo santa Brígida. *Nada se veía en su divina cara sin sangre, a causa de la abundancia de hilos de ella*

que goteaban y descendían al rostro, quedando teñidos los cabellos, los ojos y la barba (Lib. 3, c. 70). San Buenaventura añade, que era imposible ver en nuestro amado Jesús aquel divino y hermosísimo rostro, pues se había trocado de tal modo que parecía la cara de un hombre descuartizado y desollado.

¡Oh amor divino —exclama Salviano—, no sé cómo llamaros, o dulce, o cruel, porque dais a entender que habéis sido dulce y cruel con vos mismo! (*Epist. 1*). ¡Ah Jesús mío!, el amor os vuelve dulce para con nosotros, pues os manifestáis amante apasionado de nuestras almas; pero este mismo amor se muestra cruel con vos, haciendo que padezcáis tan acerbos tormentos. Queréis que se os corone de espinas sin otro fin que obtener para mí la corona de la gloria celestial. *Sí —dice Miquelío—, quiso ser coronado de espinas para merecernos la corona que se dará a los escogidos en la patria celestial.* Dulcísimo Jesús mío, espero que seré vuestra corona en el paraíso; salvadme por los méritos de vuestra pasión; cuando esté en la gloria alabaré eternamente vuestro amor y vuestra misericordia: *cantare eternamente las misericordias del Señor.* Sí, cantaré eternamente.

¡Oh espinas crueles, plantas ingratas! ¿por qué tanto atormentáis a vuestro Criador? ¿Pero de qué sirve, dice san Agustín, reprender a las espinas? ¡Ah, estas no fueron sino un instrumento inocente, mientras que nuestros pecados y nuestros malos pensamientos fueron las espinas agudísimas que tanto afligieron la cabeza de Jesús! En una ocasión so apareció Cristo a Santa Teresa de Jesús coronado de espinas, y como la Santa se sintiese conmovida al ver aquellas heridas el Señor le dijo: *Que no le tuviese lástima por aquellas heridos sino por las muchas que ahora le daban* (Papeles de dicha Santa, núm. 10. último de su Vida).

Alma mía, tú pues atormentabas entonces la cabeza venerable de tu Redentor con tus malos pensamientos, pero *mira y advierte qué mala y amarga cosa es el haber tú abandonado al Señor, que es tu Dios* (Jer 2, 19). Abre los ojos ahora, mira y llora amargamente en toda tu vida los males que has hecho, volviéndolas espaldas ingratamente a tu Señor y a tu Dios. ¡Ah, Jesús mío, no erais acreedor a que os tratase como os he tratado hasta aquí! He hecho mal, he errado, me pesa muchísimo, perdonadme, Señor, y dadme un dolor que me obligue a llorar

toda mi vida las injurias que os he hecho. Jesús mío, perdonadme, yo siempre quiero amaros.

Y arrodillándose delante de Jesús, le escarnecían diciendo: ¡Salve, rey de los judíos! Después le escupían, le quitaban la caña y lo golpeaban con ella en la cabeza (Mt.27, 30). San Juan añade que también le abofeteaban (19, 3). Después de haber puesto aquellos bárbaros la corona sobre la cabeza de Cristo, no les bastó o no se contentaron con hincarla con todas las fuerzas de sus manos, sino que se sirvieron de bastones como de martillos, a fin de que las espinas penetrasen más adentro. Hincada así la corona, empezaron con una risa cínica y feroz a mofarse de él, como de un rey de befa, arrodillándose primero y saludándole rey de Jerusalén; luego se levantaban, escupiéndole en la cara y le abofeteaban gritando y dando carcajadas. ¡Ay, Jesús mío, a que estado tan lastimoso os visteis reducido! Si un hombre por casualidad hubiera pasado por aquel lugar y viera a Jesús todo ensangrentado, cubierto de un andrajo de color de grana, con una caña en la mano, la cabeza coronada de espinas, hecho burla y escarnio, insultado por una vil soldadesca, ¿no le habría tenido por el hombre más abyecto y malvado de todo el mundo! ¡Oh hombres —exclama el venerable Dionisio Cartusiano—, si no queréis amar a Jesús porque es bueno, o porque es Dios, amadle a lo menos por las penas que sufrió por vosotros! (In cap. 27. Matth.).

¡Oh mi amado Redentor!, recibid a un siervo rebelde que os abandonó, pero que ya vuelve a vos arrepentido. Si cuando yo huía de vos y menospreciaba vuestro amor, vos no me desamparabais, procurando volverme a vos, ¿temeré que me arrojéis de vuestra presencia, ahora que me acerco a vos, ahora que os estimo y amo más que todas las cosas? Dadme a conocer, Señor, lo que debo hacer para daros gusto, porque quiero hacer todo cuanto me mandareis. ¡Oh Dios amabilísimo!, deseo amaros con toda verdad, y ya no quiero disgustaros más; ayudadme con vuestra gracia, no permitáis que me separe jamás de vuestra compañía. María, consuelo y esperanza mía, rogad a Jesús por mí. Amen

CAPÍTULO X

EL ECCE-HOMO

Viendo Pilatos el estado lastimoso de Jesús, tan digno de compasión y de ternura, pensó que su sola vista bastaría para enternecer a los judíos, y cambiar aquellos ánimos encarnizados contra Jesús. Con este interno mandó que saliese a un balcón de su palacio, levantó aquel harapo de púrpura que le cubría, y mostrando a aquel populacho, que estaba allí agrupado, el cuerpo de Jesús todo llagado desde las palmas de los pies hasta la cima de la cabeza, les dijo: Ved al hombre. *Salió Pilatos otra vez fuera, y les dijo: he aquí que os lo saco fuera, para que sepáis que no hallo en él ningún delito. Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y un manto de púrpura, y les dijo Pilatos: Ved aquí el hombre* (Jn 19, 4-5).

Ved aquí el hombre, como si dijera, aquí tenéis el hombre a quien vosotros recrimináis que quería alzarse rey; yo, por complaceros, aunque inocente, he mandado que fuese azotado. *Ved aquí el hombre que no se distingue por su poderío sino por lo multitud de oprobios de que se le ha cubierto* (San Agustín *trat. 10. in Jonn*). Vedle ahora reducido a tanto abatimiento que parece un hombre desollado al que le queda poco tiempo de vida. A pesar de todo esto, vosotros os obstináis en que ha de morir y que yo le condene a muerte, os digo que no puedo hacerlo, mientras no me presentéis otras pruebas para sentenciarle.

Los judíos no se aplacaron con estas reflexiones tan justas, ni se compadecieron por el aspecto tan triste y lastimoso de Jesús; antes por el contrario, se enfurecieron más. *Los jefes de los sacerdotes y los guardias, al verlo, comenzaron a gritar: Crucificalo, crucificalo* (Jn 19, 6). Viendo, pues, Pilatos que no conseguía nada, sino que el alboroto iba en aumento, tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo: —No me hago responsable de esta muerte, allá vosotros (Mt 27, 24). A lo que

aquellos hombres, que parece se habían despojado de toda humanidad, respondieron: *caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

¡Oh salvador mío!, vos sois el rey más grande de todos, pero ahora parecéis el más estropeado y abatido de todos los mortales: ya que aquel pueblo ingrato no os reconoció, yo os adoro como a mi rey y Señor. Os doy las gracias, Redentor mío, porque habéis tolerado y sufrido tantos ultrajes por mí, y os suplico que me hagáis apreciar los desprecios y las penas, ya que vos habéis abrazado todas estas aflicciones con tanta predilección. Me avergüenzo de haber buscado con tanta avidez los honores y placeres; tonterías mundanas por las cuates he desechado vuestras gracias y vuestro amor. Me arrepiento de esto como si fuese el mayor mal. Abrazo, Señor, todas las ignominias, desafío a todas las penas que vengan de vuestra mano, porque propongo sufrirlo todo con firmeza antes que pecar. Pero dadme, Señor, vuestra gracia y haced que sepa resignarme.

Al mismo tiempo que Pilatos presentaba a Jesús desde el balcón al pueblo, el Padre eterno desde el trono de su gloria nos presentaba a su hijo predilecto, diciendo del mismo modo: *Ecce homo*: Ved aquí a este hombre, que es mi único hijo muy amado, y a quien quiero como a mí mismo; aquí está el hombre y Salvador vuestro que yo había prometido y vosotros habíais esperado tanto tiempo. Ved aquí el hombre más ennoblecido entre todos los demás, hecho hombre de dolores: vedle y considerad el estado miserable y lastimoso a que se ve reducido por el amor que os tiene, y que es digno al menos que le améis por lástima. Miradle y amadle; y si no os convidan sus ruegos a que le améis, que os muevan a lo menos tantos dolores, tantas ignominias como él está sufriendo por vosotros.

¡Oh Dios mío, y Padre de mi Redentor!, yo amo a vuestro Hijo que tanto sufrió por mi amor, y también os amo a vos que por mi amor le habéis expuesto a que padeciese tantas penas por mí. No miréis a mis pecados con los que muchísimas veces os he ofendido y a vuestro Hijo querido. *Mirad la cara de vuestro ungido que es Cristo*; mirad a vuestro unigénito Hijo, cubierto de llagas y de oprobios, que satisface por mis delitos; perdonadme, pues, por sus méritos, y no permitáis que yo jamás os ofenda; *que la sangre de esta inocente víctima se derrame sobre nosotros*. Sí,

la sangre de este hombre tan querido y amado de vos, que os ruega por nosotros y os pide misericordia; esta sangre, digo, tan preciosa, descienda sobre nuestras almas y nos haga merecedores de vuestra gracia. Dios mío, maldigo y abomino todos los disgustos que os he dado, y os amo, bondad infinita, más que a mí mismo. Por el amor de vuestro Hijo, dadme vuestro amor, que domine y sujete todas mis pasiones, y que para agradaros, me dé aliento en sufrir todas las penas de este mundo,

Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón con la diadema, con que le coronó su madre en el día de sus desposorios, día de júbilo y de alegría para su corazón (Cant 3, 11). Sal pues, alma redimida, hija de la gracia, sal a ver tu Redentor y rey humilde en el día de su muerte, día de regocijo, porque en él te hizo esposa suya, dando por ti la vida en el leño de la cruz; a quien la Sinagoga, madre cruel, le coronó no con diadema honorífica sino con diadema de escarnio y de dolor. *¡Oh almas todas!, salid* —dice san Bernardo—, *ved a vuestro Rey y Señor con una diadema de miseria y de pobreza* (Serm. 3. de Epiph.). ¡Oh el más hermoso entre todos los hombres, y el más poderoso de todos los reyes! ¡Oh el más amable entre todos los esposos! ¿Cómo es que os miro tan mal parado, todo llagado y reducido al colmo del desprecio? Sois esposo, pero esposo de sangre, porque por medio de ella habéis querido desposaros con nuestras almas. Vos sois rey, pero rey de dolores, rey de amor, porque habéis querido conquistar nuestros afectos y nuestra voluntad con penas y tormentos.

¡Oh amantísimo esposo de mi alma, ojalá tuviera siempre presente cuanto por mí, habéis padecido, y con esto no cesase nunca de amaros y de daros gusto! Apiadaos de mí ya que tan caro os he costado. En pago de tantas penas como habéis sufrido por mí, os contentáis que yo os ame. Pues bien, os amo, amor infinito, os amo sobre todas las cosas, y aun así os amo poco. Mi amado Jesús, dadme un amor más ardiente si queréis que os ame más: yo deseo amaros como vos merecéis ser amado. Pecador infeliz y desgraciado, yo debería estar ardiendo en el infierno, desde aquel momento en que os ofendí gravemente; pero vos, padre cariñoso, me habéis esperado y sufrido hasta la hora presente, porque no queréis que yo esté ardiendo en aquel fuego devorador, sino que arda en el fuego divino de vuestra caridad. Este

pensamiento, ¡oh Dios de mi alma! me enciende todo en deseos de hacer cualquier cosa para complaceros. ¡Oh Jesús mío, ayudadme, y ya que habéis hecho tanto, completad la obra de mi santificación hacedme todo vuestro!

Como viesen los judíos que Pilatos no acababa de decidirse, continuaron insultándole con una gritería feroz, sin cesar de repetir: *¡Quítalo de en medio, crucifícale!* Pilatos les dijo: *¿A vuestro rey he de crucificar?* Pero los jefes de los sacerdotes respondieron: *No tenemos otro rey que el César* (Jn 19, 13-16). Los hombres mundanos que con tanto ahínco buscan las riquezas, los honores y los placeres de una vida deliciosa no quieren a Jesús por su rey, porque nuestro Redentor no fue sino rey de miseria, de ignominia y de dolores mientras vivió en la tierra. Pero si estos no quieren que vos seáis su rey, nosotros os elegimos por único rey y declaramos que *no tenemos otro rey sino a Jesús*.

Sí, Salvador mío, vos sois mi rey y mi Señor: vos sois y seréis mi único Señor.

Y por ventura, ¿no sois vos el verdadero Rey y Señor absoluto de nuestras almas, que las habéis creado y arrancado de la afrentosa esclavitud de Luzbel? *Venga a nosotros tu reino:* reinad, por tanto, y enseñoreaos para siempre de nuestros corazones, y de modo que seáis servido y obedecido. Que los demás ofrezcan sus servicios y homenajes a los reyes terrenos, con la esperanza de los bienes caducos de este mundo; más nosotros queremos servir solamente a Jesús, rey afligido y despreciado, con la sola recompensa de agradarle, sin esperar ningún aliciente mundano.

De aquí en adelante no estimaremos sino los dolores y los oprobios, porque vos, ¡oh Dios nuestro! habéis sufrido tantos por nuestro amor. Concedednos la gracia de seros fiel, y dadnos al mismo tiempo el preciosísimo don de vuestro amor. Amándoos amaremos los desprecios y las penas que vos, Redentor nuestro, tanto amasteis; y no os pediremos sino lo que os pedía vuestro fiel servidor y amante, san Juan de la Cruz: *¡Señor, padecer y ser menospreciado! ¡Señor, padecer y ser menospreciado!*

Virgen María y madre mía, interceded por mí. Amen.

CAPÍTULO XI

SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESUCRISTO Y CAMINO AL CALVARIO

Pilatos continuaba excusándose con los judíos, diciéndoles que no podía condenar a muerte a un inocente; pero aquella turba desalmada le asustó y lleno de temor al decirle: *Si a ese das libertad no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace rey es enemigo del César* (Jn 19, 12). Perturbado el juez con el temor de perder la gracia del César, infeliz e inconstante, después de haber declarado y proclamado la inocencia de Jesús, acabó condenándole a morir en el madero de la Cruz: *Entonces se lo entregó para que fuese crucificado* (Jn 19, 16).

¡Oh Redentor mío! —dice san Bernardo—, ¿qué crímenes son los vuestros por los cuales sea necesario que seáis ajusticiado en el patíbulo de la cruz? ¡Oh inocentísimo Salvador! ¿qué habéis hecho para ser así juzgado? ¿qué delito habéis cometido? ¡Ay!, ya lo sé —continúa este santo Doctor—, todo vuestro crimen es de amor para con los hombres: tu pecado es tu amor; éste, este es, y no la orden de Pilatos, el que os condena a morir. *Yo no veo, Jesús, otra causa de vuestra muerte* —dice el Doctor seráfico—, *que vuestro desmedido amor para con los hombres*. Sí, un amor tan excesivo —añade san Bernardo—, nos insta a que os consagremos, ¡oh amadísimo Jesús!, todos los afectos de nuestro corazón. ¡Oh mi amado Salvador! me basta saber que vos me amáis tan cordialmente para que no me ocupe sino en amaros y serviros. *Si el amor es fuerte como la muerte*, concededme, Señor mío, la gracia por vuestros méritos de obtener un amor tan grande por vos que aborrezca todas las afecciones terrestres, y comprenda que todo mi bien consiste en agradaros. Maldigo el tiempo que he consumido en no amaros; pero ahora, mi buen Jesús, digno de un amor sin fin, os amo con todas mis fuerzas, y más quisiera morir mil veces que cesar de amaros.

Leyeron a Jesús aquella injusta sentencia de muerte, que él escuchó y aceptó sin murmurar. No se quejó de la injusticia del Juez, ni tampoco apeló al César, como lo afirmó san Pablo; sino que resignándose enteramente y con mansedumbre se sometió a los decretos del Padre eterno, que lo había sujetado a la muerte por nuestros pecados: *se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz* (Filip 2. 8). Así, pues, sufrió esta muerte por amor de los hombres: *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros* (Ef 5).

Os doy las gracias, mi Salvador. Muy obligado debo estaros ya que vos aceptasteis la muerte con tanto amor por mí. ¿Y por qué no he de morir yo por vos? Ya que no puedo derramar mi sangre y morir como los mártires, acepto con resignación la muerte que me aguarda: yo la acepto del modo que vos me la enviareis. Desde hoy os la ofrezco en honor de vuestra majestad y en recompensa de mis faltas. ¡Oh quien muriese en vuestro amor y prevenido de vuestra gracia!, esto es lo que os pido, por los merecimientos de vuestra muerte.

Por fin, Pilatos abandona el inocente cordero a los lobos devoradores, que hambrientos de su vida le estaban aguardando: *Les entregó a Jesús para que hicieran con él lo que quisieran* (Lc 23 25). Los verdugos le agarran como tigres, le empujan y aprietan con furor, le arrancan el andrajo de purpura y le hacen tomar sus propios vestidos: *le quitaron la clámide o palio, y habiéndole puesto otra vez sus vestidos propios, le llevaron al lugar donde debía ser crucificado* (Mt 27, 31). Esto de quitarle aquel harapo de grana y mandarlo que otra vez se cubriese con sus vestidos fue, según observa san Ambrosio, *para que fuese conocido de todos en el camino que debía andar; porque estaba tan desfigurado con las heridas y la sangre que aun goteaba, que sin sus vestidos era imposible que nadie le conociese*. En seguida tomaron dos palos gruesos, y a toda prisa hicieron una cruz, que tendría quince pies de largo, como aseguran san Buenaventura y san Anselmo, y la cargaron sobre las espaldas de nuestro Redentor.

Mas dice santo Tomás de Villanueva, no esperó que los verdugos se la pusieran sobre sus hombros, sino que él mismo extendió los brazos y cogió la cruz con mucho anhelo para cargársela sobre sus espaldas ensangrentadas: ven, dijo entonces,

ven, cruz querida, treinta y tres años que por ti suspiro y te voy buscando; yo te abrazo y aprieto contra mi corazón; tú eres el altar en el que quiero sacrificar mi vida por amor de mis ovejas.

¡Ay Señor, cómo habéis podido hacer tanto bien por los que tanto mal os han hecho! ¡Oh Dios mío, al pensar que vos habéis querido morir en medio de tantos tormentos para que yo obtuviese vuestra divina amistad, y que después yo, ingrato, la he despreciado voluntariamente por mis culpas, quisiera, Señor, morir de vergüenza y de dolor! ¿Cuántas veces me habéis perdonado y yo he tornado a ofenderos? Y ¿cómo podría esperar el perdón, si no supiera que vos habéis muerto para perdonarme? Así, pues, espero que por vuestra muerte me perdonareis y me daréis el perseverar en vuestro amor. Me arrepiento, Redentor mío, de haberos ofendido, y prometo que no os ofenderé nunca jamás; porque estimo vuestra gracia mucho más que todos los bienes del mundo; no permitáis que yo torne a perderla otra vez. No, Jesús mío, no quiero perderos otra vez: caigan sobre mí todos los males y castigos, quitadme la vida mil veces antes que yo deje de amaros para siempre.

Sale la justicia con los reos y tras estos camina también a la muerte el rey del cielo, unigénito del Padre eterno, con la cruz de su suplicio auestas: *llevando auestas su cruz, salió caminando para el lugar que se llama Calvario* (Jn 49, 17). Descended del paraíso, serafines bienaventurados, acercaos a vuestro rey, ayudadle y acompañadle, que camina al Calvario donde ha de sufrir una muerte cruel y afrentosa entre dos ladrones, y en un infame patíbulo.

¡Oh espectáculo horrendo! ¡Un Dios ajusticiado! Mirad a este Mesías pocos días antes saludado del pueblo como el Salvador del mundo, con aplausos y bendiciones: *Salud y gloria al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor; Hosanna en lo más alto de los cielos* (Mt 21, 9). Vedle después caminar maniatado, escarnecido y maltratado de todos, con una cruz auestas para morir como rebelde y amotinador. ¡Oh abismo del amor divino! ¡Un Dios condenado a muerte por los hombres! ¿Habrá alguien que pueda dejar de amar a este Dios? ¡Oh mi amante eterno! tarde comencé a amaros; concededme la gracia de que recompense esta pérdida en el poco tiempo que me resta de vida. Sé muy bien que todo cuanto puedo hacer es poco en

comparación de lo mucho que vos me amáis; pero al menos quiero amaros con todo mi corazón; muy ingrato e injusto sería yo, si después de tantas delicadezas, partiendo mi corazón diese una porción a otro que no fueseis vos. Desde hoy en adelante os consagro mi vida toda entera, os entrego mi voluntad y mi libertad; disponed de mí como más bien os pareciere. Os suplico el paraíso, para amaros enteramente con toda mi voluntad en aquella mansión de amor. Socorredme, bien mío, con vuestra gracia, y os pido este favor y lo espero por vuestros mismos méritos.

Figúrate, alma mía, que te encuentras con Jesús, que camina por la calle que conduce al Calvario. Contémtale en este doloroso viaje como un manso cordero, que es llevado al matadero, o como dice Isaías, *como una tierna oveja que llevan a desollar* (53). Está tan desangrado y exhausto de fuerzas, con los tormentos, que apenas puede levantar los pies y tenerse en pie. Representátele hecho todo una herida de pies a cabeza; mira aquella corona de agudísimas espinas, que le atraviesan hasta el cerebro; aquel leño pesado que le hace encorvar el cuerpo; y como uno de los verdugos le tira de una cuerda; considera como camina, el cuerpo caído, las rodillas temblando, y la sangre que va corriendo por todos los miembros del cuerpo. Se diría que va a dar al último aliento a cada instante.

Pregúntale: ¡Oh cordero divino! ¿es qué todavía no estáis saciado de dolores? Si tan a vuestra costa pretendéis ganar mi amor, cesad, cesad de tanto padecer, pues, ya quiero amaros como vos deseáis. No, te responde, no estoy aun contento; solo lo estaré cuando estuviere muerto por tu amor. Pues, ahora ¿adónde os encamináis, amor mío? Voy, responde, a morir por ti; no me detengas; la única cosa que te pido y te recomiendo es el que, después de verme morir en el madero de la cruz por ti, no olvides el amor que te tengo: acuérdate y ámame.

¡Oh mi Señor, qué caro os cuesta hacerme comprender el amor inmenso con que me amáis! Pero ¿de qué precio podía seros mi amor, cuando vos para ganarle habéis gastado la sangre y la vida? ¿Como yo, después de obligado por tantas delicadezas de amor, he podido vivir tanto tiempo sin amaros, enteramente olvidado de este deber? Os doy gracias ya que ahora os dignáis abrirme los ojos y me dais a conocer lo mucho que vos me amáis. Os amo, bondad infinita, más que todos los bienes del mundo.

Quisiera poder dar mil vidas, sí las tuviese, porque vos con tanta generosidad disteis la vuestra por mí. Dadme, Padre mío, dadme los auxilios que necesito para poderos amar; encended en mi alma aquel fuego divino de amor que vinisteis expresamente a encender en el mundo, muriendo por nosotros; traedme a la memoria vuestra muerte y no me olvide jamás de amaros,

Se nos ha dado un hijo que lleva un principado sobre sus hombros (Is 9, 6). La cruz fue, según Tertuliano, el instrumento escogido y noble con el cual Jesucristo conquistó tantas almas; porque muriendo en ella pagó la pena de nuestros pecados, nos rescató del poder infernal y nos hizo suyos: *Quien sufrió la pena por nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero* (I Pedro 2, 24). Por lo tanto, Jesús mío, si Dios ha cargado sobre vuestras espaldas todos los pecados de los hombres: *El Señor cargó sobre sí la iniquidad de todos nosotros* (Is 53, 5), yo con mis propios pecados hice mucho más pesada la cruz que llevasteis al Calvario.

¡Oh dulcísimo Salvador mío, ya entonces veáis todas las injurias que algún día yo os haría, y sin embargo habéis continuado amándome y preparándome tantas gracias con que vos me habéis favorecido! Y si siendo yo un pecador vil e ingrato tanto me habéis estimado, menester es que todavía continuéis amándome; sí, vos que sois mi Dios, mi belleza y bondad infinita, amadme como lo habéis hecho hasta la hora presente. ¡Ah, quien jamás os hubiera disgustado! Ahora comprendo, Jesús mío, los agravios que os he hecho. ¡Oh pecados execrables, qué es lo que habéis ocasionado! Habéis llenado de amargura el corazón de mi enamorado Jesús, aquel corazón que tanto nos ha amado. Oh Jesús mío, perdonadme, ya me arrepiento por haberos despreciado; desde hoy en adelante, vos, Jesús mío, seréis la única cosa que yo amaré. Os amo, oh amor infinito, os amo con todo mi corazón y estoy resuelto no amar otra cosa sino a vos. Señor, dadme vuestro amor, dadme eso amor vuestro y ya no quiero otra cosa más. Dadme el amor con vuestra gracia, decía san Ignacio, y con esto tengo todas las riquezas del mundo,

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16, 24). Ya que siendo vos inocente, Redentor mío, vais adelante con vuestra cruz, y me convidáis a que os siga con la mía, caminad sin pararos, que no os dejaré; si en otros tiempos os dejaba, confieso que obraba mal: dadme la

cruz que más os guste, que yo la abrazaré sea como fuere, y con ella os seguiré hasta el último instante de mi vida: *Salgamos, pues, fuera del campamento, y carguemos también nosotros con su oprobio* (Hebr 13, 13). ¿Cómo podremos dejar de amar los dolores y oprobios, si vos los habéis amado por nuestro amor y por nuestra salud?

Vos nos convidáis a que os sigamos, pues, bien, os seguiremos hasta morir con vos; pero dadnos fuerza para poner en ejecución lo que hemos resuelto; y esta fortaleza esperamos que nos será concedida por los méritos de vuestra pasión: os amo, Jesús mío amabilísimo, os amo con toda mi alma y no quiero dejaros nunca jamás. Basta ya el tiempo en que viví alejado de vos y anduve extraviado del camino que me indicaba vuestro amor: atadme a vuestra cruz. Si he despreciado vuestro amor, lo siento vivamente desde lo más íntimo de mi corazón, y ahora estimo a vuestro amor más que todos los bienes.

¡Oh Jesús mío! ¿quién soy yo para que os siga y me mandáis que os ame, amenazándome de lo contrario con el infierno? ¿y qué necesidad tenéis de amenazarme con el infierno, os diré con san Agustín; por ventura puede imaginarse miseria mayor que la de no amaros, Dios amabilísimo, mi Criador, mi Redentor, mi gloria y todas mis cosas? Veo que por un castigo muy justo de mis pecados merecería ser condenado a no poderos amar jamás; pero vos, porque todavía me amáis, mandad que os ame siempre, y haced que resuenen eternamente dentro de mi alma estas palabras: *Amarás a Dios, tu Señor, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento*. Os doy gracias por este dulcísimo precepto; y para obedeceros, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todo mi entendimiento. Me arrepiento de no haberos amado en otro tiempo; ahora prefiero cualquier tormento mientras viva en vuestro amor y propongo buscar en todos los momentos cómo pueda amaros más. Ayudadme, Jesús mío, a hacer actos de amor verdadero, y que salga de esta vida impelido de un incendio amoroso por vos; concededme que saliendo de esta vida vaya a la gloria celestial, donde contemplándoos cara a cara, os ame eternamente sin ninguna mezcla de imperfección y sin interrupción alguna, ¡Oh María, madre de Dios, rogad por mí! Amen.



CAPÍTULO XII

CRISTO ES CRUCIFICADO

Por fin hemos llegado ya al lugar del Calvario donde Cristo es clavado en una cruz, y se lo da el último y más cruel tormento que acabó con él. Este lugar del Calvario se convierte en un teatro del amor divino, en el que todo un Dios exhala el último aliento, anegado en un mar inmenso de dolores: *Después de haber llegado al lugar que se llama Calvario, allí mismo te crucificaron* (Lc 23, 33). Tan pronto como Jesús llegó al Calvario, extenuado por las fatigas del camino, apenas pudo subir hasta el lugar señalado, porque la vida parecía se le iba acabando a cada momento. Entonces aquellos verdugos desalmados le arrancan por tercera vez los vestidos de su sagrado cuerpo, al que estaban pegados por la mucha sangre cuajada que había manado de todas sus llagas. Agarran su cuerpo despojado y en el que se renovaron todas las llagas, le tienden y revuelven sobre la cruz: Jesús presenta sus divinas manos, después de haberse acomodado como le fue posible en aquella cama de tormentos, y alarga los pies para ser clavado; luego levanta los ojos al cielo y ofrece a su Padre celestial el sacrificio de su vida por la salud de todo el mundo. Clavada ya una mano se le encogieron los nervios, por lo cual fue necesario que a fuerza de cuerdas, como así fue revelado a santa Brígida, tirasen de la otra mano y pie para llegar al lugar de los clavos; y con esto se extendieron tanto los miembros hasta llegar a romperse con gran violencia los nervios y las venas. Entonces el cuerpo de Jesús estaba tan destrozado y descoyuntado que se le podían contar todos los huesos, según lo había pronosticado David muchos años antes cuando dijo: *Taladraron mis manos y mis pies y cantaron todos mí huesos* (Salmo 21, 17-18).

¿Quién, mi buen Jesús, os ha clavado las manos y los pies en este leño sino el amor desmedido que tenéis a los hombres? Vos con los agudísimos dolores de vuestras manos agujereadas

habéis querido pagar por todos nuestros delitos que habíamos cometido con el tacto; y con los dolores de los pies habéis satisfecho por todos los pasos que habíamos dado para ofenderos. ¡Oh mi amor clavado en la cruz!, dadme vuestra bendición con estas manos traspasadas; clavad en vuestros divinos pies mi corazón rebelde e inquieto, y que jamás se aparte de vos; que mi voluntad tan inconstante quede clavada en vuestro santo amor, después que tantas veces se ha rebelado contra vos. Haced que ninguna otra cosa me mueva sino vuestro amor y un santo deseo de agradaros. Aunque os veo pendiente en este patíbulo de la cruz creo que sois el Señor de todo lo creado, el Hijo verdadero de Dios y el Salvador del hombre. Jesús mío, por vuestra piedad no me abandonéis en ningún instante de mi vida y en particular en el trance terrible de la muerte, en la última agonía o en aquel combate en el que todo el infierno se empeñará para perderme; asistidme y fortacedme para que muera en el ósculo de vuestro divino amor. Os amo, amor mío crucificado, os amo con todo el esfuerzo de mi corazón.

San Agustín dice que no hay ningún suplicio tan cruel y atroz como el de la cruz: *No ha habido muerte más cruel (Tract. 36 in Joan)*. Discurriendo el angélico doctor sobre este género de muerte (p. 3, ques. 46. a. 6) se explica así: Los que son crucificados están atravesados de manos y de pies; y como todas estas partes están entretejidas de nervios, de músculos y de venas, son muy sensibles a cualquier dolor. Además, el mismo peso del cuerpo, colgado de los clavos, que han taladrado las manos y los pies, acrecienta más y más los dolores, hasta morir. Pero los dolores de Jesucristo excedieron a todos los demás dolores, porque como observa este mismo doctor, siendo tan bien constituido y complexionado el cuerpo de Jesús cual ningún otro, era mucho más delicado y sensible al dolor: cuerpo que él mismo Espíritu divino había formado a propósito, para que sintiese más vivamente los padecimientos, como él mismo lo predijo, según nos asegura el Apóstol: *me has dado un cuerpo perfecto* (Hebr 10, 5). Además, continua santo Tomás, Jesucristo tuvo que sufrir dolores tan extraordinarios, a fin de que fuesen suficientes a satisfacer las penas de que eran merecedores todos nuestros pecados. Se lee en Tiepoli que cuando Jesús fue clavado en la

cruz, le dieron veintiocho martillazos en las manos, y treinta y seis en los pies.

Alma mía, mira a tu Señor, contempla al que es tu vida y está pendiente de aquel madero: *y estará tu vida como colgada delante de ti* (Deut 28, 66). Veo como está colgando de aquel patíbulo doloroso, suspendido con garfios crueles, sin poder encontrar descanso ni alivio alguno. Si quiere apoyarse en las manos o en los pies, en todas partes tiene que sufrir contracciones y convulsiones violentísimas. Vuelve su cabeza traspasada con las espinas, ya a una parte ya a otra, o la deja caer sobre su pecho, y entonces las manos con aquel peso quedan más lastimadas y estropeadas. Si la apoya sobre las espaldas las espinas de la corona la traspasan causando nuevos dolores: si prueba sostenerla sobre la cruz, las espinas penetran más en la cabeza. ¡Oh Jesús mío, qué muerte tan cruel!

Redentor mío crucificado, yo os adoro puesto sobre este trono de ignominia y de dolores. Leo en esta cruz *quo vos sois rey: Jesús Nazareno, rey de los judíos*. Pero, excepto este título de escarnio que vuestros verdugos pusieron para insultaros en medio de vuestras agonías, ¿cuantas señales veo de vuestra dignidad real? Sí, amor mío, estas manos clavadas, esta cabeza traspasada con espinas, estas carnes desgarradas y este trono de ignominia, todo esto me está diciendo que vos sois rey, pero rey de amor. Pues yo me acerco humillado y enternecido para besar vuestros pies sagrados, traspasados por mi amor; yo abrazo esta cruz preciosa en la que vos sois una víctima de amor, y por mi quisiste sacrificaros a la justicia divina: *se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz* (Filip 2, 28) ¡Oh feliz obediencia que con ella hemos conseguido el perdón de los pecados! ¿qué sería de mí si vos no hubieseis pagado por mí? Os doy gracias, amor mío; y por los méritos de esta sublime obediencia os suplico que me concedáis la gracia de obedecer a la voluntad divina en todas las cosas.

Contemplemos al gran rey del cielo, que pendiente en aquel infame patíbulo está próximo a morir. Preguntémosle, pues, con el profeta: *¿Qué llagas son estas en medio de tus manos?* (Zac 13, 6). Responde el abad Ruperto: *Son prendas de un amor grande*, son el precio de nuestro rescate. En realidad estas preciosas llagas son señales del amor sin límites que Jesús nos tiene, son el precio

infinito con el cual nos libró del enemigo y nos sacó del abismo infernal. Ama pues, alma fiel, ama a tu Dios, ya que él te ha amado tanto a ti; y si alguna vez dudas del amor de este Señor, dice santo Tomás de Villanueva, mira aquella cruz, aquellos acerbos dolores y aquella muerte afrentosa que él sufrió; todas estas demostraciones te darán bien a conocer cuán grande es el amor que te tiene. Y añade el padre san Bernardo: clama la cruz, claman las heridas quo Jesús nos ama con un sincero amor: *Clamat crux, clamat vulnus, quod ipse vere dilexit.*

¡Oh Jesús mío, qué triste y dolorido os veo! Demasiados motivos tenéis de tristeza. Vos morís convulso sobre un madero, para que después fuesen muy pocas las almas que os amasen. ¡Oh Dios mío, cuantos corazones hoy mismo, consagrados a vos, o no os aman, u os aman muy débilmente! Hermosa llama de amor, tú que consumaste la vida de un Dios en las aras de la cruz, consúmeme a mí, consume y aniquila todos los afectos desarreglados que viven en mi corazón, haz que yo viva ardiendo y suspirando por aquel que tanto me amó, pues quiso consumado de tormentos acabar la vida en un infame patíbulo por mi amor. Quiero amaros siempre, Jesús, a vos solo, mi amor, mi Dios y todas las cosas.

Y tus ojos estarán viendo a tu maestro (Is 30, 20). En este oráculo divino vemos ya la promesa que en otro tiempo hizo Dios. En efecto, toda la vida de Jesucristo es un continuo ejemplo o una lección no interrumpida de perfección, y la cruz en particular es la escuela en la que nos enseñó las virtudes más hermosas y sublimes de su vida divina. Desde la cruz, como en una cátedra de filosofía toda celestial, nos instruye en la paciencia, especialmente en tiempo de enfermedades, pues que en ella sufrió con una constancia nunca vista los dolores acerbísimos de su muerte. Desde aquel árbol sagrado nos inculca y predica con su ejemplo la obediencia a los preceptos divinos, y una resignación absoluta a la voluntad divina; y nos enseña sobre todo como se debe amar. El joven P. Pablo Señeri escribió a una penitente suya que al pie del Crucifijo que esta tenía escribiese estas palabras: *mira y ve como se ama.*

Mira pues como se ama, nos dice el mismo Redentor desde lo alto de este madero, mientras que nosotros, para no sufrir ninguna contrariedad o disgusto, o alguna pena muy ligera, nos apartamos del camino que él nos señala, abandonamos las obras

que son de su agrado; y tal vez llegamos al exceso de renunciar a sus gracias y a su amor. Él nos amó hasta la muerte y no descendió del árbol de la cruz hasta que dejó la vida. Ya que, Jesús, me habéis amado hasta la muerte, yo también quiero amaros hasta morir; en otro tiempo yo os ofendía y os era traidor; por tanto, Señor, tomad la venganza que mejor os plazca, pero vengaos como un amante o como un padre: dadme un dolor tan profundo de mis pecados que siempre viva adolorido y afligido de haberos ofendido. Declaro y prometo que primero sufriré cualquier mal antes que ofenderos. ¿Y qué mayor mal pudiera sobrevenirme que disgustaros a vos, Dios mío, Redentor mío, mi esperanza, mi única riqueza?

Y cuando yo sea alzado sobre la tierra todo lo atraeré hacia mí. Decía esto para indicar de qué muerte había de morir (Jn 12, 32). Aquí nos dice Jesús que cuando fuese alzado en lo alto de la cruz, entonces con sus méritos, con su ejemplo y con el prestigio de su amor se atraería los afectos de todas las almas justas. Con mucha razón dijo Cornelio á Lápide (*in Joan, loco. cit.*): *Que con el mérito de su sangre, con su ejemplo y con su amor atrajo a sí todas las naciones del mundo.* Ya san Pedro Damiano había dicho mucho antes: *El Señor, tras ser colgado de la cruz, se atrajo a sí a todos con el deseo del amor (De Inven. cruc.)* ¿Y quién no amará a Jesús, añade Cornelio ya citado, que murió por nuestro amor? Mirad, almas encendidas en amor y redimidas por Jesús (os exhorta la Iglesia), mirad a vuestro Redentor clavado en aquella cruz, donde toda su figura respira amor y os convida a amarle: allí le veréis con la cabeza inclinada para daros un beso de paz, las manos extendidas para daros un afectuoso abrazo, y el corazón abierto para amaros (*San Agustín, Resp. 1 Noct. off. Dol. 13. M*)

¿Cómo, Jesús, pudo mi alma seros tan estimable a vuestros ojos previendo ya vos las injurias que recibiríais de mí? Para cautivar todos mis afectos me dais la colosal demostración de morir por mí. Azotes, clavos, espinas, y t también, cruz, que atormentasteis el sagrado cuerpo de Cristo, venid a herir y atormentar mi corazón, ya que fuisteis verdugos tan desapiadados para mi amado Jesús: traed a mi memoria de continuo que todos los bienes recibidos y todos los que espero, todos me han venido por los méritos de su pasión. ¡Oh maestro divino de amor! Todos los demás maestros para enseñarme solo emplean la voz, más vos

acostado en un lecho de muerte me enseñáis padeciendo; los demás enseñan con la esperanza de recibir algún premio, más vos no exigís sino mi amor, no queréis otra gratificación que la felicidad eterna de mi alma. Salvadme, amor mío, y mi salvación sea la gracia de amaros y daros contento en todos los instantes de mi vida: el amaros, mi Jesús, es la salvación que apetezco.

Mientras que Jesús estaba en la agonía clavado en la cruz, los hombres no cesaban de insultarle y atormentarle con improperios y escarnios. Unos le decían: *A otros salvó y ahora a sí mismo no se puede salvar* (Mt 27, 42). Otros mofándose de su persona añadían: *Si es el rey de Israel desciende ahora de la cruz* (Mt 27,42). ¿Y qué hace Jesús mientras que los desalmados verdugos y espectadores le insultan? ¡Acaso ruega a su Padre que haga bajar fuego del cielo y abrase a sus insolentes enemigos! No, muy al contrario, ruega a su Padre para que les perdone: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Sí, dice Santo Tomás, para darnos una muestra de aquel inmenso amor que tenía a los hombres, el Redentor suplicó a su Padre que perdonase a los verdugos que le crucificaban (2. p. qu. 47 a. 4 ad. 1). Pidió Jesús este perdón y lo consiguió; porque luego que le vieron muerto se arrepintieron de su pecado: *Y toda la gente que había acudido al espectáculo, al ver lo sucedido, volvía golpeándose el pecho* (Lc 23, 48).

Yo he sido otro de aquellos ingratos verdugos, rogad también, Jesús mío, por mí a vuestro padre que me perdone. Los judíos y los verdugos no sabían verdaderamente lo que hacían cuando os crucificaban; pero yo pecando sabía que ofendía a un Dios que había muerto clavado en una cruz por mi amor; y también, siendo aún más culpable que ellos, vuestra sangre y vuestra muerte me han merecido la misericordia divina. Me es imposible, desconfiar del perdón de mis culpas viendo que vos moristeis para obtener mi perdón. Echad pues, sobre mí, Redentor mío, una mirada de benevolencia. Vos, que desde el árbol de la cruz mirabais todos los hombres, miradme y perdonadme la enorme ingratitud con la que he pagado vuestro amor. Me arrepiento de haberos despreciado, os amo con todo mi corazón; y movido con vuestro ejemplo de amor, amo también a todos los que me han ofendido, les deseo prosperidad, propongo servirles y

socorrerles en cuanto alcance, porque vos, amor mío, habéis querido morir por mí que tantas veces os había ultrajado.

Acuérdale de mí, os dijo, Jesús, el buen ladrón, y quedó lleno de consuelo al escuchar que vos le respondisteis: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 42-43). Pues acordaos de mí, os digo yo también, tened presente, Señor, que soy otra de aquellas ovejas, por las que vos sacrificasteis vuestra vida. Consoladme también, haciéndome sentir que me habéis perdonado, excitando dentro de mí un dolor intensísimo de mis pecados. ¡Oh sumo Sacerdote, que os inmoláis vos mismo por el amor que tenéis a vuestras criaturas, apiadaos de mí! De hoy en adelante os sacrifico mi voluntad, mis sentidos, todos mis gustos y todos mis deseos. Creo que vos, mi Dios, habéis muerto crucificado por mí; y os suplico que derraméis sobre mí esta sangre divina, que lave en mí la inmundicia de mis pecados. Ojalá que esta sangre que mana de vuestro costado, que es un volcán de amor, encienda y atice el fuego de un amor puro y casto y sea así todo vuestro. Os amo, Jesús mío, os amo y deseo morir crucificado por vos ya que vos habéis muerto crucificado por mí,

Padre eterno, ya veo que os he agraviado, pero mirad a vuestro Hijo, que pendiente de este leño satisface por mí. Yo os ofrezco sus méritos, que son todos míos, porque él me los ha condonado; y por amor de este vuestro Hijo tan amado, os suplico, Señor, tengáis piedad de mí. El mayor don que os pido es que me concedáis vuestra gracia, que tantas y tantas veces he deseado. Siento vivamente de haberos ultrajado, oh mi buen Jesús. Os amo, y para agradaros estoy pronto a sufrir todos los ultrajes, todas las penas, todas las miserias y la misma muerte.

CAPÍTULO XIII

LA ÚLTIMA PALABRA QUE CRISTO PROFIRIÓ EN LA CRUZ, Y SU MUERTE

Dice san Lorenzo Justiniano que la muerte de Jesucristo fue la más amarga, dolorosa y cruel de todas; porque murió pendiente y clavado sobre el madero de la cruz, sin ningún género de alivio ni consuelo. Generalmente las angustias de los que sufren algún castigo van acompañarlas de algún alivio que atenúa los dolores, o a lo menos siempre van mezcladas de algún consuelo; más los dolores y la tristeza de Jesús no tuvieron ni alivio ni consuelo, como escribe santo Tomás (3. p. q. 46 a. 6). La grandeza del dolor de Cristo debe considerarse en cuanto no intervino cosa alguna que pudiese atenuarle. De ahí es que contemplando el dulce san Bernardo a Jesús moribundo en la cruz se lamenta diciendo: mi adorado Jesús, cuando os veo en este madero y os miro desde las plantas de los pies hasta la cabeza, no encuentro en vos más que dolores y tristeza.

¡Oh mi dulce Redentor! ¿por qué quisisteis derramar toda vuestra sangre? ¿por qué sacrificasteis vuestra vida divina por un gusano como soy yo? ¡Oh Jesús mío! ¿cuándo tendré la dicha de unirme de tal modo con vos que ya no me sea posible separarme y olvidarme de vuestro amor? Mientras vivo en esta tierra, estoy en peligro de negaros mi amor, y de perder vuestra amistad, como lo hice en otro tiempo. Si mientras viviere he de experimentar tal desgracia os suplico, Jesús, por los méritos de vuestra pasión que muera ahora o cuando esté en vuestra gracia. Os amo y quiero amaros eternamente,

Ya se lamentaba en otro tiempo Jesús, por boca de un profeta, de que estando para morir en la cruz, iría buscando quien te consolase y que no le hallaría: *Esperé que alguno se compadeciese de mí y no le hallé, o quien me consolase y nadie lo hizo* (Salmo 68, 21). Los judíos y los soldados romanos quo le

veían expirar le maldecían y blasfemaban. Es verdad que María, su madre, estaba al pie de la cruz con el fin de darle algún alivio si hubiese sido posible; pero esta afligidísima Madre con los dolores que ella sentía por la pasión de su amado Hijo, le aguzaba más y más las penas; de tal modo que, como dice el melifluido Bernardo, las penas de María acrecentaban los tormentos del corazón de Jesús, que ya anegado en sus propios dolores no podía soportar otro mayor. Cuando el Redentor, continúa este santo, miraba a su madre, sentía un trastorno tan violento dentro de sí que parecía que se le arrancaba el alma. Cuando él me miraba, dijo en cierta ocasión María Santísima a santa Brígida, *era más vehemente el dolor que sentía por mí que por sí mismo*. Lo cual obligó a que san Bernardo se explicase así: *¡Oh buen Jesús! Vos padecéis dolores extraordinarios; pero sufrís más todavía en el corazón por la compasión de vuestra madre*.

¡Que de congojas no oprimirían a los tiernos y enamorados corazones de Jesús y de María, cuando se iba acercando el fúnebre instante en que el Hijo, antes de dar el último aliento, debía despedirse de su madre! Oigan las últimas palabras con las cuales Jesús se despidió en este mundo de su Madre: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (Juan 19, 26), señalando a Juan, para que ocupase su lugar de hijo.

Los recuerdos de un hijo amado y las últimas palabras que pronuncia al morir son llenas de ternura y jamás se borran de la memoria de una madre; acordaos, pues, madre, que vuestro Hijo que tanto os amaba, me ha dejado a mí también por hijo vuestro en la persona de san Juan. Por aquel amor que tenéis a vuestro Hijo, compadeceos de mí. No pido bienes terrenos: veo a vuestro hijo que muere con tantos tormentos por mí, veo también que vos sufrís tantos dolores, y veo que yo, desgraciado y digno del infierno por mis pecados, nada hasta ahora he padecido por vuestro amor; quiero, pues, padecer algo por vos antes que muera: esta gracia Señora, os pido, y digo con san Buenaventura: *Madre mía, si te he injuriado, es muy justo que padezca en castigo, y si te he servido justo es también que padezca en retribución*. Alcanzadme, María, el ser devoto fervoroso de la pasión de vuestro Hijo y que la memoria de los padecimientos de Jesús no se borre jamás de mi alma. Os suplico que me obtengáis de vuestro Hijo la muerte de los justos, por aquellas ansiedades que sufristeis al

verle exhalar el último aliento. ¡Oh reina mía!, asistidme en aquel trance tan terrible de la muerte; haced que muera pronunciando con santa ternura los nombres de Jesús y de María, hasta que mi alma salga del cuerpo

No hallando Jesús quien le consolase en este mundo, levantó los ojos y el corazón a su Padre celestial para pedirle algún alivio en medio de tantos tormentos y congojas. Viendo el Padre eterno a su Hijo en traje de pecador, le dijo: No, Hijo mío, no puedo darte ningún consuelo hasta que mi justicia quede satisfecha a causa de los pecados de los hombres; es necesario que sufras estas penas y que mueras sin consuelo alguno.

Jesús, en este conflicto, exclamó con aquellas palabras tan sentidas: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado!* (Mt 27, 46). Explicando estas palabras el venerable Dionisio Cartusiano, dice: que Jesús profirió estas palabras levantando la voz a fin de que todos oyesen y entendiesen el dolor y tristeza en que moría. Así, pues, quiso nuestro amado Redentor, añade san Cipriano, morir sin ningún género de consuelo para demostrarnos su amor infinito y granjearse nuestros afectos: *fue desamparado*, dice este mártir, *para patentizarnos su grande amor, y arrebatarnos nuestros afectos hacia él* (De Pass. Domin.).

Sin razón parece que os quejáis, mi dulce Jesús, cuando decís: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué, os diré yo, quisisteis cargaros con los pecados de todos los hombres? ¿ignorabais acaso que por estos mismos pecados merecíamos todos los hombres que Dios nos abandonase mil veces? He aquí la razón porque vuestro Padre os abandona y permite que os aniquiléis en un mar de penas y de amargura. Este desamparo de vuestro Padre y este abandono de los hombres me llena de aflicción y de consuelo; de aflicción, porque veo que se consume vuestra preciosa vida en medio de tantas penas; de consuelo, porque me dais ánimo para esperar que por los méritos de tantas penas, no quedaré desamparado de la misericordia divina; siendo así que merecía esto y mucho más, ya que os he abandonado tantas veces para seguir mis caprichos. ¡Oh Jesús mío! haced que yo comprenda que así como os fue tan penoso quedar privado de la presencia sensible de Dios por aquel breve tiempo, ¿cuál sería mi tormento y ansiedad si hubiese de quedar yo privado para siempre de mi Dios? Jesús, esposo de mi alma,

por la pena tan grande que sufriste en este desamparo, no me desamparéis vos en el lance tan peligroso de la muerte. Entonces y solo entonces me veré desamparado y abandonado de todos; y así, mi buen Jesús, único consuelo de mi alma, no me abandonéis. Sed mi amparo y consuelo en aquella tremenda desolación. Sé que si os amase sin consuelos vuestro corazón estaría más contento; pero vos, Señor, conocéis mi debilidad; dadme pues vuestra gracia, acompañada de una santa resignación y perseverancia final.

Cuando Jesús vio que su muerte estaba ya muy cerca, dijo: *Tengo sed: Sitio*. Señor, pregunta san León Ostiense, decidme ¿de qué estáis sediento? ¿Vos no os quejáis de los tormentos innumerables que toleráis en este madero de la cruz, y después solo os lamentáis de que estáis sediento? *¿Por qué, Señor, tenéis sed, nada nos decís de la cruz y solo estáis ansioso por beber?* — *Vuestra salvación* — dice san Agustín — es toda mi sed (*In Psalm. 33*). Alma rescatada con mi sangre — dice Jesús —, ésta sed mía no es otra sino el ardiente deseo que tengo de tu salvación. El mismo Redentor nuestro, con el ardor más vehemente anhela la salvación de nuestras almas, y este es el motivo porque ansiaba sacrificarse todo entero en su muerte. Esta fue aquella sed, escribió san Lorenzo Justiniano: *Estaba sediento de nosotros, y se nos quería entregar enteramente*. El padre san Basilio de Seleucia dice también que Jesucristo dijo tenía sed, para hacernos entender que por el amor grande que nos tenía, moría sedientísimo de padecer por nosotros mucho más de lo que hasta aquella hora había sufrido. ¡Oh deseo mayor que la misma pasión!

Dios amabilísimo, porque vos nos amáis, tenéis grande deseo de que nosotros os deseemos: *tenéis sed de que nosotros estemos sedientos de Dios*, nos dice san Gregorio. ¡Oh Dios, y Señor mío, vos estáis sediento de mí, que soy un vil gusano, y yo no ardo en sed de vos, Dios mío infinito! Pues por los méritos de esta sed que sufriste en la cruz, excitad en mí una sed ardorosa de amaros y de complaceros en todo. Vos habéis prometido que nos concederíais todo cuanto pidiésemos: *Pedid y recibiréis*; una sola gracia os pido, que es la gracia de amaros. Ciertamente indigno soy de un don tan elevado, pero esto ha de ser la gloria de vuestra sangre, que es transformar en un amante apasionado de vos el corazón que en otro tiempo os despreciaba; abrasar en fuego de

caridad divina al pecador lleno de fango y de pecados. Mucho más que todo esto hicisteis ya muriendo por mí. ¡Oh Señor bondadosísimo, quisiera amaros como os aman todos los espíritus celestiales y como vos merecéis ser amado! Me complazco en el amor que os tienen las almas enamoradas de vos, y uno mi amor con él que os tienen aquellas almas devotas. Os amo, Dios eterno, os amo, bien infinito. Haced que mi amor crezca en fervor y pureza; que repita sin cesar actos de amor, los cuales exciten mi tibieza; que no me ocupe más que en daros gusto, sin ningún intervalo; haced, Dios mío, que aunque tan pequeño y miserable, sea a lo menos todo vuestro.

Próximo Jesús a morir, con voz débil y moribunda dijo: *Todo está consumado*. Al pronunciar Jesús las últimas palabras de que todo ya se había cumplido, entonces se le representó vivamente toda su vida. Allí vio todas las fatigas que había tenido, la pobreza, los dolores, las ignominias que había tolerado; y de nuevo volvió a ofrecerlo todo a su Padre por la salud del hombre. Luego volviéndose a nosotros repitió: *todo está cumplido*; como si dijese: ¡oh hombres! atended, todo está consumado, todo se ha cumplido; vuestra redención está completada, la justicia divina queda satisfecha y abiertas están las puertas del paraíso. *He aquí tu tiempo, tiempo de amantes* (Ez 16, 8). Hora es ya de que volváis a amarme. Amadme, sí, amadme, pues nada más queda que hacer para que me améis. Ved cuanto he hecho para conquistar vuestro amor; por vosotros he tenido una vida tan llena de tribulaciones, antes de morir me he desangrado, he tolerado los mayores ultrajes, he sufrido los tormentos más atroces, se me ha escupido en la cara, me han desgarrado las carnes, puesto una corona de espinas y no he cesado de sufrir hasta dar el último suspiro en este leño de la cruz, como veis. ¿Qué resta pues? Resta que yo muera por vosotros. Pues bien, quiero morir; ven, muerte, ya tienes mi permiso; ven, quítame la vida por la salud de mis ovejas. Y vosotras, ovejitas mías, amadme, amadme, que no puedo ya hacer más para que vosotras me améis. *Cumplido está todo* —dice el venerable Taulero—, *lo que exigía la justicia, lo que la caridad suplicaba, y toda cuanto era menester para manifestarnos su amor*.

¡Oh mi buen Jesús, quién pudiera decir al morir: Señor, he cumplido en todo lo que vos me habíais mandado, he hecho

cuanto estaba de mi parte, he llevado con paciencia mi cruz, os he procurado agradar en cuanto me ha sido posible! ¡Ay Dios mío! Si tuviese yo que morir en este momento, moriría con el sentimiento de que nada he hecho de todo esto. ¿Pero siempre he de vivir ingrato e insensible a vuestro amor? Señor, concededme a lo menos la gracia de contentaros en los años de vida que me quedan; y que cuando venga la muerte pueda decir que en estos pocos años he cumplido con vuestra divina voluntad. Si en el tiempo pasado os he ofendido, vuestra muerte es mi esperanza: desde ahora en adelante no quiero haceros traición. Dadme, Jesús, el don de perseverancia: os pido esta gracia y confío obtenerla por los méritos de vuestra pasión.

Contempla a Jesús que está ya expirando: mírale como va a exhalar el último aliento; mira aquellos ojos moribundos, el rostro cubierto de una palidez mortal, el corazón que apenas palpita, el cuerpo enlutado con un color cadavérico que se abandona a la muerte, y aquella hermosísima alma, que está ya para separarse del cuerpo de Jesús, todo despedazado. El cielo se oscurece, la tierra tiembla, los sepulcros se abren. ¡Oh cielos, qué signos tan horribles son estos! El Hacedor del universo muere, toda la naturaleza da señales de dolor.

Después que nuestro Redentor hubo encomendado su alma santa al eterno Padre, dio un profundo suspiro arrancado de su afligidísimo corazón, e inclinando la cabeza en señal de obediencia y ofreciendo su muerte por la salud del hombre, espiró con la violencia de los dolores y entregó el espíritu a su Padre eterno: *Jesús dando una gran voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto espiró* (Lc 23, 46).

Acércate, oh alma mía, al pie de aquel altar sagrado, donde acaba de morir sacrificado el cordero de Dios para salvarte; acércate y piensa que él ha muerto por el amor que te tenía. Pídele lo que quieras, a tu Señor difunto, y espéralo todo de él. ¡Oh Salvador del mundo, oh Jesús mío, Mirad a qué estado os ha reducido el amor para con los hombres! Os doy gracias, porque vos, Dios nuestro, habéis querido perder la vida, con el fin de que no se perdiesen nuestras almas. Os doy gracias por todos, pero en particular por mí. ¿Y quién más que yo ha gozado del fruto de vuestra muerte? Por estos méritos, sin entender yo nada todavía, ya quedé hecho hijo de la Iglesia con el bautismo; por efecto de

vuestro amor me habéis perdonado muchísimas veces; y he recibido gracias muy especiales; así también tengo esperanza en vos de morirla muerte de los justos y llegar al paraíso, en donde os amaré sin tasa y sin medida.

Amado Redentor mío, ¡qué obligado os estoy! Pongo mi alma en vuestras manos, traspasadas con clavos, y haced que comprenda todo el amor de un Dios que ha muerto por mí. Yo también quisiera morir por vos; pero, ¿qué tiene de común la muerte de un vil esclavo con la de su Dios y Señor? Quisiera al menos amaros de la manera que puedo, pero sin vuestra gracia, Jesús, nada puedo hacer. Prestadme vuestro amparo, y por los méritos de vuestra muerte, haced que muera a todos los amores terrenos y no ame más que a vos, que sois el único digno de mi amor. Bondad infinita, os amo; os amo, bien mío soberano, y repito con san Francisco: *¡Ojalá muero yo de amor por vos, ya que vos habéis querido morir de amar por mí!* Que muera yo a todas las cosas mundanas en reconocimiento al amor que os condujo a la muerte. María, madre mía, interceded por mí.



CAPÍTULO XIV

DE LA ESPERANZA QUE TODOS TENEMOS EN LA MUERTE DE JESUCRISTO

Jesús es la única esperanza de nuestra salvación. Sin él *no hay que buscar la salvación en ningún otro* (Hechos 4, 12). Yo soy la única puerta, nos dice Jesucristo, y el que entrare por ella, encontrará la vida eterna: *en verdad, m verdad os digo: yo soy la puerta, el que entre por mí se salvará* (Jn 10, 9). ¿Qué pecador podría prometerse perdón, si Jesucristo no hubiese satisfecho la justicia divina con el precio infinito de su sangre y de su muerte? *Cargaré sobre sí los pecados de ellos* (Is 53, 11). Por esto nos anima el Apóstol diciendo: *Si la sangre de los machos cabríos y de los toros santifica para la purificación de la carne: ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual, a impulso del Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará nuestra conciencia de las obras de muerte para servir al Dios vivo?* (Hebr 9, 13-14). En efecto, si aquella sangre de machos cabríos y de toros que se ofrecía en los sacrificios podía lavar a los hebreos de las manchas exteriores del cuerpo, a fin de que pudiesen ser admitidos a las funciones de su ministerio; ¿con cuanta más razón la sangre de Jesús, quien por un efecto de su amor se ofreció a pagar por nosotros, tendrá poder para borrar y arrancar de nuestras almas los pecados que nos impedían servir a Dios?

Nuestro amoroso Redentor que vino al mundo sólo para salvar a los pecadores, viendo que ya estaba escrita contra nosotros la sentencia de muerte por motivo de nuestros pecados, ¿qué hizo? Pagar con su muerte la pena en que todos habíamos incurrido; cancelando con su propia sangre la condena, a fin de que la justicia divina no tuviera que pedirnos más la satisfacción debida y quedase fijada en la misma cruz en que murió; *cancelando* —dice el Apóstol (Colos 2, 13-14) — *la cédula del decreto que había contra nosotros, que nos era contrario: y la*

quitó de en medio clavándola en la cruz. Y en otra parte dice: Cristo no ofreció más que un sacrificio por el pecado (Hebr 10, 12), ofreciendo su propia sangre, entrando sólo una vez en el santuario, y de esta forma nos obtuvo la eterna redención.

Si vos, Jesús mío, no hubiereis obtenido el perdón de mis pecados, ¿quién fuera capaz de obtenerlo? Con mucha razón el profeta David convidaba a todo con estas palabras: *Anunciad entre las naciones sus resoluciones* (Salmo 9). Publicad, bienaventurados, las resoluciones amorosas de nuestro Dios y aquellas proezas con las cuales nos salvó. Ya que, tantas muestras de Amor por mi habéis dado, dulce Salvador mío, no ceséis de usar de piedad conmigo. Con vuestra muerte me arrancasteis de las manos de Lucifer; yo pongo pues mi alma en vuestras manos: *en tus manos encomiendo mí espíritu, porque vos, Señor y Dios de verdad, me habéis redimido.*

Hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, tenemos ante el Padre un abogado, Jesucristo, el Justo. Él ha muerto por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero (1 Jn 2, 1-2). Jesucristo no acabó con la muerte de interceder por nosotros con su Padre eterno; todavía continua siendo nuestro abogado, de tal suerte, que en el cielo parece no sabe ocuparse en otra cosa, como dice san Pablo, que inclinar a su Padre a que tenga misericordia de nosotros: *está siempre vivo para interceder por nosotros* (Hebr 7, 25). Y después añade, que este es el fin por el cual subió a los cielos: *entró en el cielo mismo, a fin de presentarse ahora ante Dios para interceder por nosotros* (Hebr 9, 24). Así como los reos son arrojados fuera de la presencia de los reyes, del mismo modo nosotros, siendo pecadores, no éramos dignos de que se nos admitiese a la presencia de Dios, aun para pedirle perdón. Pero Jesús, como redentor nuestro, él mismo se presentó por nosotros delante de Dios, y con sus méritos consiguió el perdón de nuestros pecados y la gracia que habíamos perdido: *Mas os habéis llegado al Jesús medianero y a la aspersión de la sangre que habla mejor que la de Abel* (Hebr 2, 24&). ¡Con cuánta más energía implora por nosotros la divina misericordia la sangre de nuestro Redentor, que no clamaba por el castigo de Caín la sangre de Abel!

Mi justicia —dijo Dios a santa María Magdalena de Pazzis — se ha cambiado en clemencia con la venganza que se ha tomado sobre la carne inocente de Jesucristo. La sangre de mi Hijo no clama por la venganza como la de Abel, sino por la misericordia y piedad; y mi justicia no puede dejar de estar aplacada oyendo esta voz. Esta sangre de tal modo le ata las manos que no puede moverse (si es permitida esta expresión) para tomar venganza como en otros tiempos

No olvides el beneficio que te hizo tu fiador (Eccles 29, 20). ¡Oh Jesús mío! yo era impotente con tantos pecados para satisfacer a la justicia divina, y vos con la muerte quisisteis satisfacer por mí. ¿Y qué ingratitud tan enorme fuera la mía, si me olvidase de tanta misericordia? No, Redentor mío, no quiero olvidarme jamás; quiero por el contrario, daros las gracias y ser agradecido con mi amor. Socorredme con las gracias que vos habéis merecido con tantos sufrimientos.

Ven, paloma mía, tú que habitas en las hendiduras de las piedras (Cant 2, 13-14) ¡Qué refugio tan seguro encontraremos siempre en los sagrados agujeros de la piedra, es decir en las llagas de Jesús! *Estas hendiduras de la piedra, dice san Pedro Damiano, son las llagas del Redentor; en ellas está toda nuestra esperanza* (Epist. 41). Con ellas se desvanece nuestra desconfianza ante la vista de los pecados que hemos cometido, en ellas encontraremos armas para defendernos cuando sobrevengan nuevas tentaciones que nos provoquen al pecado. *Tened confianza, yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33). Sí no tenéis bastante valor, nos dice el Redentor, para hacer frente a los ataques del mundo que intenta seduciros con los placeres, confiad en mí, porque yo he vencido y vosotros también venceréis. Rogad, dice él, para que el Padre eterno os fortalezca por mis méritos; yo os aseguro que todo cuanto pidieréis en mi nombre, se os concederá: *en verdad, en verdad os digo que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, se os concederá* (Jn 16, 23). Esta misma promesa tan consoladora nos la confirmó en otro lugar, diciendo: *Cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré; a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo* (Jn 14, 13).

Padre eterno, asegurado yo en los méritos y en las promesas de Jesucristo no os pido bienes terrenos, solo os suplico que me deis vuestra gracia. Ciertamente no era yo merecedor, por las

muchas injurias que os he hecho, ni de perdón ni de gracia alguna; mas si no soy merecedor de estos bienes, lo es vuestro amabilísimo Hijo, quien por mí ofreció su sangre y su vida.

Perdonadme, pues por el amor de este Hijo vuestro; dadme un dolor profundo de mis pecados y un amor santo para con vos: alumbrad mi entendimiento para que conozca cuán amable sois por vuestra bondad y cuán grande es el amor con el que ya me distinguisteis desde la eternidad. Hacedme comprender vuestra voluntad santísima, y dadme una gracia eficaz que haga conformar mi propia voluntad con la de Dios. Señor, os amo, y resuelvo hacer todo lo que vos queréis de mí.

¡Qué esperanzas tan consoladoras nos da la muerte de Jesucristo! *¿Quién será el que condene, si Cristo ha muerto, más aún, ha resucitado y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros?* (Rom. 8, 34). Como si dijera: ¿quién es aquel que les podrá condenar? ¿No es el mismo Redentor, quien para no condenarnos a nosotros a la muerte eterna, se condenó él mismo a morir; con una muerte tan violenta en el árbol de la cruz? Con estas verdades se anima santo Tomás de Villanueva y nos dice: ¿qué temor tienes, pecador, si quieres dejar de pecar? ¿Cómo es posible que te condene aquel Señor que muere por no condenarte? ¿Cómo te ha de arrojar de su presencia, si vuelves a sus pies, aquel que baja del seno del a gloria del Padre para buscarte, cuando tú andabas fugitivo y errante? Mayores motivos de confianza nos da todavía el Salvador cuando nos dice por boca de un profeta: *he aquí que te he grabado en mis manos, tus muros están siempre delante de mis ojos* (Is 49, 16). Ovejas mías, no desconfiéis ya, veo cuanto me costáis; os tengo todas estampadas en mis manos, en las llagas que he sufrido por vosotras: estas me avivan más y más los deseos de ayudaros y de defenderos de vuestros enemigos: amadme y confiad.

Sí, Jesús mío, os amo, y en vos confío. El haberme rescatado os ha costado muy caro, y el salvarme nada os costará. Vos queréis que todos sean salvos y que ninguno se pierda. Si mis pecados me acusan, también me alienta vuestra bondad, la cual más desea hacerme bien, que yo recibirlo. Os diré con el pacientísimo Job: *Aun cuando me quitéis la vida en vos esperaré... y seréis mi Salvador* (Job 13, 15-16) Aun cuando me echéis fuera de vos, aun cuando me arrojéis lejos de vuestra

presencia, no dejaré por esto de esperar en vos, ya que sois mi Salvador. Vuestras llagas y la sangre que mana de ellas me dan sobradísimos motivos de esperar de vos todos los bienes, porque sois misericordioso. Os amo y lo espero todo de vos.

Encontrándose enfermo en cierta ocasión el glorioso san Bernardo, se vio trasladado repentinamente delante del tribunal de Dios, donde el demonio le acusaba de sus pecados e reclamaba que no era digno del paraíso. El Santo respondió: es verdad que no soy merecedor del Paraíso; pero Jesucristo tiene doble derecho a este reino; primero porque es hijo natural de Dios; segundo porque lo ha conquistado con su propia muerte; él se contenta con el primer derecho, pero me cede el segundo; y por esta razón yo pido y espero el Paraíso. Otro tanto podemos decir casi todos nosotros habiendo escrito san Pablo, que Jesucristo murió consumido de dolores y penas para conseguir el Paraíso a todos los pecadores arrepentidos y resueltos a enmendarse: *y consumado, o sacrificado, en el árbol de la cruz, fue hecho causa de salvación eterna para todos los que le obedecen* (Hebr, 5, 9); y luego añade: *corríamos al combate que se no propone, poniendo los ojos en Jesús, el cual en vista del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia* (Hebr 12, 1). Emprendamos, pues, el combate con denuedo contra nuestros enemigos, con los ojos puestos en Jesucristo, el cual por los méritos de su pasión nos ofrece y asegura la corona y la gloria.

Él nos dijo que subió al cielo para prepararnos el lugar. *No se turbe vuestro corazón porque voy a prepararos un lugar* (Jn 14, 1-2). Él mismo dijo a su Padre, y todavía le dice, que habiéndonos rescatado quiere que nosotros estemos con él en la gloria Celestial. *Padre, deseo que aquellos que tú me diste estén conmigo en donde yo estoy* (Jn 17, 24). ¿Podíamos esperar, dice san Anselmo, un efecto tan extraordinario de la misericordia divina, y del que nosotros mismos somos testigos? Un pecador estaba condenado a sufrir las penas del infierno; el Padre eterno le dice: toma a mi Hijo y ofrécele a mí por ti. El Hijo por otra parte le dice: tómame y líbrate del infierno. *¿Qué cosa más tierna y compasiva puede concebirse, que el oír como el Padre eterno dice al pecador que no puede recatarse: toma a mi Hijo único y entrégalo por ti? Y también al Hijo mismo cuando dice; tómame y redímete.*

Os doy gracias, Padre amoroso, porque me habéis dado a Vuestro Hijo por Salvador mío; os ofrezco su muerte, y por los méritos de ella tened piedad de mí. Os doy también gracias, Redentor mío, porque habéis derramado vuestra preciosísima sangre y la vida para libertarme de mi perdición eterna. Socorred a vuestros siervos, los cuates habéis redimido con vuestra preciosa vida, rescatándolos con tantas penas y trabajos.

¡Oh Jesús, única esperanza mía, vos me amáis, y sois todo poderoso, hacedme santo! Ya que yo soy tan débil, hacedme participante de vuestra fortaleza; y ya que me encuentro tan enflaquecido con las culpas, aplica para mi alma una gota de vuestra sangre y quedare restablecido y sano. Dadme vuestro amor y la gracia de una perseverancia final, a fin de que muera en vuestra amistad. Dadme el Paraíso, el cual os pido y espero por vuestros méritos. Dios mío, os amo con todas las potencias de mi alma, y espero amaros eternamente. Amparad a un miserable pecador, que desea y quiere amaros.

Tenemos, pues, un gran sumo sacerdote que penetró los cielos: Jesús, el Hijo de Dios; mantengamos nuestra confesión de fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado (Hebr 4, 15). Como si dijera: ya que tenemos un Salvador que nos abrió las puertas del cielo, cerradas por el pecado, confiemos siempre en los méritos de este sumo sacerdote; porque habiendo querido por un efecto de su bondad sufrir nuestras miserias, ¿podrá dejar de compadecerse de nuestras debilidades? *Pues lleguemos confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y encontrar la ayuda en el tiempo oportuno* (Hebr 4, 16). Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de la misericordia divina, al que tenemos libre entrada por medio de los méritos de Jesús, y allí encontraremos todas las gracias y auxilios de que estamos muy necesitados. Esto es una verdad de la que no puede caber la menor duda. En efecto, ¿cómo podemos dudar —sigue san Pablo— de que Dios no nos dé todos los bienes, habiéndonos dado a su propio Hijo?

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿dejará de darnos con él todas las cosas? (Rom 8, 32). *¿Por ventura —dice Ugo cardenal— dará menos, es*

decir, la vida eterna, el que ha dado muchísimo más, es decir, su propio Hijo? Sí, este Padre celestial que por su esencia es bondad y misericordia, habiéndonos dado la prenda más estimada y querida, que era su propio Hijo, más fácilmente nos dará la gloria celestial, que es infinitamente menos.

Padre, ¿cómo corresponderé, miserable de mí, al don tan inapreciable y divino que me condonasteis de vuestro amado Hijo? No me queda otro recurso sino deciros con el profeta David: *El Señor saldrá por mi fiador; eterna es vuestra misericordia, Dios mío* (Salmo 137, 8). Señor, nada tengo para recompensaros, y solo vuestro mismo Hijo puede daros las debidas gracias; él os las da por mí.

El papa san León asegura, que Jesucristo nos ha traído más bienes con su muerte que males nos había acarreado el demonio con el pecado de Adán: *Con la gracia de Jesucristo hemos conseguido bienes mucho más considerables que los que habíamos perdido con los engaños del diablo* (Serm. 1 de Ascen.) Esto mismo ya nos lo había dicho mucho antes el Apóstol escribiendo a los Romanos: *Con el don no sucede como con el pecado; porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (Rom 5, 15.20). O como comenta Ugo cardenal: *La gracia de Jesucristo es de una eficacia más poderosa que el pecado*. Nada tiene que ver —dice el Apóstol— el pecado del primer hombre con el don preciosísimo que Dios nos hizo, dándonos a su hijo Jesús: el delito de Adán fue muy grande y extraordinario, pero ha sido mucho mayor y admirable la gracia que Cristo nos ha merecido en su pasión. *Yo vine* —dijo Cristo— *para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10, 10). Como si dijera: Yo vine al mundo a fin de que los hombres muertos por el pecado recuperen por mí no solamente la vida de la gracia, sino que también tengan una vida mucho más perfecta y abundante que la perdida por el pecado. Teniendo presente a Iglesia nuestra madre estas consideraciones, llamó culpa feliz la que fue causa de tener este Redentor: *¡Oh feliz culpa que nos mereció un Redentor un grande!*

He aquí que Dios es mi Salvador; estoy seguro y no temeré (Is 12, 2). Siendo vos, Jesús, mi Salvador, vos que sois Dios todopoderoso, ¿cómo temeré el ser condenado? Sí hasta el presente os he ofendido ya me arrepiento con todo mi corazón. De

aquí en adelante propongo y quiero serviros, obedecer vuestros santos mandatos y amaros; espero firmemente que vos, habiendo hecho y padecido tantas cosas por mí, no me negareis ninguna gracia de las que necesito para salvarme: obraré lleno de confianza y esperando constantemente que no se me negará ninguna cosa necesaria a mi salvación, por aquel que tanto hizo y sufrió por mí (San Bonav.).

Sacareis agua con gozo de las fuentes de la salvación; y diréis en aquel día: alabad al Señor, e invocad su nombre (Is 12, 3). Las llagas de Jesucristo son aquellos felicísimos manantiales, de donde nos vienen las saludables aguas de la gracia, si las reclamamos con una fe viva: *una fuente prodigiosa saldrá de la casa del Señor y regará el valle de las espinas* (Joel 3, 18). La muerte del Salvador es por cierto, dice Isaías, aquella fuente prometida que ha regado con aguas abundantes de vida a nuestras almas, y ha trocado las espinas de nuestros pecados en flores y en frutos de vida eterna. Nuestro Redentor se hizo pobre, dice san Pablo, a fin de que nosotros fuésemos ricos en este mundo por medio de su pobreza: *Bien sabéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro para enriqueceros con su pobreza* (2 Cor 8, 9). Por el pecado éramos ignorantes, injustos, inicuos, esclavos del infierno; pero Jesucristo dice el Aposto, con su muerte satisfizo por todos nosotros: *pues él ha sido puesto por Dios como el autor y dador de nuestra sabiduría, de nuestra santificación y redención* (1 Cor 1, 30).

Explicando el padre de la Iglesia san Bernardo este pasaje, dice así: *Que Jesucristo es el autor de la sabiduría en la predicación, de la justicia en la absolución, de la santificación en la conversación, y de la redención en la pasión* (Sermo. 22. in Cant) En verdad, Jesucristo es nuestra sabiduría, porque nos instruyó, es nuestra justicia porque nos perdonó, es nuestra santidad por los ejemplos que nos dio de su vida toda celestial, y es nuestra misma redención, porque con las penas y trabajos de su pasión nos arrancó del poder tiránico de Luzbel. En suma, san Pablo dice, que con los méritos de Jesús nos hemos enriquecido en todo género de bienes, que nada nos falta para recibir todas las gracias: *por medio de él habéis sido enriquecidos en todo, de manera no os falta ningún don divino* (1 Cor 1, 5.7).

¡Jesús mío, qué esperanza tan consoladora me da vuestra pasión! Inflamadme todo entero con el fuego de vuestro amor, y salvadme por toda la eternidad. ¿Y podré temer no recibir el perdón, la salvación y todas las gracias de un Dios todopoderoso, que dio por mí toda su sangre? Para que yo no me perdiese, vos habéis querido perder la vida y yo no quiero perderos jamás. Os amo y quiero amaros ahora y por siempre. María, vos que después de Jesús sois mi único amparo y mi más segura esperanza, decid a vuestro Hijo que vos sois mi protectora y seré salvo. Amen, así sea.

CAPITULO XV

DEL AMOR DEL PADRE ETERNO POR HABERNOS HADO A SU HIJO UNIGÉNITO.

De tal manera amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito (Jn 3, 16). Tres cosas hay que considerar en este don; quien es el que da, cual es la cosa dada y el amor con que se nos da. Es cosa sabida que cuanto más grande y noble es el dador, tanto más apreciable es el don. Si alguno recibe una pequeña flor de un monarca apreciará más este don que un tesoro. Pues, ¿de qué manera apreciaremos nosotros el don que nos viene de la mano de Dios? ¿Y qué es lo que nos ha dado? Su propio Hijo. No se contentó el amor inefable de nuestro Dios con habernos dado tantos bienes en esta tierra, sino cuando se nos entregó todo entero en la persona del Verbo hecho hombre. Nos dio, habla san Juan Crisóstomo, no a un esclavo, no a un ángel, sino a su propio Hijo. De ahí es que la Iglesia como extasiada exclama: ¡Oh estupenda dignación de vuestra piedad para con nosotros! ¡Oh amor inapreciable de caridad! Vos habéis entregado a vuestro propio Hijo para rescatar al infeliz esclavo (Exult. in Sabb. san.)

¡Oh Dios infinito! ¿cómo os dignasteis usar de una conmiseración tan sorprendente con nosotros? ¿quién es capaz de concebir un exceso tan extraordinario de condescendencia, que para redimir al desgraciado esclavo dieseis a vuestro Hijo único? ¡Ah mi benignísimo y generosísimo Señor!, ya que vos me habéis dado todo lo mejor que teníais, es razonable que yo os dé también todo cuanto depende de mí. Vos deseáis mi amor y yo de vos no deseo otra cosa que el amor vuestro. Mirad mi corazón, tomadle todo entero, que yo os lo consagro. Salid de mi corazón, vosotras todas las criaturas, ceded este lugar a mi Dios, que quiero poseerle todo entero; él solo lo merece y ha de estar en él sin compañero. Os amo, Dios amoroso de mi alma, os amo sobre todas las cosas

creadas; os amo sólo a vos, creador mío, mi verdadero tesoro y todas las cosas

Dios nos ha dado a su propio Hijo, ¿y por qué? Por efecto de su amor. Pilatos por miedo a los judíos les entregó a Jesús: *le entregó a su voluntad* (Lc 23). Pero el Padre eterno nos entregó su Hijo por el amor que nos tenía: *le entregó por todos nosotros* (Rom 4). Y Santo Tomás dice que *el amor es esencialmente el primer don* (3, p. q. 58, a. 2). En efecto, cuando se hace un don, lo primero que recibimos es el amor que el dador nos ofrece en la cosa dada; porque, como observa el angélico Doctor, la única causa de todo don gratuito es el amor; porque si alguno da algo que no sea impelido por el amor, ya no pertenece a la naturaleza de don verdadero. El don que el Padre eterno nos hizo de su Hijo, fue verdadero don; fue enteramente gratuito y sin ningún mérito nuestro. Esta es la razón porque decimos que la Encarnación del Verbo se hizo por obra del Espíritu Santo, porque fue obra del solo amor, como explica el mismo Santo doctor: *Fue efecto de amor inmenso de Dios el que el Hijo de Dios tomase carne humana* (3. p. q. 32 a. 1).

Aún más: no fue efecto solamente de puro amor el que Dios nos diese a su Hijo unigénito, fue también efecto de un amor inmenso. Esto es precisamente lo que quiso significar Jesucristo, cuando dijo: *de tal manera amó Dios al mundo*. La palabra *sic*, o de tal manera, según san Juan Crisóstomo, expresa la grandeza del amor con el cual Dios nos hizo este don inexplicable. La voz *sic* o de tal manera, declara la suma vehemencia del amor. ¿Qué mayores pruebas podía darnos Dios de un amor sin límites, que condenar a muerte su propio Hijo inocente, para salvarnos a nosotros miserables pecadores? *¿Quien ni a su propio Hijo perdonó sino que le entregó a la muerte por todos nosotros?* (Rom 8, 32). Si el Padre eterno hubiese sido capaz de pena, ¡cuán excesiva hubiera sido ésta al considerar que por razón de su justicia debía condenar a su propio Hijo unigénito, y a quien ama tanto como a sí mismo! Al representársele que su Hijo amado debía expirar en medio de los mayores insultos y torturas habría hecho los mayores sacrificios para que su Hijo no tuviera que beber aquel cáliz tan amargo. *Mas el Señor quiso quebrantarlo con trabajos* (Is 53. 10). Quiso que experimentase todo género de angustias y penas para que la divina justicia quedase satisfecha.

Contempla, alma cristiana, al eterno Padre con su propio Hijo en los brazos, dirigiendo las siguientes palabras a todos los hombres: considerad que éste que tengo en mis brazos es mi Hijo muy amado, en quien están cifradas todas mis delicias; mirad como he querido verle maltratado a causa de vuestras maldades; mirad por fin como ha sido condenado a morir en este patíbulo de la cruz, afligido, atormentado y desamparado de mí. Todo esto lo he hecho para que me améis.

¡Oh bondad infinita, oh misericordia incomprensible, oh amor prodigioso! ¡Oh Dios de mi alma! pues que quisisteis que muriese por mí la prenda más amada de vuestro corazón, os ofrezco el sacrificio grande que hizo de su vida vuestro mismo Hijo; y por sus méritos os ruego que me perdonéis mis pecados, que me comuniquéis vuestro amor y que me deis la gloria celestial. Son muy superiores estas gracias que os pido, pero mucho más grande y superior es la ofrenda que os presento. Padre mío, por el amor de Jesús perdonadme y dadme la gloria celestial. Sé que os he ofendido en el tiempo pasado, pero siento vivamente esta desgracia. Ahora, pues, os amo y os estimo más que todos los bienes del mundo

¿Quién sino el mismo Dios era capaz de amar a los hombres de un modo tan prodigioso y con pruebas tan sobrehumanas? Escribía san Pablo: *Pero Dios que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio la vida juntamente en Jesucristo, por cuya gracia sois salvos* (Ef 2, 4-5). El Apóstol llama *amor excesivo* el que nos mostró Dios, dando a los hombres por medio de la muerte de su Hijo la vida de la gracia, que ellos habían perdido por sus pecados. Pero este amor no fue excesivo o demasiado con respecto de Dios, porque él es el amor por esencia. *Dios —dice san Juan— es caridad* (1 Jn 4, 16). Este mismo Apóstol nos asegura que con esto quiso dar muestras y hacer ver hasta donde llegaba la grandeza del amor de un Dios hacia nosotros, enviándonos a su propio Hijo para que nos alcanzase con su muerte la remisión de los pecados y la vida eterna. *Con esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió a su Hijo único al mundo, para que tengamos vida eterna por medio de él* (1. Jn, 4. 9).

Nosotros por la culpa vivíamos muertos la vida de la gracia, y Jesucristo con su muerte nos volvió a aquella vida que habíamos perdido, muriendo por nosotros. Nosotros éramos miserables, feos y abominables; pero Dios por medio de su Hijo nos volvió felices, hermosos y agradables a sus ojos divinos. *Nos gratificó* —escribía el Apóstol— *en su querido Hijo*, es decir, nos hizo agradables, o graciosos como dice el texto griego. De ahí infiere el padre san Juan Crisóstomo, que si se hallase un pobre leproso, asqueroso y disforme, y alguno le curase y le restableciese en su primitiva hermosura, añadiéndole además grandes riquezas, ¿qué obligado no se consideraría el leproso a su bienhechor? Pues con mucha más razón estamos nosotros obligados a Dios, porque siendo nuestras almas feísimas y aborrecibles por los pecados cometidos, él por medio de Jesucristo no solamente nos ha libertado del pecado, sino que también ha hecho a nuestras almas hermosas y amables. *Nos ha colmado de todas las bendiciones espirituales en el cielo por medio de Jesucristo* (Ef 1, 3). Es decir, como comenta Cornelio á Lápide, nos enriqueció con todo género de dones espirituales. El bendecir de Dios es hacer bien, y cuando el Padre eterno nos dio a Jesús nos llenó de todos los dones, no de dones terrenos del cuerpo, sino de los que son espirituales, propios del alma; en el cielo, es decir, que con su Hijo nos dio una vida divina y celestial en este mundo y la gloria perfecta en el otro.

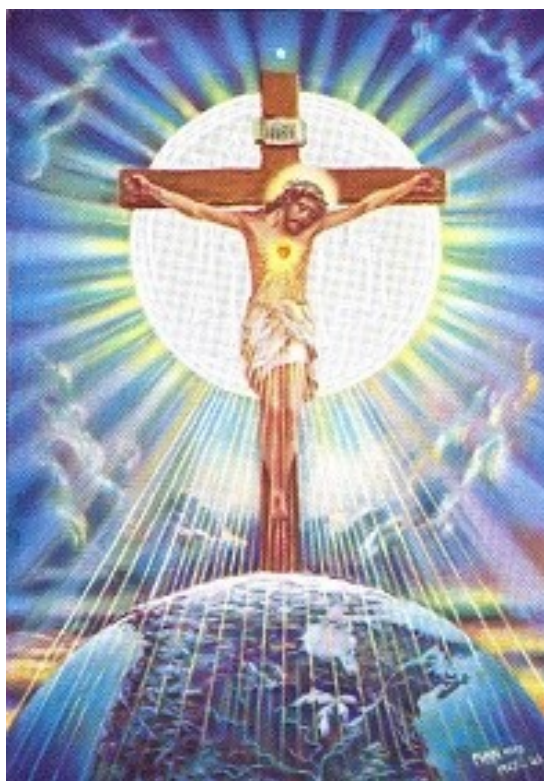
¡Oh Dios amabilísimo! bendecidme, pues, llenadme de beneficios, haciendo que os ame de veras y con todo mi corazón: *atraedme con los dulces lazos de vuestro amor*. Concededme que me enamore de vuestra bondad, considerando lo mucho que vos me amáis. Sois merecedor de un amor infinito, y yo os amo del mejor modo que puedo y más que a todas las cosas; os amo mucho más que a mí mismo. Os doy mi voluntad, sin reservarme nada de ella, y por todo eso no os pido sino la gracia de vivir y obrar de aquí en adelante, conforme a vuestra voluntad santísima, con la cual vos no queréis más que mi felicidad y salvación eterna.

Me introdujo en la bodega divina y ordenó en mí la caridad (Cant 2 4). Como si dijera: Mí dueño y amado me llevó de la mano hasta el lugar donde tiene custodiados los vinos más exquisitos, es decir, me ha puesto delante de mi vista todos los beneficios que me ha dispensado, a fin de que le amase: *ordenó*

en mí la caridad. Con mucha razón dice un autor, que Dios para conquistar nuestro amor ha formado, si es permitido hablar así, una grande expedición de gracias contra nosotros (*Gaspar Sánchez*). En efecto, la benéfica providencia de nuestro Dios nos ha trazado dentro de nuestros corazones una viva imagen de todas las gracias recibidas, que a manera de ejército concluyesen con nuestra tibieza e indiferencia. Con todo, la entrega que Dios nos hizo de su hijo Jesús, dice Ugo cardenal, fue como una saeta reservada, que pronosticó Isaías: *Se sirvió de mí como de una flecha escogida, que tenía reservada en su aljaba* (Is 49, 2). Así como el cazador, prosigue este cardenal, reserva la flecha mejor para dar el último golpe a la fiera que persigue, así también Dios entre todos los favores reservaba a Jesús hasta que vino el tiempo de la gracia, en el que mandó que se hiciese hombre, como para dar el golpe decisivo que debía herir al hombre y avivar el amor en su corazón. *La flecha más afilada fue reservada, así como Cristo lo fue en el seno del Padre hasta que vino la plenitud de los tiempos, y entonces fue enviado para herir el corazón de los hombres.* De esta divina flecha —nos dice san Juan Crisóstomo (*Hom. de Turt.*) — estaba herido san Pedro, cuando dijo a su Maestro: *Señor, vos sabéis que os amo* (Jn 21).

Me veo rodeado, Dios mío, por todas partes de las delicadezas de vuestro amor. ¿Quién será capaz de privarme de vuestro amor? Solo el pecado. Pero de este monstruo del infierno espero quedar libre con el amparo de vuestra gracia. Estoy dispuesto y contento de sufrir todos los males juntos, y aun la muerte más desastrosa antes que cometer un solo pecado mortal. Vos sabéis cuan frágil soy: ayudadme pues, Dios mío, por el amor de Jesús: *No desechéis la obra de vuestras mano.* Soy hechura vuestra, Dios mío, vos me habéis sacado de la nada, no me despreciáis. Si merezco ser abandonado por mis culpas, también merezco en nombre de Jesús, que dio la vida por mi salud, que tengáis misericordia de mí. Os ofrezco sus méritos que los cuento por míos, y por ellos os pido y espero de vos una santa perseverancia y una buena muerte; entretanto os suplico me deis la gracia de pasar una vida santa que sea a gloria vuestra. Demasiado os he ofendido, de lo cual me duelo de veras y quiero amaros del mejor modo que sepa. No quiero resistir más al atractivo santo de vuestro amor: me entrego todo a vos Dios mío,

os amo y pido siempre poderos amar. Oídmme favorablemente por los méritos de Jesús. Madre mía, María, rogad por mí a Dios: Amen. Así sea.



CAPÍTULO XVI

DEL AMOR DEL HIJO EN HABER QUERIDO MORIR POR NOSOTROS

*Era tu tiempo el tiempo de los amores... te hiciste cada día más hermosa y llegaste al esplendor de una reina (Ez 16, 8.13). ¡Cuánto debemos los cristianos a Dios, porque nos ha hecho venir al mundo después de la Encarnación de Jesucristo! Nuestro tiempo ya no es de temores, como lo fue el de los hebreos; muy al contrario, es tiempo de amor, después que hemos sido testigos de un Dios muerto por nuestra salvación y para que le amásemos. Es un dogma de nuestra religión que Cristo nos ama y que por amor nuestro se entregó a la muerte: *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros* (Ef 5, 2). ¿Y quién hubiera podido hacer morir a un Dios omnipotente, si él mismo no hubiese querido dar voluntariamente la vida por nosotros? *Yo doy mi vida. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente* (Jn 10, 17, 18). Por esto nota san Juan que Jesús, estando para morir nos dio la prueba más relevante que podía darnos de su amor: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al final nos amó hasta el extremo*. Un autor muy devoto dice que Jesús, próximo a morir, nos dio las pruebas más singulares de su amor y que nada le quedó para podernos demostrar cuanto nos amaba. *Nos manifestó en el árbol sagrado de la cruz, estando para morir, el testimonio más sorprendente de amor* (Conten. 10. 1. L. 10 D. 4).*

Vos, redentor mío, por amor os habéis entregado del todo a mí; yo también me entrego todo a vos; vos por mi salvación habéis dado vuestra vida; y yo por vuestra gloria quiero morir cuándo y cómo sea más conforme a vuestra voluntad; a vos nada os queda por hacer para ganar mi amor; pero yo ingrato os he abandonado por nada. Jesús mío, me arrepiento de esta mala correspondencia; perdonadme por vuestra santa Pasión, y en prueba de que me habéis perdonado ayudadme a amaros de veras.

Señor, conozco mi debilidad y las traiciones que os he hecho; solo vos podéis socorrerme, y hacer que os sea fiel. Ayudadme, pues, para que os ame, nada más os pido.

Dice el venerable Dionisio Cartusiano que se llamó exceso a la Pasión de Jesucristo: *Y hablaban de su partida, que había de cumplir en Jerusalén* (Luc 9, 31). Esta partida de que hablaban la llamaron exceso, porque fue un exceso de piedad y de amor. *De ahí que a la pasión de Cristo se llamó exceso, porque en ella se manifestó una sobreabundancia o exceso de amor y piedad.*

¡Oh Dios mío! ¿es posible que haya fieles que no amen a Jesús si meditan frecuentemente su pasión? Las llagas de Jesús, dice san Buenaventura, son llagas de amor, son dardos y llamas que atraviesan y encienden los corazones más endurecidos, y enardecen a las almas más heladas. *¡Oh llagas que ablandáis los corazones más empedernidos, e inflamáis a las almas más frías que el hielo!* En cierta ocasión el Beato Susone, para grabar más en su corazón el amor a Jesucristo, tomó un hierro cortante y con él escribió sobre su pecho el nombre de su muy amado Señor; y luego todo bañado en sangre fue a la iglesia, donde postrado delante de un Crucifijo, dijo: ¡oh Señor! amor único de mi alma, ya veis mis deseos, pues yo quisiera haber podido grabar dentro de mi corazón vuestro nombre; pero esto no me es posible. Vos que lo podéis todo, suplid lo que falta a mi debilidad, y grabad en lo más íntimo de mi corazón vuestro santo nombre adorable y esto de tal modo que ya no sea posible borrarse ni vuestro nombre ni vuestro amor.

Mi amado es blanco y colorado escogido entre diez mil (Cant 5, 10). Vos, Jesús mío, vos sois todo cándido por vuestra inocencia intacta, pero os veo en esa cruz todo colorado en sangre que fluye de esas llagas abiertas por mí: os elijo, pues, desde hoy por único esposo digno de mis amores. ¿Y a quien pudiera amar si no a vos? ¿qué otro objeto pudiera hallar tan amable como vos, Redentor mío, mi Dios? Haced que yo os ame con todas mis potencias y sin reserva alguna,

¡Oh si entendieses lo que es el misterio de la cruz!, dijo san Andrés al tirano: como si le dijera: si tú comprendieses el amor que le tiene Jesucristo, que quiso morir por ti sobre una cruz para salvarte, entonces abandonarías todos tus bienes y todas tus

esperanzas de la tierra, para entregarte todo entero al amor de tu Salvador. Lo mismo podría decirse a aquellos fieles, los cuales aunque creen en la pasión de Jesús, no obstante no se ocupan en meditarla. Si todos los hombres considerasen el amor que Jesús nos ha declarado con su muerte en la cruz, ¿quién dejaría de amarlo? Nuestro amado Redentor, dice el Apóstol, murió por nosotros a fin de que fuese el único dueño de nuestros corazones: *Por esto murió y resucitó el Señor, para ser Señor de vivos y muertos. Y ya vivamos, ya muramos, del Señor somos* (Rom 14, 8-9). Es decir, ya vivamos, ya muramos, muy justo y equitativo es que seamos todos de Jesús, a quien tanto costó nuestra salvación.

¡Quién pudiera decir como el enamorado san Ignacio mártir, que tuvo la dicha de morir por Jesús!: *Vengan sobre mí las llamas, la cruz, las fieras y todos los tormentos juntos, mientras sirvan para poder ir más pronto a gozar de Jesús.*

Vos, Salvador mío, quisisteis morir para poseer mi alma; pero yo, ¡cuántas veces os he perdido por nada! Infeliz y miserable de mí, ya sabía que con mis pecados os causaba un gran disgusto, y con todo tenía la osadía de hacerlo. Me consuela y anima no obstante el tener que tratar con un Dios de bondad infinita, que olvida las ofensas, luego que el pecador las detesta y vuelve a él. Perdonadme y enseñame de aquí en adelante de mi corazón rebelde, que os consagro y os entrego totalmente. Sí, quiero amaros y quiero daros gusto en todo; dadme vuestra gracia, con ella nada tendré por imposible.

Muriendo Jesús no cesó de amarnos, aun nos ama y se acerca a nosotros con el mismo amor con que vino del cielo para buscarnos y morir por nosotros. Es muy célebre la delicadeza de amor que Jesús hizo una vez a san Francisco Javier, estando embarcado; sobrevino una tempestad muy recia, y una oleada le arrebató de sus manos el Crucifijo que tenía en ellas. Al saltar en tierra, viéndose sin el Crucifijo; caminaba el Santo pensativo y afligido por no tener ninguna esperanza de recuperar la imagen de su amado Jesús, cuando he aquí que divisa a lo lejos un enorme cangrejo que llevaba entre sus brazuelos o tenazas el Crucifijo levantado. San Francisco Javier se acercó al animal y cogió el Crucifijo, que estrechó contra su pecho con lágrimas de ternura.

¡Con qué amor se acerca Jesús a las almas que le buscan de veras! *El Señor es bueno para los que esperan en él y para las almas que le buscan* (Lam 3, 25), es decir que le buscan con un amor sincero. Pero ¿pueden persuadirse tener esto amor verdadero aquellos que son invitados a llevar la cruz y huyen de ella? *Cristo no buscó su propia complacencia* (Rom 15, 3); o cómo explica Cornelio á Lapide: *Jesucristo no fue esclavo de su voluntad ni de las comodidades, sino que empleó todas estas cosas y también su propia vida por nuestra salvación*. Jesús no anduvo tras los placeres mundanos, sino que buscó las penas y la muerte siendo inocente; más nosotros ¿qué buscamos por amor de Jesús? Estando encarcelado san Pedro mártir se lamentaba cierto día de que le hubiesen acusado injustamente, diciendo delante de un Crucifijo: Señor, ¿qué he hecho yo para que así me persigan? Entonces el Crucifijo le respondió: y yo ¿qué mal hice para que me clavasen en esta cruz?

¿Qué mal habíais hecho?, preguntabas Jesús: Habernos amado demasiado, pues quisisteis sufrir tanto por nuestra salvación. Y nosotros que por nuestros pecados merecíamos el infierno, ¿rehusaremos sufrir las penas que nos envías para nuestro bien? Vos, Jesús mío, todo sois amor para los que os buscan; yo no os pido ni dulzura, ni consuelos, no quiero más que a vos y vuestra voluntad. Dadme vuestro amor, y después tratadme como mejor os plazca. Abrazo todas las cruces que tengáis a bien enviarme: la pobreza, las persecuciones, las enfermedades y los dolores. Libradme sólo de pecar. Todos los males serán muy poca cosa en comparación de los que vos habéis sufrido por mí.

El padre no perdonó a su propio Hijo, ni éste a sí mismo para rescatar al esclavo: dijo san Bernardo (*Serm. in Jer. 4 Hebr.*) Después de un amor tan señalado para con los hombres, ¿no amaremos a un Dios tan amante? Escribía el Apóstol que Jesús murió por todos nosotros a fin de que todos viviésemos en él y por él en su amor: *Por todos murió Cristo, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos* (2 Cor 5, 15). Pero, por desgracia, la mayor parte de los hombres, después que todo un Dios ha muerto por ellos, viven para el pecado, para el demonio, no para Jesucristo. El amor, decía Platón, es una piedra imán del amor: *amor es imán de amor*; a lo

que añade Séneca: *ama si quieres que te amen*. Y Jesús, que muriendo por los hombres parece como loco por nuestro amor: *pareció ser locura el que el autor de la vida muriese por todos*, como dice san Gregorio (*Homil. 6*). ¿Cómo después de tantas señales de amor no ha podido atraerse nuestros corazones? ¿cómo no ha conseguido que le amemos cómo es debido, habiéndonos dado muestras tan singulares de una predilección que asombra?

Vos sois, Dios mío, digno de un amor infinito. Pero a pesar de que sois tan amable, a pesar de todo cuanto habéis hecho y padecido por los hombres, pocos son los que os aman. Todos aman, unos a sus parientes, otros a los amigos, estos las riquezas y los honores, aquellos los placeres mundanos; no pocos aman y se entregan a las mujeres perdidas... pero ¿cuántos son los que os aman a vos? El número es muy pequeño, y precisamente en este pequeño número quiero ser contado yo, pecador infeliz, que en otro tiempo os ofendía alejándome de vos, para amar las cosas mundanas. Con todo, ahora os amo y estimo más que todos los bienes del mundo: solo quiero amaros a vos ahora y para siempre en la gloria celestial. Perdonadme, mi buen Jesús, socorredme en todos mis apuros y en particular en los que puedo olvidarme de amaros.

Cristiano —dice san Cipriano—, Dios se contenta contigo y no duda en morir para ganar tu amor, ¿y tú no estarás contento con solo Dios? ¿amarás otros objetos fuera de este Señor? (*Apud. Conten, 1 c.*). No, mi amado Jesús, no quiero otro amor dentro de mi alma que no sea para vos, contentísimo estoy con vos: olvido cualquier otro afecto, vuestro amor me basta para todo. Oigo que vos me decís: *Ponme como sello sobre tu corazón* (Cant 8). Sí, Jesús mío crucificado, os pongo como un sello sobre mi corazón, con la esperanza de que estará cerrado a todas las afecciones terreneas. En otro tiempo os causé muchos disgustos por mis amores mundanos, más ahora no tengo otros sentimientos sino los que me afligen de no haberos amado cómo debía. De aquí en adelante, ¿quién me separará del amor de Jesús? ¿quién podrá entrar dentro de mi corazón y participar de mi amor, sino sois vos, oh Dios mío?

Amabilísimo Señor, después que vos me habéis dado a conocer el indecible amor que me tenéis, no quiero pasar un solo instante sin amaros. Os ama con toda la efusión de mi débil

corazón; os quiero y estimo con todo el ardor de mi alma, de esta alma que tanto amáis y que habéis buscado tanto tiempo. Por los méritos de vuestra muerte, en la que el alma se apartó con tanta violencia de vuestro cuerpo desasíame de todos los amores que me impiden ser todo vuestro, y de amaros con todo mi corazón. María, mi esperanza, ayudadme a amar de veras a vuestro Hijo, y solo a vuestro Hijo, y que pueda decir con toda verdad durante mi vida: ¡MI AMOR HA SIDO CRUCIFICADO! ¡MI AMOR HA SIDO CRUCIFICADO! Amen.

ORACIÓN DE SAN BUENAVENTURA

¡Oh Jesús mío!, que por mi salvación ni a vos mismo os perdonasteis, grabad en mi alma vuestra Pasión, a fin de que a cualquier parte donde ponga los ojos vea siempre vuestras llagas, y no halle otro descanso que en vos y en la meditación de vuestras penas. Amen.



SEGUNDA PARTE

LA PASIÓN MEDITADA CON LA SENCILLEZ CON QUE LA REFIEREN LOS SANTOS EVANGELISTAS

ADVERTENCIA DE SAN ALFONSO LIGORIO

AL LECTOR

Querido lector, en el libro que escribí de *las Glorias de María* te prometí otro libro del *Amor a Jesucristo*; pero mi director no me ha permitido verificarlo a causa de mis enfermedades corporales, y solo me ha concedido, después de muchos ruegos, dar a luz a estas consideraciones sucintas sobre la Pasión, en las que he procurado incluir lo más escogido y selecto que tenía reunido sobre la materia, a excepción de algunas cosas que pertenecían a la *Encarnación y nacimiento del Señor*, las cuales pienso publicar, si se me da permiso, en un librito de la Novena de la Natividad de Jesús. Por lo que confío que esta obrita mía no te desagradará, porque con ella tendrás delante de tus ojos, recogido, con orden, los textos de la sagrada Escritura sobre el amor que Jesús nos ha manifestado con su muerte; pues no hay cosa alguna tan capaz de mover a un cristiano al amor de Dios como las mismas palabras del mismo Dios que tenemos en los libros santos.

Amemos mucho a Jesucristo, en quien encontramos a nuestro Salvador, a nuestro Dios y todos nuestros bienes. Por cuyo motivo te encargo que cada día una ojeada sobre su pasión; porque en estas consideraciones hallaremos motivos poderosísimos de esperar la vida eterna, y de amar a Dios, en lo cual consiste nuestra salvación. Todos los santos vivieron enamorados de Jesucristo y de su pasión, por cuyo medio se hicieron santos. El venerable Baltasar Álvarez decía, según se escribe en su vida, que nadie presumiese haber hecho algo si primero no tenía estampada en su corazón la imagen de Jesús crucificado; así que su oración consistía en ponerse a los pies de un Crucifijo y meditar en él tres cosas: pobreza, desprecio y dolor. De este modo Jesucristo le hacía percibir las lecciones desde lo alto de la cruz. Tú puedes estar confiado de poder ser un santo como los demás si

te paras a considerar como ellos cuanto ha hecho y padecido nuestro Redentor por ti. Suplícale siempre que encienda en ti su divino amor; y también no ceses de pedir este mismo amor a María, señora tuya, la que se llama madre del amor hermoso. Cuando le pidieres este gran don, yo he suplico que también le pidas por mí, que he deseado verte santo con este pequeño trabajo. Yo te prometo hacer otro tanto por ti, con la esperanza de podernos abrazar algún día con el amor de caridad en el paraíso, y reconocernos por servidores fervorosos de nuestro amabilísimo Señor, del cual nosotros seremos compañeros eternos y escogidos para amar por siempre cara a cara a nuestro Salvador, que es nuestro amor y nuestro buen Jesús. Amen.

INTRODUCCION.

No hay cosa tan útil, dice san Agustín, para los que quieren alcanzar la salud eterna, como meditar todos los días en las penas que Jesucristo sufrió por nuestro amor: *Nada hay tan saludable —dice este gran doctor— como el pensar cada día cuánto sufrió por nosotros el hombre Dios.* Orígenes había ya dicho antes que el pecado no puede reinar en las almas que contemplan continuamente la muerte de su Salvador: *Es cosa bien probada que el pecado no puede enseñorearse en donde el ánimo se deja llevar de la consideración de la muerte de Cristo.* El Señor manifestó a un santo solitario que no podía hallarse ejercicio más propio para encender el fuego del amor divino en los corazones que la meditación sobre la Pasión de nuestro Redentor. También el P. Baltasar Álvarez decía que la ignorancia de los tesoros que están como encerrados en la Pasión de Jesús era la causa de la ruina de muchísimos cristianos. Él aconsejaba a sus penitentes que tuviesen siempre fija en su alma la imagen de Jesucristo crucificado. Las llagas de nuestro Redentor, decía san Bernardo, bastan para conmover los corazones más endurecidos, e inflamar las almas más heladas. *¡Oh llagas que herís a los corazones de piedra, y encendéis a las almas congeladas!*

Sentada esta doctrina, un célebre autor, el P. Croiset, dice que nada nos descubre más claramente los tesoros escondidos en la pasión de Cristo como la relación sencilla de la misma pasión. Para inflamarse el alma fiel en el fuego del amor divino, no se necesita más que la simple exposición de los santos evangelistas, y algunas reflexiones cristianas sobre lo que Jesucristo sufrió en los tres puntos principales que fueron teatro de su Pasión, es a saber: en el huerto de Getsemaní, en Jerusalén y en el monte Calvario. Verdad es que muchos autores piadosos se esmeraron en escribir con estilo elegante reflexiones muy buenas y hermosas sobre la Pasión; sin embargo, para un cristiano me parece preferible una sola palabra o frase de la sagrada escritura que mil páginas de reflexiones, de consideraciones y de revelaciones que

tuvieron algunas personas devotas; porque todo cuanto nos atestigua la sagrada Escritura es cierto con aquella certeza que nos da la fe. Por cuyo motivo he querido que este pequeño escrito, para interesar y consolar a las almas prendadas de Jesucristo, fuese una sencillísima pero fiel relación de todo lo que se lee en los santos evangelios. Como me limito a cortas reflexiones, estas no perjudicarán el defecto de las palabras mismas de la sagrada Escritura, las cuales prestan materia abundantísima para los meditaciones de toda la vida, y creo son las más capaces de encender el fuego de la caridad en todos los corazones. ¡Cómo es posible, Dios mío, que una alma que cree, permanezca fría o indiferente a la vista de los dolores de todo género y de los ultrajes que sufrió Jesucristo, y no sienta en sí misma abrasarse en el fuego del amor divino, y no tome una resolución firme de santificarse para no mostrarse ingrata con un Dios tan amable y bondadoso! La fe es absolutamente necesaria en esta ocasión, porque ¿quién pudiera sin ella creer todo lo que Dios hizo realmente por nuestro amor? *Se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo* (Filip 2, 7). ¿Quien, al ver que Jesucristo nació en un establo, pudiera persuadirse sin una revelación divina, que es el mismo a quien los ángeles adoran en el cielo? ¿Quién creyera que es omnipotente al verle que huye a Egipto, para sustraerse de las manos de los satélites de Herodes? ¿Quién pensara que es felicísimo al verle oprimido de agonías mortales y de tristeza en el huerto de Getsemaní? Por último, ¿quién sin una fe firme e inalterable reconociera en un hombre clavado en un patíbulo infame, o suspendido en una cruz ignominiosa, el rey y dueño absoluto del universo?

Si se viera a un gran rey transformarse en gusano de la tierra, arrastrar por el suelo y revolcarse por el fango, y después crear ministros, gobernar su reino y dictar leyes, ¡quien no se llenara de asombro! ¡Oh fe santa, explícanos quien es este hombre que nos parece semejante a los demás hombres! Es el Verbo eterno, nos dice la fe; es el Hijo único del eterno Padre, nos dice san Juan: *El Verbo se hizo carne* (Jn 1, 14). Y ¿cómo vivió en la tierra este hombre Dios? Escuchemos al profeta Isaías, quien ya nos lo había anunciado muchos años antes: *Le vimos despreciado, como si fuese el desecho de los hombres y el varón de dolores* (Is 53, 5) Esta nombre, *varón de dolores*, nos manifiesta que

Jesucristo quiso ser afligido de tal manera con todo género de dolores, que ni un solo instante de su vida quedó libre de padecimientos. Pero Jesucristo no solamente fue hombre de dolores, sino que también fue mirado como hombre de desprecios y de sangrientos ultrajes: despreciado y el escarnio de los hombres. Así que se vio envilecido y maltratado como si hubiese sido el desecho de la humanidad; cargado de cadenas como si fuera un facineroso; azotado como un esclavo; tratado como un rey de farsa o de irrisión; y por fin, clavado en una cruz ignominiosa. ¡Qué impresión deberían hacer todos estos hechos en el ánimo de los que tienen fe! ¡Qué deseo de sufrir debiera excitar en los que creen! *Todas las llagas de Jesús* —dice san Francisco de Sales— *son otras tantas bocas que nos predicán de qué modo debemos sufrir por él*. Esta fue la ciencia de los santos: suframos constantemente por Jesús, y luego nosotros seremos santos también.

Al considerar las llamas de amor que exhala el corazón de Cristo, ¿no sentiremos nosotros también inflamarnos en vivísimos deseos de amor? ¡Qué mayor dicha puede haber a una alma justa que arder en el mismo fuego de amor en que ardía nuestro mismo Dios! ¡Y qué alegría más grande que verse unido a Dios con los lazos del amor! Mas ¿cómo los cristianos contemplan con tanta indiferencia y tibieza a Jesús clavado en el madero de la cruz? Vemos que durante la Semana Santa asisten a las ceremonias y solemnidades con que la Iglesia nos recuerda la pasión y muerte de Jesús, y no advertimos en ellos ni ternura ni reconocimiento, como si se representasen cosas fabulosas o hechos que nada tienen que ver con nosotros. ¿Tal vez ignoran lo que nos dicen los evangelistas, o tienen la desgracia de no creerlo? Ellos no ignoran y creen, y no obstante, cosa singular, apenas se ocupan en el objeto de su creencia. El que cree y medita en las cosas de Dios no puede dejar de amar a un Dios que sufrió tanto y murió en una cruz por él. *El ejemplo del grande amor que Cristo nos tuvo nos apremia* (2 Cor 5, 14). En la pasión de Jesucristo no tanto hemos de meditar en los ultrajes y dolores que sufrió como en el amor que se los hizo sufrir. En efecto, si Jesucristo quiso sufrir tanto no fue para salvarnos solamente, para esto bastaba una sencilla súplica; sino con el fin de que comprendiésemos el amor inefable que nos tenía y para ganarse nuestros afectos y corazones. Un

alma, repito, que contempla el amor de Jesús para con nosotros no puede dejar de amarle: *La caridad o el amor de Jesucristo nos apremia*; esta alma se sentirá como estrechada por un secreto impulso a consagrarle todo su afecto. En resumen, si nuestro divino Salvador murió por nosotros, quiso obligarnos por esta extraordinaria muestra prueba de amor a que no vivamos sino por él. ¿Y no se lo debemos todo al que sacrificó por nuestro amor su vida divina?

Felices aquellas almas amorosas, dice Isaías, que meditan muchas veces la pasión de Jesús: *Sacareis aguas con gozo de las fuentes de la salvación* (Is 12, 3). Como si dijera: almas piadosas, vosotras beberéis abundantísimas aguas de amor y de confianza en los manantiales puros y celestes que son las llagas de vuestro Salvador. ¡Qué pecador, por enormes que sean sus pecados, si se arrepiente de veras, podrá dudar de la misericordia divina al contemplar a Jesús crucificado! ¿No sabe que el Padre eterno cargó todos nuestros pecados sobre su amado Hijo, a fin de que pagando éste toda nuestra deuda desarmase su justicia divina? *Cargó el Señor sobre sí la iniquidad de todos nosotros* (Is 53, 6). ¿Cómo temeremos, dice san Pablo, que Dios nos niegue su gracia después de habernos dado su propio Hijo? *El que aun a su propio Hijo no perdonó sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo dejará de darnos con él todas las cosas?* (Rm 8, 32).

CAPÍTULO I

JESÚS ENTRA EN JERUSALÉN

He aquí que tu rey viene a ti, manso y montado en un asna, y un pollino hijo de la que está bajo de yugo (Mt 21, 5). Cuando nuestro divino Redentor vio que se acercaba el tiempo de su pasión partió de Betania para Jerusalén. Contemplemos aquí la humildad de Jesucristo, de este rey del cielo, que quiso hacer su entrada en Jerusalén montado en una asna. ¡Oh Jerusalén!, ya ves a tu rey que se va acercando pacífico y afable; no temas, no, que venga a reinar en ti y a apoderarse de tus riquezas; viene, sí, lleno de amor y de compasión para rescatarte y salvarte a costa de su propia vida. Entre tanto el pueblo que le veneraba ya desde algún tiempo con motivo de sus milagros, y en particular por el último, que fue la resurrección de Lázaro, sale y corre de todas partes al encuentro del Salvador. Unos tienden sus vestidos sobre el camino por donde debía pasar; otros cubren con ramos de árboles las calles por donde le veían venir. ¡Quién había de pronosticar que dentro de pocos días este mismo Salvador, que con tanto regocijo y honor recibían, sería condenado por este mismo pueblo a morir en una cruz!

¡Oh amabilísimo Jesús, vos quisisteis hacer esta entrada gloriosa a fin de que vuestra pasión y vuestra muerte pareciesen más ignominiosas en proporción del honor con que se os había acogido! Pronto se trocarán en maldiciones e injurias las alabanzas y honores que ahora os hace esta ciudad ingrata. Ahora dicen: *Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor* (Mt 21, 9); porque vos venís en nombre del Señor, que es nuestro protector y nuestro padre. No pasarán quizá muchas horas sin que estos mismos griten: *Quítale, crucifícale; apresúrate, Pilatos, quítanos de nuestra vista a este malhechor, manda que inmediatamente sea clavado en cruz*. Ahora se quitan los vestidos y dentro de tres días os arrancarán, mi buen Jesús, los

vuestros para daros más tormentos y crucificaros. Ahora ponen a vuestros pies ramos de árboles y palmas, colmándoos de bendiciones; pero en breve os veréis por estos mismos coronada de espinas vuestra sagrada cabeza, y que os llenarán de ultrajes y blasfemias. ¡Oh alma mía!, ven a tu Dios y dile con reconocimiento y amor: *bendito el que viene en nombre del Señor*. Sí, mi amado Redentor, seáis bendito para siempre, porque vos habéis venido a salvarme; si no hubieseis venido no habría remedio para nosotros.

Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella (Lc 19, 41). Cuando estuvo cerca de la desdichada Jerusalén, Jesús la miró y lloró: ya considerare su ingratitud, ya previese su próxima destrucción. También sobre mí llorabais, Señor, sobre mi ingratitud y la perdición de mi alma. Sí, vos llorabais los males que acabo de acarrearle sobre mí mismo, arrojándoos de mi pobre alma, forzándoos a condenarme a las llamas del infierno, de donde vos queríais librarme con el precio de vuestra sangre. ¡Yo, solo yo, debiera llorar porque os he ofendido, y estas ofensas me han separado de vos, que tanto me habéis amado! ¡Oh Padre mío, por estas lágrimas que vuestro unigénito Hijo derramó entonces sobre mí, avivad en mi alma un vivísimo dolor de mis pecados! Y vos, Jesús, ya que vuestro corazón es tan tierno y amante, tened compasión de mí, pues me arrepiento vivamente porque os he dado tantos motivos de penas, y resuelvo con la mayor sinceridad no amar más que a vos.

Cuando Jesús hubo entrado en Jerusalén, se ocupó todo el día en predicar y curar a los enfermos; pero llegada la noche tuvo que volverse a Betania, porque nadie le ofreció hospedaje para pernoctar allí. Mi amable y benigno Jesús, si los demás hombres os desechan, yo jamás os rechazaré de mí: verdad es que algún tiempo, ciego de mí, os cerraba las puertas de mi corazón; mas hoy día la dicha que tengo de unirme con vos, la aprecio y estimo más que poseer todos los reinos del mundo. ¡Oh qué dicha fuera la mía si nada de este mundo me separase jamás de vuestro amor!

CAPÍTULO II

CONCILIÁBULO DE LOS JUDÍOS Y TRAICIÓN DE JUDAS

Entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros (Jn 11, 47). Mientras que Jesús hacía milagros y derramaba gracias para el bien de todos, los principales de la ciudad se reunían para urdirle la muerte al autor de la vida. Caifás, sumo sacerdote en aquella ocasión, les dijo: Os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca (Jn 11, 50). Desde aquel momento, dice el evangelista san Juan, estos hombres inicuos y rabiosos no pensaron ni discurrieron sino en hallar medios como matar a Jesús. ¡Oh judíos! ¿para qué tantas precauciones? El Redentor no huirá; él no vino al mundo sino para morir y libertar con su muerte a vosotros mismos y a todo el género humano de la perdición eterna

Pero mientras estaban deliberando los sacerdotes sobre la pasión de Jesús, he aquí que se les presenta Judas y les dice: *¿Qué me daréis si os lo entrego? (Mt 26, 15). ¡Qué alegría se llevarían entonces los judíos, pues aborrecían mortalmente a Jesús, y el traidor que prometía entregárselo a sus manos era uno de sus propios discípulos! Así se alegra el infierno cuando un alma desdichada que sirvió a Jesucristo por mucho tiempo, le hace traición por algún interés vil de la tierra, por algún deleite impuro del que se deja dominar.*

Y tú, Judas, ya que estas resuelto a vender a tu Dios, hazlo al menos a un precio que valga lo que tú vendes. Mira, miserable, que siendo un bien infinito, el precio debe ser también infinito. ¡Y tú cierras por treinta dineros tan infame negocio! *Y ellos le ofrecieron treinta monedas de plata (Mt 16, 15). ¡Ay alma mía, deja de pensar con Judas y piensa contigo misma! Dime, ¿cuantas veces tú has vendido al demonio la gracia divina, y a qué precio? ¡Oh Jesús mío, qué vergüenza me da presentarme delante de vos*

cuando se me representan todas las injurias que os he hecho! ¡Oh, cuantas veces me he apartado de vos para satisfacer algún despreciable antojo o para procurarme algún placer momentáneo! Sabía que estos pecados me harían perder vuestra amistad, y voluntariamente renunciaba a ella por cosas bien despreciables. ¡Ah, cómo no perdí la vida antes de hacerme culpable! Me arrepiento de todo corazón, Jesús mío, quisiera morir de dolor.

Consideremos aquí la bondad de Jesucristo, quien sabiendo la trama criminal que Judas acaba de hacer, no le arroja de sí cuando vuelve. A verle, ni le mira indignado, antes bien le admite en su compañía. En la mesa le advierte su traición, para que vuelva en sí mismo; y viéndole obstinado no vacila en ponerse delante de él y lavarle los pies. ¡Oh Jesús mío, así obráis conmigo! Y yo os he desechado, y os he hecho traición; mas vos no me habéis desechado. Vos me seguís amando y también me admitís en vuestra sagrada mesa, ¡Oh Salvador mío, no me alejaré más de vos, no quiero renunciar a vuestro amor!

CAPÍTULO III

LA ÚLTIMA CENA DE JESÚS CON SUS DISCÍPULOS

Sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 43, 1). Dice el evangelista, que sabiendo Jesús que ya había llegado para él el momento de separarse de este mundo y habiendo hasta entonces amado a los hombres, quiso dejarles la última y más preciosa prenda de su amor. Contemplad a Jesús sentado en la mesa, todo abrasado de caridad, volviéndose a sus amados discípulos, y diciéndoles: *Con ansia he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer (Lc 22, 15).* Tened entendido, discípulos míos (y lo mismo decía a todos los hombres), sabed que lo que más he deseado durante el curso de toda mi vida mortal era celebrar esta última cena con vosotros después de la cual debo ir a inmolarme por vuestra salvación.

Así pues, vos, Jesús mío, deseáis con ansia dar vuestra vida por nosotros, miserables criaturas. Este poderosísimo deseo que vos tenéis, ¿no debería encender en nuestros corazones las llamas de un santo deseo para sufrir y morir por vos, como vos mismo lo habéis hecho? ¡Oh Redentor amado, dadnos a conocer lo que exigís de nosotros! Nosotros queremos complaceros en todo y por todo; nosotros suspiramos por esta dicha, para corresponder en parte al afecto que nos habéis manifestado. Avivad continuamente en nosotros esta dichosa llama que nos haga olvidar el mundo y a nosotros mismos, a fin de que de hoy en adelante y siempre podamos complacer eternamente a vuestro amable corazón.

Ved ahí el cordero pascual sobre la mesa: es la figura del mismo Señor. Así como este cordero servía en aquel día para la cena, de la misma manera debía Jesús mostrarse al mundo al día siguiente, inmolado en la cruz y consumido de dolor.

Él entonces recostándose sobre el pecho de Jesús... (Jn 13, 25). ¡Oh bienaventurado Juan, discípulo querido, que apoyando vuestra cabeza en el regazo del Señor pudisteis sentir con los latidos de su corazón todo el amor en que se abrasaba por los hombres! ¡Oh, mi dulce Jesús!, más a menudo que Juan he recibido de vos iguales gracias; sí, yo he tenido ocasiones de conocer toda la ternura con que vos me amabais, cuando me consolasteis iluminándome con celeste luz, y embriagándome de dulzuras espirituales; y a pesar de tantas gracias y favores yo no os he sido fiel. No permitáis que yo vuelva a caer en tan monstruosa ingratitud. Quiero ser todo vuestro, ayudadme.

Se levanta de la cena y se quita sus vestiduras, y tomando una toalla, se la ciñó. Echó después agua en una jofaina y comenzó a lavar los pies de sus discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido (Jn 13, 4-5). Admira, alma mía, como Jesús se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma una toalla, se la ciñe, y después de haber echado agua en una jofaina, se arrodilla delante de los discípulos y comienza a lavarles los pies ¡Qué! El rey del universo, el Hijo de Dios, se abate hasta lavar los pies de sus criaturas. ¿Qué decís a esto, ángeles? Si Jesús les hubiese permitido lavar sus propios pies con las lágrimas de ellos, como lo hizo con la Magdalena, ¿no lo hubieran recibido como un favor inmenso? No, para dar en el fin de su vida un ejemplar nunca visto y al mismo tiempo una señal de su amor para con los hombres, él mismo es el que se pone de rodillas a los pies de sus esclavos. ¡Y qué, Señor, continuaremos nosotros siendo soberbios! ¿no podremos soportar una palabra desdeñosa, ni la más ligera desatención? ¿Nos sentiremos animados de resentimiento, de ideas de venganza, nosotros, que por nuestros pecados hemos merecido mil veces ser pisoteados por los demonios en lo más profundo del infierno? ¡Oh Jesús mío, ojalá vuestro ejemplo de humildad nos inspire un amor verdadero al desprecio y la humillación! Os prometo que desde hoy en adelante sufriré por vuestro amor las afrentas y todas las injurias que se me hagan.

CAPÍTULO IV

INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Y cenando con ellos tomó Jesús el pan y lo bendijo, y lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, y comed: este es mi cuerpo (Mt 26, 26). Después del lavatorio de los pies, acto profundo de humildad, cuya práctica recomienda Jesús a sus discípulos, volvió a tomar sus vestidos, y sentándose otra vez a la mesa, quiso dar a los hombres la grande prueba de afecto que les destinaba, esto es, la institución del Santísimo Sacramento del altar. Para esto toma un pan, lo bendice, y repartiéndolo entre sus discípulos les dice: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*. Luego les recomienda que se acuerden de la muerte que iba a sufrir por amor de ellos todas las veces que comiesen de este pan: *Cuantas veces comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor* (1 Cor 11, 26). Jesús hizo entonces lo que haría un príncipe que amase tiernamente a su esposa y se sintiera cercano a morir. Escogería entre sus piedras más preciosas, y llamando a la esposa le diría: Yo voy a morir, amada mía; y para que tú no me olvides te doy esta piedra, todas las veces que la mires acuérdate de mí y de mi amor. Ninguna expresión basta, dice san Pedro de Alcántara en sus meditaciones, para explicar la grandeza del amor que Jesús tiene a las almas. Cuando este esposo divino estaba para despedirse de la vida, a fin de que su ausencia no fuese para ellas causa de olvido, les dejó como recuerdo esta joya celestial y divina del Santísimo Sacramento, en el que Jesús se quedó como un recuerdo poderoso que tuviese siempre despierta nuestra memoria. Con esto puede comprenderse cuanto quiere Jesús que nosotros nos acordemos de su pasión. Él instituyó el santísimo sacramento de la Eucaristía a fin de que jamás olvidásemos el amor inexplicable que nos manifestó con su muerte,

¡Oh Jesús mío, Dios lleno de amor por las almas! ¿Hasta dónde os ha conducido vuestro afecto hacia los hombres? ¡A servirles de alimento! ¿Qué más tenéis que hacer para obligarnos a amaros? En este augusto sacramento os dais a nosotros todo entero, justo será, pues, que nos demos a vos sin reserva. Amen otros las riquezas y los honores, nada importa; yo no quiero amar sino a vos, Dios mío. Habéis dicho que quien se alimenta de vos no debe vivir sino para vos: *Quien me come vivirá por mí*. Ya que me habéis admitido tantas veces a este convite para alimentarme de vuestra carne, haced que muera a mí mismo y que no viva sino para servirlos. ¡Oh Jesús mío, quiero poner todas mis delicias en vos, ayudadme a ser fiel a mi promesa!

San Pablo, señalando el tiempo en que Jesús instituyó el adorable sacramento de la Eucaristía, se explica así: El mismo Jesucristo en la noche misma que había de ser entregado traídoramente, tomó el pan y dijo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo* (1 Cor 11, 23). Aquella misma noche en la que los hombres se disponían a hacer morir a Jesús, él nos preparaba este pan de vida y de amor, a fin de que todos nos uniésemos a él, como él mismo lo declaró: *El que coma mi carne, permanece en mí y yo en él*. ¡Oh amor de mi alma, digno de un amor infinito, nada más tenéis que hacer para demostrarme cuanto me amáis! Atraedme todo entero a vos, y si yo no acierto a entregaros mi corazón, tomadlo vos mismo, Señor. ¿Cuándo tendré la dicha de ser todo vuestro, así como la tengo ya de poseeros todo entero en este banquete divino? Dignaos iluminarme y descubrirme todo cuanto os hace digno de ser amado, a fin de que amándoos siempre más, no procure sino complacerlos, siendo vos mi bien supremo y toda mi felicidad.

CAPÍTULO V

JESÚS ORA EN EL HUERTO Y SUDA SANGRE

Y cantando los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos... Entonces fue Jesús con sus discípulos a un huerto, llamado Getsemaní (Mt 26, 30.36) Después de la acción de gracias sale Jesús con sus discípulos del lugar donde habían cenado, entra en el huerto de Getsemaní y se pone a orar. Pero presto se vio acometido de un grande pavor, de una grande angustia y de una extremada tristeza: *Comenzó a atemorizarse y a angustiarse*, dice san Marcos (14, 33); y san Mateo: *empezó a entristecerse y angustiarse* (26, 37). Lleno de tristeza el Redentor exclama que su alma *está triste hasta la muerte* (Mc 13, 34). Entonces vio pasar delante de sus ojos las escenas de oprobios y de tormentos que se le estaban preparando. En la pasión cada uno de estos tormentos le afligió sucesivamente; mas en el huerto los sintió todos a la vez. Nuestro pacientísimo Jesús los abraza todos, pero cuando se resigna a una empresa superior las fuerzas humanas, se estremece, agoniza y ora: *Y puesto en agonía, oraba con gran insistencia* (Lc 22, 43).

Pero Jesús, ¿quién os obliga o padecer tantos tormentos? El amor que tenéis a los hombres. ¡Qué asombrado quedaría el cielo al ver que la misma fuerza se hace débil y que la alegría de la gloria se convertía en tristeza! ¡Un Dios afligido! ¿Y por qué? Para salvar a los hombres, criaturas suyas. En el huerto, pues, se hizo el primer sacrificio, y Jesús fue la víctima; el amor, el ministro; aquel ardor afectuoso para la humanidad fue el fuego sagrado que consumó la víctima.

Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (Mt 26, 39). Sí, Padre mío, decía Jesús, si es posible permitidme no beber este cáliz, tan lleno de amargura. Cuando Jesús dirige esta súplica no lo hace tanto para librarse de sufrir como para darnos a entender que sufre voluntariamente los trabajos de la pasión por amor de

nosotros. También con esto intenta enseñarnos que si nos es permitido pedir a Dios que nos libre de los males que nos amenazan, debemos al mismo tiempo conformarnos en todo con su voluntad y decir como él mismo dijo: *Mas no como yo quiero, sino como quieres tú* (Mt 26, 39); y en todo aquel periodo repitió siempre la misma súplica: *Hágase tu voluntad... Y los dejó, y de nuevo se fue a orar por tercera vez, diciendo las mismas palabras* (Mt 42, 44). Sí, Padre mío, yo abrazo por amor vuestro todas las cruces que tengáis a bien enviarme.

Vos, siendo inocente, padecisteis tanto por mí; y yo, miserable pecador, que tantas veces he merecido el infierno, ¿rehusaría sufrir para agradaros, y para obtener el perdón y la gracia? *Hágase vuestra voluntad y no la mía.*

Se postró en tierra (Mc 14, 35). Estando Jesús para empezar su oración, se postró pegado su rostro a la tierra, porque estando cubierto con el lodo de nuestros pecados, le pareció que no debía levantar sus ojos hacia el cielo. ¡Oh mí amado Redentor, yo no me atrevería a pedir os perdón de mis ofensas si vuestros dolores y vuestros méritos no me inspirasen confianza! Padre eterno, mirad la cara de vuestro ungido; no atendáis a mis pecados; mirad vuestro divino Hijo tan querido, que tiembla, que agoniza, que suda sangre para obtener de vos el perdón de mis pecados. *Y fue su sudor como gotas de sangre, que corría hasta la tierra* (Lc 22, 44). Miradle, Dios mío, y apiadaos de mí.

Pero Jesús, en este huerto no están los verdugos para azotaros, tampoco están las espinas ni los clavos, que han de traspasar vuestro cuerpo: ¿quién, pues, hace derramar tanta sangre de vuestro cuerpo? ¡Ah! no era la visión anticipada de vuestros tormentos la que os afligía en aquel momento, porque os habíais ofrecido voluntariamente a sufrirlos; *Él se ofreció porque él mismo lo quiso* (Is 53, 7). Pero cuando visteis mis pecados sentisteis sobre vos un peso enorme que comprimiendo vuestras venas hizo que la sangre brotase por ellas. Así, pues, no fueron ni los verdugos ni os instrumentos de la pasión los que os causaron aquella aflicción sobrenatural en el huerto, no; sino la fiereza y crueldad de mis pecados.

Y en tan horrible aflicción que sobre vos pesaba me junté yo para afligiros más con el peso de mis culpas. Si menos yo hubiese

pecado, menos hubierais vos entonces padecido; ved ahí la paga de tanto amor vuestro en haber querido morir por mí: añadir penas a tantas penas. Me arrepiento, Señor, de haberos ofendido y siento un vivísimo dolor. Este dolor es aún poco; quisiera un dolor que me quitase la vida. Por este terrible dolor que sufristeis en el huerto, dadme una parte del aborrecimiento que entonces tuvisteis de mis pecados. Si entonces os afligí con mis ingratitudes, al menos que os consuele hoy con mi amor. Os amo, Jesús mío, con todo mi corazón; os amo más que a mí mismo, y por vuestro amor renuncio a todos los placeres y todos los bienes de la tierra. Vos, Señor mío, sois y seréis mi único bien y el único objeto de mi amor.

CAPÍTULO VI

JESÚS ES PRESO Y MANIATADO

¡Levantaos, vamos! Mirad, el que me va a entregar está cerca. (Mc 14, 42). Sabiendo el Redentor que Judas con los judíos y soldados que venían a prenderle estaban ya cercanos, se levanta, estando aun bañado con aquel sudor de muerte, pálido el rostro, pero el corazón inflamado en amor: sale a su encuentro para entregarse a sus manos, y viéndolos a su lado les dice: *Quem quoerilis? ¿A quién buscáis?* Reflexiona, alma mía, que en aquel instante Jesús te pregunta: Dime, ¿a quién buscas? ¡Ah, Señor mío! ¿a quién queréis que busque sino a vos, que vinisteis del cielo a la tierra a buscarme para no verme perdido?

Prendieron a Jesús, y lo ataron (Jn 18, 12). ¡Dios atado! ¿Qué diríamos nosotros si viéramos un rey preso y atado por sus súbditos? ¿Y qué diremos ahora, viendo a un Dios, puesto en manos del populacho? Felices lazos que atasteis al Redentor, ligadme a mí con él; pero ligadme de tal modo que no pueda separarme de su amor; atad mi corazón con su santísima voluntad, para que de hoy en adelante no quiera más que lo que él quiera

Contempla, alma mía, como unos le aprietan las manos, otros le atan, otros le injurian, otros le hieren, y el inocente cordero se deja atar y herir a voluntad de ellos. No procura escapar de sus manos, ni pide auxilio, ni se queja de tantas injurias, ni pregunta porque así le maltratan. Ved cumplida la profecía de Isaías; *Él se ofreció porque quiso, no abrió su boca; como oveja fue llevado al matadero* (53, 7) No habla y no se queja porque él mismo se había ofrecido ya a la divina justicia a satisfacer y morir por nosotros; y por esto se deja conducir como una oveja a la muerte sin abrir sus labios.

Mira como atado y rodeado de aquella infame turba, es arrojado del huerto y arrastrado atropelladamente a casa del pontífice. Y ¿dónde están sus discípulos? ¿qué hacen? Al menos

si no pueden librarle de las manos de sus enemigos, le acompañaran para defender su inocencia delante de los jueces, o para consolarle con sus servicios. Pero no, dice el Evangelio: *Entonces abandonándole sus discípulos, huyeron todos* (Mc 14, 50). ¡Oh cuál fue entonces la pena de Jesucristo, viéndose hasta de los suyos abandonado! ¡Ay de mí, que entonces vio también Jesús todas aquellas almas por él más favorecidas que otras, que también le abandonaron y le volvieron ingratamente las espaldas! Una de estas, Señor, ha sido la mía, que después de tantas gracias, luces y llamamientos de vos recibidos, ingrata se ha separado de vos y os ha abandonado. Acogedme por piedad, ahora que arrepentido vuelvo a vos, para no dejaros más.

CAPÍTULO VII

JESÚS ES PRESENTADO A LOS PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES, QUE LE CONDENAN A MUERTE

Los que tenían preso a Jesús le llevaran a casa de Caifás, príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los escribas y los ancianos (Mt 26, 57). Atado como un delincuente entra en Jerusalén nuestro Salvador, donde pocos días antes había entrado entre aclamaciones y aplausos. Pasa de noche por aquellas calles alumbradas por antorchas y linternas, y tal era el ruido y tumulto, que daba a entender a todos que se conducía algún famoso malhechor. Se asomaban las gentes por las ventanas, preguntando quien era el preso, y se les respondía: es Jesús de Nazaret, que se ha descubierto ser seductor, impostor, falso profeta y reo de muerte, ¿Cuáles debían ser entonces los sentimientos de desprecio en todo el pueblo cuando vieron a Jesucristo, a quien antes acogieron como el Mesías, preso por orden de los jueces como impostor? Todos pasaron entonces de la veneración en odio y se arrepintieron de haberle dado honor, avergonzándose de haber ensalzado a un malhechor como si fuese el Mesías. Ved ya al Redentor presentado como en triunfo a Caifás, que solícito le aguardaba, y viéndole en su presencia solo y abandonado de los suyos, se llenó de regocijo. Mira, alma mía, a tu dulce Señor, que atado como un reo y con la cabeza baja delante de aquel orgulloso sumo sacerdote permanece humilde y silencioso. Mira aquel bello rostro, que en medio de tantos desprecios e injurias, no ha perdido un ápice de su natural serenidad y dulzura. Jesús mío, al veros rodeado, no de ángeles que os alaben, sino de una vil chusma que os odia y os desprecia, me pregunto: ¿qué debo hacer? ¿Me juntaré a los que os desprecian, como hice hasta ahora? No, en lo que me resta de vida quiero amaros como vos merecéis, y os prometo no amar a otro que a vos. Vos seréis mi único amor.

El sumo sacerdote pregunta a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina, a fin de hallar algún motivo para condenarle; pero Jesús responde humildemente: *He hablado abiertamente ante todo el mundo... Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho* (Jn 18, 20-21); y así presenta el testimonio de sus mismos enemigos. Mas después de una respuesta tan justa y tan humilde, se levanta de entre aquella turba uno más insolente, y tratándole de temerario, le da un fuerte bofetón, diciéndole: *¿Así respondes al sumo sacerdote?* (Jn 18, 22). ¡Oh Dios mío! ¿Tan humilde y modesta respuesta merecía tanta afrenta? Y el indigno sumo sacerdote, en vez de reprender a aquel malvado, calla, y con su silencio aprueba aquella audacia. Jesús, a tal injuria, para que no fuese notado de poco respeto al sumo sacerdote, dice: *Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?* (Jn 18, 23). ¡Oh Redentor mío, todo lo sufrís para pagar los ultrajes que con mis pecados he cometido contra la majestad divina! Perdonadme por el mérito de estos mismos ultrajes que sufriste por mí.

Buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no le hallaron (Mt 26, 59-60). Buscan testigos para condenar a Jesús, pero no los encuentran, por lo cual el sumo pontífice va buscando de nuevo en las palabras de Jesús algún motivo para declararle reo y por esto le dice: *Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios* (Mt 26, 63). El Señor oyendo que se le reclama en nombre de Dios, confiesa la verdad y responde: *Yo soy*; y un día me veréis, no así abatido como ahora parezco a vuestros ojos, sino en un trono de majestad, sentado como juez de todos los hombres, y venir con las nubes del cielo. Al oír esto el sumo sacerdote en vez de inclinar su frente hasta la tierra para adorar a su Dios y su juez, se rasga las vestiduras y exclama: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?* (Mt 26, 65-66). Entonces todos los demás sacerdotes respondieron: *Reo es de muerte* (Mt 26, 66). La misma sentencia, Jesús, profirió vuestro eterno Padre cuando os ofrecisteis a satisfacer por nuestros pecados: Ya que tú, Hijo mío, dijo, quieres satisfacer por los hombres, sé reo de muerte, y así es necesario que mueras.

Entonces se pusieron a escupirle en la cara y a abofetearle; y otros a golpearle, diciendo: Adivínanos, Cristo. ¿Quién es el que te ha pegado? (Mt. 26, 67-68) Entonces se pusieron todos a maltratarle como a un malhechor ya condenado a muerte y digno de todos los ultrajes. El uno le escupe en la cara, el otro le da de puñetazos, el otro le abofetea, y cubriéndole el rostro con un pañuelo, como añade S. Marcos: *Y comenzaron el escupirle, y cubriéndole la cara...* (Mc 14, 65). Le llaman por escarnio falso profeta; diciéndole: Ya que eres profeta, adivina quién le ha pegado. Tantos fueron, dice san Gerónimo, los oprobios y ultrajes que hicieron aquella noche al Señor, que solamente en el día del juicio podrán saberse todos.

En aquella noche, pues, Jesús mío, no descansasteis un solo momento, sino que fuisteis el objeto de la burla y de los malos tratamientos de aquella soldadesca infame. ¡Oh hombres!, ¿cómo podéis mirar aun Dios tan humillado y ser soberbios? ¿Cómo podéis ver a vuestro Redentor, que tanto por vosotros padece, no amarle? ¡Oh Dios!, ¿cómo el que cree y considera los dolores e ignominias, que según el sagrado Evangelio sufrió Jesús por nuestro amor, puede vivir sin abrasarse en amor hacia un Dios tan bueno y de nosotros tan amante?

Aumenta el dolor de Jesús con el pecado de Pedro, que le niega, y vuelve a negar, y jura no haberle nunca conocido. Vete, alma mía, vele a encontrar en aquella cárcel a tu dolorido, escarnecido y abandonado Jesús y Señor, y dale gracias y consuélate con tu arrepentimiento, ya que un día te juntaste también con sus enemigos para despreciarle y negarle. Dile que quisieras morir de dolor, pensando que llenaste de amargura su dulcísimo corazón, que tanto te ha amado. Dile que ahora le amas, y nada más deseas sino padecer y morir por su amor. ¡Oh Jesús mío!, olvidad os disgustos que os he dado, y arrojad sobre mí una mirada de amor como la arrojasteis a Pedro después de haberos negad; por la cual el llanto de su arrepentimiento duró tanto como su vida.

¡Oh Hijo eterno de Dios, oh amor infinito que padeciste por aquellos mismos hombres que te odian y maltratan! Tú eres la gloria del paraíso: demasiado honor habrías hecho a los hombres dignándote admitirlos a besar tus pies. Mas ¡oh Dios!, ¿quién os ha reducido a estado tan ignominioso, a ser el juguete de la gente

más soez del mundo? Decidme, Jesús mío, ¿qué puedo hacer yo para resarciros el honor que estos os roban con sus ultrajes? Ya oigo que me respondéis: Sufre los desprecios por amor mío, como los he sufrido yo por ti. Sí, mi Redentor, obedeceros quiero. Jesús mío, despreciado por mí, me contento y deseo ser despreciado por vos cuanto os plazca.

CAPÍTULO VIII

JESÚS ES CONDUCTO A PILATOS, DE ALLÍ A HERODES Y DESPUÉS POSPUESTO A BARRABÁS

Llegada la mañana, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para darle muerte. Y después de atarle, le llevaron y le entregaron al procurador Pilatos (Mt 27, 1-2). Al amanecer los príncipes de los sacerdotes le declararon de nuevo reo de muerte, conduciéndole después a Pilatos, para que le condenase a morir crucificado. Pilatos, después de haber hecho a los judíos muchas preguntas, así como a nuestro Salvador, se dio cuenta que Jesús era inocente; que las acusaciones eran otras tantas calumnias, por lo que salió fuera, diciendo a los judíos: *Yo no encuentro ningún delito en él (Jn 18, 38).* Mas viendo después a los judíos tan empeñados en querer su muerte, y oyendo decir a Jesús que era galileo, para salir del apuro, *lo remitió a Herodes (Lc 3, 7).* Tuvo Herodes mucha alegría de verle, esperando ver alguno de los muchos prodigios como le habían referido que el Señor hacía; y así empezó a hacerle muchas preguntas; pero Jesús no respondió ni una sola palabra, increpando con su silencio la vana curiosidad de aquel temerario: *Le hizo muchas preguntas; pero él nada le respondió (Lc 23, 9).* ¡Infeliz el alma a la cual ya no habla el Señor! Así lo merecía yo, Jesús mío, después que vos me habéis llamado tantas veces a vuestro amor con tantas gracias, y yo he cerrado los oídos; bien merecía que no me hubieseis hablado más, y que me hubierais abandonado. Pero no, mi querido Redentor, tened piedad de mí y habladme: decid lo que queréis de mí, que en todo quiero obedeceros y contentaros.

Pero viendo Herodes que Jesús no le respondía se irritó contra él, y tratándole de loco le mandó vestir por burla con una ropa blanca, despreciándole, así como toda su corte; y cargado de desprecios le mandó conducir otra vez a Pilatos (Lc, 33, 2).

Contempla a Jesús vestido con aquella ropa de burla y conducido de nuevo por las calles de Jerusalén. Esta nueva injuria le faltaba: el ser tratado como loco. ¡Oh cristianos, contemplad como trata el mundo a la eterna sabiduría! Dichoso el que se complace en que el mundo le tenga por necio y no quiere saber otra cosa que Jesús crucificado, amando las penas y los desprecios y diciendo con san Pablo: *Yo no he querido saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y este crucificado* (1 Cor 2, 2).

Tenía el pueblo judío el derecho de pedir al presidente romano la libertad de un reo en la fiesta de Pascua, por cuyo motivo Pilatos propuso a los judíos a Jesús y a Barrabás, diciendo: *¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?* (Mt 27, 17). Esperaba Pilatos que el pueblo preferiría indudablemente Jesús a Barrabás, hombre malvado, homicida y ladrón público, aborrecido de todos. Mas el pueblo instigado por los jefes de la sinagoga, sin vacilar un momento, pidieron la libertad de Barrabás: *Y ellos respondieron: a Barrabás* (Mt 27, 21). Sorprendido Pilatos, e indignado al mismo tiempo de ver un inocente pospuesto a un bandido infame, dice: *¿Y qué hago con Jesús? Y todos a una responden: Sea crucificado.* Replica Pilatos; *Pero ¿qué mal ha hecho? Mas ellos seguían gritando con más fuerza: ¡Sea crucificado!* (Mt 27, 22-23). Así he obrado yo, Dios mío, cada vez que he pecado; se me proponía entonces cuál de las dos cosas quería perder, si a vos o al vil placer; y yo respondí: Quiero el placer y no me importa perder a Dios. Así lo decía entonces, Señor mío; mas ahora digo que prefiero vuestra gracia a todos los placeres y tesoros del mundo. ¡Oh bien infinito, Jesús mío, os amo sobre todos los bienes; a vos solo quiero y nada más!

Así como fueron presentados al pueblo Jesús y Barrabás, así se propuso al eterno Padre a quien quería salvo, a su Hijo o al pecador. Y el eterno Padre respondió: Muera mi Hijo y sálvese el pecador. Así lo atestigua el Apóstol: *El que... a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros* (Rom 8, 32). Sí, hasta tal punto, dice el mismo Salvador, ha amado Dios al mundo que para salvarlo ha entregado a los tormentos y a la muerte su unigénito Hijo (Jn 3, 16). Y así exclama la Iglesia: ¡Oh admirable dignación de vuestra misericordia, Dios mío! ¡Oh fineza inapreciable de amor! ¡Para libertar al esclavo habéis condenado

al Hijo! ¡Oh fe santa! Un hombre que esto cree, ¡cómo puede dejar de ser todo fuego para amar a un Dios tan amante de los hombres! ¡Oh quién tuviese siempre delante de los ojos esta suprema caridad de Dios!

CAPÍTULO IX

JESÚS ES AZOTAZO EN LA COLUMNA

Pilatos entonces tomó a Jesús y mandó azotarle (Jn 19, 1). Viendo pues Pilatos que para librarse de condenar a aquel inocente, como pretendían los judíos, no le habían salido bien los dos medios que había tomado —ni el de remitirle a Herodes, ni el de proponer su libertad frente a la de Barrabás—, tomó otra medida: darle algún castigo para liberarle después. Así que, llama a los judíos y les dice: *Me habéis traído a este hombre... y ved que yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis, ni tampoco Herodes... Así que le castigaré y le soltaré después (Lc 23, 14-15).* ¡Qué injusticia, le declara inocente y después le manda castigar! ¡Oh Jesús mío!, vos sois inocente, pero yo culpable; y por tanto ya que queréis satisfacer por mí a la divina justicia, no es injusto, no, sino justo que seáis castigado.

Mas, ¿cuál es el castigo a que tú, Pilatos, condenas este inocente? ¿Le condenas a los azotes? ¿Y a un inocente destinas una pena tan cruel y tan afrentosa? Pues así se hizo: *Pilatos... tomó entonces a Jesús y mandó azotarle (Jn 19, 1).* Mira, pues, ahora, alma mía, como después de dada esta orden inicua, atan los verdugos con furia al manso cordero, lo conducen con gritos y algazara al pretorio y le atan a la columna. ¿Y qué hace Jesús? Humilde y sumiso hasta el extremo, acepta por nuestros pecados aquel tormento de tanto dolor y tanto vituperio. Ved como ya toman en sus manos los azotes y dada la señal alzan los brazos y empiezan por todas partes a herir aquella carne sacrosanta. ¡Oh verdugos, vosotros estáis equivocados, no es este el reo, yo soy quien merezco estos azotes!

Aquel cuerpo virginal apareció primero lívido, después empezó a manar sangre por todas partes. Después de haberle todo desgarrado los verdugos vuelven sin piedad a golpearle sobre las

mismas heridas, añadiendo dolor a dolor. ¡Oh alma mía!, ¿serías tú aun de aquellas que miran con indiferencia a un Dios azotado? Párate a considerar el dolor y aún más el amor con que tu dulce Jesús padece por ti tan atroz tormento. No hay duda que entonces Jesús, en medio de sus azotes, pensaba en ti. ¡Oh Dios!, si no hubiese sufrido más que un solo golpe por tu amor, deberías arder en amor hacia él, diciendo ¡Un Dios se digna ser azotado por mí! Pero no, él por tus pecados sufrió que le fuese desgarrada toda la carne, como ya lo predijo Isaías: *Mas él fue llagado por nuestras iniquidades* (53, 5). El más bello entre los hijos de lo, hombres, dice el mismo Profeta, ya no es más bello: *No tenía buena apariencia ni hermosura; le vimos, y no tenía aspecto que pudiésemos mirar* (53, 2); de tal manera le han desfigurado los azotes que ya no se conoce: *Como uno ante quien se oculta el rostro y se le desprecia, no le tuvimos en cuenta* (Is 53, 3). A tan miserable estado se haya reducido que aparece como un leproso cubierto de llagas de pies a cabeza; así le quiere Dios maltratado y humillado: *Nosotros te tuvimos como leproso, herido de Dios y humillado* (Is 53, 4). ¿Y esto, por qué? Porque este amante Redentor quiere sufrir las penas que nos tocaba a nosotros: *En verdad, él tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores* (Is 53, 4)

Jesús, vos quisisteis ser tan atormentado para liberarme de los tormentos eternos ¡Pobre y desdichado de aquel que no os ama, oh Dios de amor!

Y mientras aquellos verdugos tan cruelmente le azotaban ¿qué hacia nuestro Salvador? No habla, no se lamenta, no suspira, sino que paciente lo ofrece todo a Dios para aplacarle con nosotros: *Como cordero mudo delante del que lo trasquila, no abrió su boca* (Hechos 8, 32). ¡Oh Jesús!, inocente cordero, estos bárbaros os arrancan hasta la piel y la carne. He aquí el bautismo de sangre que vos tanto habíais deseado en el curso de vuestra vida, cuando decíais: *Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!* (Lc 12, 50). ¡Ah alma mía! corre a lavarte en aquella sangre preciosa que baña aquel afortunado suelo. ¿Y cómo puedo, dulce Salvador, dudar ya más de vuestro amor, viéndoos por mi todo llagado y desgarrado? Todo vuestro cuerpo llagado es un testimonio harto evidente del amor que me tenéis. Bastaba una sola gota de vuestra sangre para

salvarme; pero vos quisisteis dármela toda sin reserva, para que yo sin reserva me dé a vos. Sí, Jesús mío, todo sin reserva me doy a vos: acogedme y ayudadme a seros fiel.

CAPÍTULO X

JESÚS ES CORONADO DE ESPINAS Y TRATADO COMO REY DE BURLA

Entonces los soldados del procurador llevaron consigo a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte. Le desnudaron y le vistieron un manto de púrpura; y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha una caña (Mt 27, 27-29). Vamos a considerar otros tormentos no menos bárbaros que aquellos verdugos añaden al atormentado Jesús. Unidos todos los de la cohorte ponen sobre sus espaldas una clámide de color de púrpura que era una vieja capa corta con que se vestían los soldados, en señal de la púrpura regia; colocan en sus manos una caña por cetro y una haz de espinas por corona, que ponen sobre su cabeza a guisa de yelmo que cubría todas sus sienes. Y como las espinas con la simple presión de sus manos no penetraban bastante hondo, ni le atravesaban la cabeza, ya tan dolorida por los azotes, toman la caña, y al mismo tiempo que le escupen en el rostro, le introducen con todas sus fuerzas aquella cruel corona: Y después de escupirle, cogieron la caña y le golpeaban en la cabeza (Mt. 27, 30).

¡Oh espinas, oh ingratas criaturas! ¿qué hacéis? ¿Así atormentáis a vuestro Creador? Pero, ¿a qué culpar a las espinas? ¡Oh inicuos pensamientos de los hombres! Vosotros fuisteis los que penetrasteis en la cabeza de mi Redentor. Sí, Jesús mío, nosotros con nuestras perversas inclinaciones hemos forjado la corona de vuestras espinas. Yo las detesto, pues, y las aborrezco más que la muerte, y que ningún otro mal. Y a vosotras me dirijo de nuevo humildemente, ¡oh espinas consagradas con la sangre del Hijo de Dios! ¡Traspasad mi alma para que esté siempre dolorida por haber ofendido a un Dios tan bondadoso! Y vos, Jesús, ya que tanto padecisteis por mí, desasidme de las criaturas

y de mí mismo, para que pueda decir con verdad que no soy mío sino de vos y todo vuestro.

El rey del mundo se ve reducido a servir de rey de escarnio y de dolor, a ser el juguete y la mofa de toda Jerusalén. Corre a raudales la sangre de la cabeza traspasada del Señor sobre el rostro y sobre el pecho. Admiro, Jesús mío, la crueldad de esos bárbaros, que no contentos con haberos casi desgarrado de pies a cabeza, os atormentan de nuevo con nuevos insultos y desprecios; pero más admiro vuestra mansedumbre y vuestro amor mientras que todo lo sufrís y aceptáis por nosotros con tanta paciencia: *El que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia* (1 Pedro 2, 23). Se cumplía lo predicho por el profeta, que nuestro Salvador había de ser saciado de dolores y de ignominia: *Dará la mejilla al que le hiriere, será harto de oprobios* (Lam 3, 30).

¿Y vosotros, soldados, no estáis saciados todavía? *Y doblando ante él la rodilla lo escarnecían, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos* (Mt 27, 29). San Juan dice (19, 3): *Y venían a él y decían: Dios te salve, rey de los judíos: y le daban de bofetadas*. La sagrada cabeza de Jesús, tan intensamente dolorida por las espinas que la penetraban, sentía a cada momento un dolor mortal; y todo golpe le producía un tormento insoportable. El soberano Señor de todo lo creado es rey de dolor y de amor, pues tanto padeció para ser de los hombres amado.

CAPÍTULO XI

PILATOS MUESTRA A JESÚS AL PUEBLO, DICIENDO: ECCE HOMO.

Pilatos... salió otra vez fuera, y les dijo... Ecce Homo; aquí tenéis al hombre (Jn 19, 4-5) Habiendo sido Jesús llevado de nuevo a Pilatos, después de su flagelación y coronación de espinas, le miró este y le vio tan maltrecho y desfigurado que creyó mover a compasión al pueblo tan solo con presentarle a su vista. Por lo cual le hizo salir fuera en un balcón, y señalando a nuestro afligido Salvador, dijo a la multitud: *Ecce Homo*. Como si dijera: judíos contentaos con lo que ha padecido hasta ahora este infeliz inocente: *Ecce Homo*, ved ahí el hambre de quien temíais que quería hacerse vuestro rey; vedle ahí, miradle a qué estado se haya reducido. ¿Qué temor puede inspiraros ahora estando casi para expirar? Dejadle que vaya a morir a su casa en los pocos momentos que pueden quedarle de vida.

Y salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura (Jn 19, 5). Mira ahora tú, alma mía, en aquel balcón a tu Señor llagado y arrastrado por un verdugo. Contéplale medio desnudo, cubierto solo de llagas y de sangre, desgarradas las carnes, con aquel pedazo de púrpura que le sirve sólo de escarnio, y con la corona de dolor que le atormenta. Mira a qué estado se ve reducido tu pastor para recobrar la oveja perdida. ¡Ah Jesús mío, por cuantas escenas de burla os hacen pasar los hombres, y todas de dolor y de vituperio! Dais lástima hasta a las mismas fieras, y con todo nadie de vos se compadece. Oigo ya los príncipes de los sacerdotes, a los guardias y la multitud que responden: *Crucifícale, crucifícale*. Pero ¿qué dirán estos, al final de los tiempos, cuando os vean sentado como juez en un trono de luz y de gloria? Yo también clamé un día: *Crucifícale, crucifícale*, cuando os ofendía con mis pecados. Mas ahora me duelo de ellos sobre todos los males y os amo sobre todos los bienes, ¡oh Dios

de mi alma! Perdonadme por los méritos de vuestra pasión y haced que en aquel día os vea aplacado y no airado contra mí

Pilatos desde el balcón mostrando Jesús a los judíos dice: *Ecce Home*, mas al mismo tiempo el eterno Padre nos invita desde el cielo a que contemplemos a Jesucristo en aquel estado y nos dice también: *Ecce Homo*, este hombre que está tan atormentado y envilecido es mi Hijo amado, que por vuestro amor y para satisfacer vuestros pecados tanto padece; miradle, agradecédselo y amadle. Dios y padre mío, vos me invitáis a que mire a este vuestro hijo, más yo os ruego que le miréis vos también por mí: miradle, y por amor de este hijo tened piedad de mí.

Viendo los judíos que Pilatos, a pesar de todos sus clamores, procuraba todavía libertar a Jesús, se atrevieron a obligarle a condenar al Salvador, diciéndole, que si no lo hacía se declaraba enemigo del César: *Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se hace enemigo del César* (Jn 19, 12). Y les salió bien para su desgracia esta tentativa, pues al oír esto Pilatos temió perder la gracia del César; y llevándose a Jesucristo fue a sentarse en su tribunal para dar la sentencia de condenación. Mas atormentado todavía por el remordimiento de la conciencia, sabiendo que condenaba a un inocente, se dirigió otra vez a los judíos y les dice: *Ved aquí a vuestro rey*; y replicaron los judíos con más fuerza que antes: Eh, Pilatos, Ese no es nuestro rey; quita, quita, crucifícale (Jn 19, 14-15) Quítale de nuestros ojos y que muera crucificado.

¡Ah Señor mío verbo encarnado, vos vinisteis del cielo a la tierra para salvar a los hombres; y estos no pueden sufrir vuestra presencia y se afanan para haceros morir y no veros más!

Resiste aun Píalos, y replica: *¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los príncipes de los sacerdotes: No tenemos más rey que el César* (Jn 19, 15). ¡Oh Jesús mío!, los judíos no quieren reconoceros por Señor suyo y dicen no tener otro rey que el César; yo os confieso por mi rey y por mi Dios, y declaro que no quiero tener otro rey de mi corazón sino a vos, Redentor mío. Miserable de mí, tiempo hubo en que también me dejé dominar por mis pasiones y os arrojé también de mi alma. Ahora quiero que solo vos reinéis en ella; mandad y os obedecerá.

Feliz aquella alma que en verdad puede decir: vos sois mi único rey, mi único bien y único amor

CAPÍTULO XII

JESÚS ES CONDENADO POR PILATOS

Entonces se lo entregó para que fuese crucificado (Jn 19, 16). Por último Pilatos, después de haber declarado tantas veces la inocencia de Jesús, la declara ahora de nuevo, lavándose las manos delante del pueblo y diciendo: *inocente soy yo de la sangre de este justo; allá os la veáis vosotros* (Mt 27, 24). Y después de esta ceremonia da la sentencia y le condena a muerte. ¡Oh injusticia nunca vista en el mundo! ¡El juez condena al acusado al tiempo mismo que le declara inocente! Escribe san Lucas que Pilatos puso a Jesús en manos de los judíos para que hiciesen con él lo que se les antojase (23, 25). Así se obra con un inocente: se abandona al poder de sus enemigos para que le hagan morir como les plazca. Infelices judíos, vosotros dijisteis entonces: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (Mt 27, 25). Vosotros echasteis sobre vuestras cabezas las imprecaciones, y estas imprecaciones se cumplieron; vuestra nación lleva y llevará sobre sí el castigo de aquella sangre inocente hasta el fin del mundo.

Se lee la injusta sentencia de muerte delante del condenado, la escucha el Señor resignado enteramente al justo decreto de su eterno Padre, que le condena a la cruz. Lo acepta humildemente, no ya por los delitos que falsamente le imputaban los judíos, sino por nuestras verdaderas culpas, que él se había ofrecido a satisfacer con su muerte. Pilatos dice en la tierra: Muera Jesús. Y el eterno Padre lo confirma en el cielo, diciendo: Muera mi Hijo. Y el mismo Hijo dice: Aquí estoy, obedezco, acepto la muerte y muerte de cruz. *Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz* (Filip 2, 8). Amado Redentor mío, vos aceptáis la muerte que yo merezco y con vuestra muerte me alcanzáis la vida; gracias os doy por ello, y espero llegar a ensalzar en el cielo para siempre vuestra mise-

ricordia. Mas ya que vos siendo inocente aceptáis la muerte de cruz, yo, siendo pecador, acepto gustoso la muerte que queráis destinarme, y la acepto con todas aquellas penas que la acompañan y desde ahora la ofrezco a vuestro eterno Padre, uniéndola con vuestra santa muerte. Si vos moristeis por mi amor, yo quiero morir por amor vuestro. Por los méritos de vuestra amarguísima muerte, concededme, Jesús mío, la dicha de morir en vuestra gracia y ardiendo en vuestro santo amor.

CAPÍTULO XIII

JESÚS LLEVA LA CRUZ HASTA EL CALVARIO

Y después que se hubieron burlado de él, le quitaron el manto, le vistieron sus ropas, y le llevaron a crucificar (Mt. 27, 31). Publicada ya la sentencia, el desdichado pueblo alza un grito de júbilo y dice: ¡Estupendo, estupendo! Condenado está Jesús, no perdamos tiempo, prepárese la cruz y muera antes de mañana, que es la Pascua Y agarrándole al momento, le quitan de las espaldas aquel pedazo de púrpura, le vuelven a poner su propio vestido para que —según dice san Ambrosio— le reconociese el pueblo por aquel mismo embaucador que días antes habían recibido como el Mesías. Toman dos troncos gruesos y forman con ellos la cruz, condenándole con insolencia a llevarla sobre sus delicadas espaldas hasta el lugar del suplicio. ¡Qué barbarie! Cargar con tan enorme peso a un hombre tan atormentado y debilitado de fuerzas. *Y cargando con su cruz, salió para el lugar llamado Calvario* (Jn 19, 17). Jesús abraza la cruz con amor; sale la guardia con los condenados, entre los cuales va también nuestro Salvador cargado con el mismo altar sobre el cual ha de sacrificar su vida. Muy bien observa un devoto autor que en la pasión de Jesús todo fue asombro y exceso, como ya lo habían dicho Moisés y Elías conversando sobre el monte Tabor. ¿Quién nunca hubiera creído que el espectáculo de Jesús cubierto de llagas y de sangre de pies a cabeza, no hiciese sino irritar más y más la rabia de los judíos y el deseo de verle crucificado? ¿Qué tirano ha hecho llevar al mismo reo el patíbulo sobre sus hombros después de estar desfallecido por las fatigas y los tormentos? Horroriza el considerar el conjunto de ultrajes y de escarnios que hicieron sufrir a Jesús en menos de doce horas, desde la prisión hasta la muerte, unos tras otros sin interrupción: ataduras, bofetadas salivazos, burlas, azotes, espinas, clavos, agonía y muerte Todos se habían puesto de acuerdo, judíos y gentiles, sacerdotes y

pueblo, para hacer de Jesucristo, como lo había predicho Isaías, el hombre despreciado, varón de dolores. Vemos que el juez misino defiende al Salvador como inocente; pero esta defensa no sirve sino para acrecentar sobre él mayores tormentos y ultrajes, pues si desde un principio Pilatos le hubiese condenado a muerte, no hubiera sido Jesús pospuesto a Barrabás, ni tratado de loco, ni tan cruelmente azotado, ni coronado de espinas.

Pero volvamos a considerar el admirable espectáculo de ver al Hijo de Dios que va a morir por aquellos mismos hombres que le conducen a la muerte, cumpliéndose con esto la profecía de Jeremías: *Como cordero manso que es llevado al matadero* (11, 19). ¡Oh ingrata ciudad! ¿así arrojas de ti a tu Redentor después de tantas gracias como te ha hecho? Lo mismo hace un alma que después de haber sido favorecida de Dios con muchos dones, ingrata, le arroja de sí por el pecado.

Inspiraba tanta compasión Jesús en este camino del Calvario, que *le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se lamentaban y lloraban por él* (Lc 24, 27). Mas volviéndose hacia ellas el Redentor les dijo: *No lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?* (Lc 22, 28.31). Y con esto quiere significar el grande castigo que merecen nuestros pecados, pues si él, que siendo inocente e hijo de Dios, solamente por haberse ofrecido a satisfacerlos por nosotros, era tan maltratado, ¿cómo deberán ser tratados los hombres por los pecados propios?

Contéplale tú ahora, alma mía, mira cómo va, desgarrado el cuerpo, coronado de espinas, cargado con aquel pesado leño, y acompañado de gente toda enemiga que le acompaña, llenándole de injurias y de maldiciones. Tan llagado está todo su cuerpo, que a cada movimiento que hace, se renueva el dolor de todas las heridas. La cruz le atormenta ya antes de tiempo pues oprime sus llagadas espaldas, y sirve de martillo cruel a las espinas de aquella bárbara corona. ¡Cuántos dolores a cada paso que da! Pero Jesús no la deja, no la abandona, pues por medio de la cruz quiere reinar en el corazón de los hombres, como predijo Isaías: *El principado ha sido puesto sobre su hombro* (9, 6). ¡Ah, Jesús mío, cuán inflamado de amor hacia mí os vais acercando al Calvario en este doloroso tránsito, para consumir allí el gran sacrificio de vuestra vida! Abraza tú, ahora, alma mía, la cruz que te toca por amor de

aquel Jesús que tanto por ti padece. Mira como va delante con su cruz, invitándote a ti a que le sigas con la tuya: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome tu cruz y sígame* (Mt 16, 24). Sí, Jesús mío, no quiero dejaros; quiero seguir os hasta la muerte: mas vos, por los méritos de este doloroso viaje, dadme fuerzas para llevar con paciencia las cruces que os dignéis enviarme. Vos nos habéis hecho amables los dolores y los desprecios, abrazándolos por nosotros con tanto amor.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene llamado Simón, y le obligaron a llevar su cruz (Mt 26, 32). ¿Fue motivado por la compasión el ayudar a Jesús a cargar con el peso de la cruz, haciéndola llevar por el Cireneo? No, sino por odio. Viendo los judíos que el Señor estaba casi para expirar a cada poso que daba, temieron que antes de llegar al Calvario se les quedase muerto por el camino. Y ellos querían no solamente verle muerto, sino muerto clavado en cruz, para que así quedase para siempre denigrada su memoria, pues el morir crucificado equivalía a llevar sobre sí la maldición de todos: *Maldito es de Dios el que es colgado en un madero* (Deut 21, 23). Por esto, cuando pedían la muerte de Jesús, no solo decían a Píalos: hazle morir, sino que insistían siempre clamando *¡Crucifícale, crucifícale!*, para que su nombre quedase tan infamado en aquel país, que no se pronunciase más según había predicho Jeremías: *Borrémosle de la tierra de los vivos, y no haya más memoria de su nombre* (Jer 12, 19). Y a este fin le quitaron la cruz de sus espaldas para que llegase vivo al Calvario, y así se cumpliera su deseo de verle muerto, crucificado y lleno de oprobio.

CAPÍTULO XIV

JESÚS ES CRUCIFICADO

Le dieron a beber vino mezclado con hiel; y habiéndolo probado, no lo quiso beber (Mt 27, 34)- Apenas llegó Jesús al Calvario, débil y abatido, le dieron a beber vino mezclado con hiel, bebida que era costumbre dar a los condenados a la cruz, para hacerles menos amargo el sentimiento del dolor. Pero Jesús, que quería morir sin alivio, al gustarla no quiso beber. En seguida se formó un círculo de gente alrededor de Jesús, los soldados le quitaron sus vestidos que como estaban pegados con aquel cuerpo, herido todo y dilacerado, al arrancárselos le arrancaron también pedazos de carne. Le extienden después sobre la cruz: Jesús alarga sus manos y ofrece al eterno Padre el grande sacrificio de sí mismo, rogándole que se digne aceptarlo por nuestra salvación.

Toman ya con furia los clavos y martillos, y traspasando las manos y los pies de nuestro Salvador, le clavan en la cruz. El ruido de los martillazos resuena por aquella montaña y se hace sentir, hasta de María, que iba siguiendo no lejos de su Hijo. ¡Oh manos sagradas! que tantos enfermos sanasteis con vuestro contacto; ¿por qué os clavan ahora en esta cruz? ¡Oh pies sacrosantos! que tantas veces os fatigasteis para ir tras las ovejas perdidas, ¿por qué os traspasan ahora con tanto dolor? Cuando en el cuerpo humano se hiere un solo nervio resulta de la herida un agudísimo dolor que se convierte en espasmódico tormento. ¿Cuál sería, pues, el dolor de Jesús al traspasarle con gruesos clavos las manos y los pies, miembros llenos de huesos y de nervios? ¡Oh dulce Jesús mío, cuanto os costó mi salud y el deseo de conseguir el amor de mí! Y yo, tantas veces ingrato, os he negado mi amor y os he vuelto las espaldas.

Se levanta por fin la cruz en alto con el crucificado, y se hace caer con violencia en el agujero abierto en la peña para

sostener aquella; se asegura después con piedras y maderos, y queda Jesús traspasado en ella entre dos ladrones como había predicho ya Isaías: *Y con los malvados fue contado* (Is 53, 12). Fijo estaba sobre la cruz el rótulo en que se leía esta inscripción: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*. Querían los sacerdotes que se cambiase este título, pero Pilatos se resistió, porque quería Dios que todos supiesen que los judíos hacían morir a su verdadero rey y Mesías, tanto tiempo por ellos esperado y suspirado.

¡Jesús en la cruz! Ved ahí la prueba del amor de Dios. Este es el último acto que representa sobre la tierra el Verbo encarnado. El primero fue en un establo; este último es en una cruz; uno y otro demuestran el amor y la caridad inmensa que tiene a los hombres. Contemplando un día san Francisco de Paula el amor de Jesucristo en su muerte, arrebatado en éxtasis y elevado sobre la tierra, exclamó por tres veces en alta voz: *¡Oh Dios caridad; oh Dios, caridad!* queriendo con esto el Señor hacernos entender por medio de su santo, que jamás seremos capaces de comprender el infinito amor que este Dios nos ha demostrado, queriendo padecer y morir por nosotros. Acércate, alma mía, a esta sagrada cruz; besa este altar en donde muere tu Señor. Ponte debajo sus pies, y haciendo que caiga sobre ti alguna gota de aquella sangre divina, ruega al eterno Padre y dile, más en otro sentido de aquel en que lo decían los judíos: *Señor, caiga esta sangre sobre nosotros* (Mt 27, 25) y nos lave de nuestros pecados; esta sangre no pide venganza, como pedía la sangre de Abel, sino que clama para nosotros misericordia y perdón. A esta esperanza nos convida vuestro Apóstol cuando dice: *Y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel* (Heb 12, 24).

¡Cuánto padece sobre la cruz nuestro Salvador! Cada uno de sus miembros sufre sus dolores, sin que el uno pueda socorrer al otro, mientras que las manos y los pees están clavados. A cada momento sufre dolores de muerte, de manera que puede decirse que en aquellas tres horas de agonía sufrió Jesús tantas muertes cuantos fueron los momentos de estar en cruz. Sobre aquel lecho de dolor no tuvo el Señor un solo momento de alivio ni de reposo: ya se apoyaba sobre los pies, ya sobre las manos; más donde se apoyaba crecía el dolor. En suma, aquel sagrado cuerpo estaba

suspendido sobre sus mismas llagas, de modo que las manos y los pies taladrados debían sostener el peso de todo el cuerpo.

¡Oh mi amado Redentor, si os miro por de fuera no veo más que llagas y sangre; si os observo en el interior veo vuestro corazón atormentado de aflicción y desconsuelo! Leo sobre esta cruz que vos sois rey, ¿pero qué insignia me presentáis de rey? No veo otro trono que este leño de oprobio; no veo otra púrpura que vuestra carne sangrante y desgarrada; ni otra corona que este casquete de espinas que tanto os ha atormentado. Todo habla que sois rey, pero no rey de gloria, sino rey de amor: esta cruz y esta sangre, estos clavos y esta corona, son todas insignias de amor.

Jesús desde la cruz no tanto pide de nosotros la compasión como el amor; y si clama la compasión la quiero solo para que nos induzca a amarle. Si por su bondad mereció ya todo nuestro amor, ahora parece que a lo menos por compasión busca de nosotros el ser amado. Teníais razón, Jesús mío, cuando decíais antes del tiempo de vuestra pasión, que levantado sobre la cruz os atraeríais todos los corazones: *Cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí* (Jn 12, 32). ¡Cuántas saetas de fuego divino arrojáis a nuestros corazones desde ese trono de amor! ¡Cuántas dichosas almas habéis atraído a vos desde esa cruz librándolas de las garras del infierno! Colocado para morir en medio de dos ladrones, con vuestro amor habéis arrebatado a Lucifer muchas almas que por justicia le pertenecían a causa de sus pecados. Una de estas espero ser yo. ¡Oh llagas de mi Jesús, oh bellas hogueras que arden por mí, que yo también arda de amor por ti, pues habéis querido morir por mí!

Los verdugos después de haber crucificado a Jesús se juegan sus vestidos, según predijo David: *Se repartieron mis vestiduras y sobre mi ropa echaron suerte* (Salmo 21, 19). Y después se sientan esperando su muerte. Siéntate ahora tú, alma mía, al pie de la cruz, y bajo su sombra de salvación reposa toda tu vida para que puedas decir con la esposa de los Cantares: *A la sombra de aquel, a quien yo había deseado, me senté* (Cant 2, 3) ¡Oh qué dulce reposo hay en las almas amantes de Dios, en medio de los jaleos del mundo, de las tentaciones del infierno, y del temor del juicio divino, cuando se tiene a la vista a Jesús crucificado!

Estando Jesús para expirar, con tanto dolor en todos los miembros y con tanta desolación y amargura en su corazón, buscaba quien le consolase pero no lo encuentra. Unos le injurian otros se burlan de él, otros blasfeman. Este dice: *Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz* (Mt 27, 40) Aquel exclama: *Tú que derribabas el Templo y lo levantas en tres días, sálvate ti mismo* (Mc 15, 30). Otro le espeta: *A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse* (Mc 15, 31). ¡Oh Dios, qué condenado hubo jamás que se viera cargado de tantas injurias e improperios al momento de morir en el patíbulo!



CAPÍTULO XV

PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

¿Y qué hace Jesús, qué dice, cuando se le prodigan tantos ultrajes? Ruega por aquellos que le maltratan: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Jesús rogó también entonces por nosotros, miserables pecadores; y así, vueltos nosotros hacia el eterno Padre, digámosle con confianza: ¡Oh Padre! escuchad los clamores de vuestro Hijo querido que os ruega nos perdonéis. Este perdón si bien en cuanto a nosotros es misericordia, porque no lo merecemos, más es justicia con respecto a Jesucristo, que superabundantemente os ha satisfecho por nuestros pecados. Obligado estáis por sus méritos a perdonar y recibir al hijo pródigo que se arrepiente de las ofensas que os ha hecho. Yo, Padre mío, me arrepiento con todo el corazón de haberos ofendido, y en nombre de este Hijo os suplico el perdón: perdonadme, pues, y restituirme la vida de la gracia.

Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino (Lc 23, 42). Así rogó el buen ladrón a Jesús, y Jesús le respondió: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43). Y se cumplió así lo que antes había dicho Dios por Ezequiel, que cuando el pecador se arrepiente de sus culpas Dios le perdona y olvida las ofensas que de él ha recibido: *Mas si el impío hiciere penitencia de todas sus maldades... no me acordaré más de sus maldades* (Ez 18, 21-22). ¡Oh piedad inmensa, oh bondad infinita de mi Dios! ¿y quién no os amará? Sí, Jesús mío, olvidad las injurias que he cometido contra vos y acordaos de la amarga muerte que sufristeis por mí, y por ella dadme vuestro reino de la otra vida, y en la presente reine sobre mí vuestro santo amor. Domine solo en mi corazón vuestro amor y sea él mi único Señor, mi solo deseo, mi solo afecto. Dichoso ladrón que mereciste acompañar humildemente la muerte de Jesús; y feliz de mí, ¡oh

Jesús mío! si tengo la suerte de morir amándoos, uniendo mi muerte con vuestra santa muerte.

Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, etc. (Jn 19, 25). María, al pie de la cruz, traspasada de dolor, contempla a su Hijo que sufre inmensas penas exteriores e interiores. Resignada enteramente, ofrece al Eterno Padre la muerte del Hijo por nuestra salvación. ¿Quién no compadeciera al ver a una madre que está viendo cómo muere su hijo en el patíbulo? Pero aquí debe considerarse cuál sea esta madre y cuál este hijo. María amaba a su hijo inmensamente más de lo que aman a sus hijos todas las madres; amaba a Jesús, que era a un tiempo su hijo y su Dios: un hijo sumamente amable, la misma belleza y santidad; un hijo siempre respetuoso y obediente; un hijo que tanto la había amado, y que la había elegido desde toda la eternidad para que fuese su madre. Y esta misma madre fue la que tuvo que presenciar con sus propios ojos la dolorosa muerte de tal hijo, sobre aquel leño infame, sin poder darle el menor socorro, antes bien, aumentando con su presencia la pena del hijo que así veía lo que padecía por su amor. ¡Oh María, por el dolor que sufristeis en la muerte de Jesús, tened piedad de mí, encomendadme a vuestro Hijo! Oídle como desde la cruz me recomienda a mí en la persona de Juan: *Mujer he ahí a tu hijo* (Jn 19, 26).

Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27, 46). Jesús agonizando en la cruz, en medio de todos los dolores del cuerpo y de todas las aflicciones del alma (pues la tristeza que le asaltó en el huerto, cuando dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte*, le acompañó hasta el último suspiro), va buscando quien le consuele; más no le encuentra, como ya había predicho David: *El oprobio me ha roto el corazón y desfallezco. Espero compasión, y no la hay, consoladores, y no encuentro ninguno, esperé que alguno se entristeciere conmigo, y no lo hubo* (Salmo 69, 21) Mira a la madre y ésta, como es de creer, no le consuela, sino que con su vista le redobla la aflicción. Mira en torno de sí y observa que todos le son enemigos Y así viéndose privado de todo alivio se dirige al eterno Padre para buscar consuelo; pero el Padre viéndole cargado de todos los pecados de los hombres, por los cuales colgaba de aquella cruz para satisfacer a su divina justicia, el Padre mismo le abandona a una muerte de tormentos.

Entonces fue cuando Jesús dio aquel grande grito para expresar la vehemencia de su angustia y dijo: *Dios mío, ¿por qué hasta vos me habéis abandonado?* Por esto la muerte de Jesucristo fue una muerte más amarga que la de todos los mártires, porque fue una muerte enteramente desolada y sin el menor alivio. Pero si vos, Jesús mío, os ofrecisteis espontáneamente a una muerte tan cruel, ¿por qué os lamentáis ahora? ¡Ah! ya os entiendo; os lamentáis para darnos a entender la excesiva pena con que morís y para infundirnos valor al mismo tiempo, enseñándonos a confiar y resignarnos cuando nos veamos desolados y privados de la asistencia sensible de la divina justicia.

Este abandono vuestro, dulce Redentor mío, me hace esperar que Dios no me abandonará a pesar de haberle sido traidor tantas veces. ¡Oh Jesús mío! ¿Cómo pude vivir tanto tiempo sin pensar en vos? Gracias os doy porque no me habéis olvidado. Os ruego que os acordéis siempre de la desolada muerte que sufristeis por mí amor, para que jamás me olvide de vos y del amor que me habéis mostrado.

Sabiendo el Salvador que estaba consumado su sacrificio, dijo que tenía sed; y los soldados pusieron en su boca una esponja, empapada en vinagre. Debía cumplirse aquella profecía: *Y en mi sed me dieron a beber vinagre* (Salmo 69, 22). ¡Pero vos, Señor, no os quejáis de tantos dolores que os van robando la vida, y os lamentáis de la sed! Porque la sed de Jesús es muy otra de la que pensamos. La sed que tiene es el deseo de ser amado de las almas por quienes muere. Y vos, Jesús mío, tenéis sed de mí, que soy nada. ¿Y yo no tendré sed de vos, bien infinito? Os amo u deseo en todo complaceros. Ayudadme, Señor, a desterrar de mi corazón todos los deseos terrenos, y haced que en mi reine solo el deseo de daros gusto y de hacer vuestra voluntad. Es esta santa voluntad de Dios la fuente bienaventurada que sacia a las almas enamoradas.

CAPÍTULO XVI

MUERTE DE JESÚS

Ya se acerca nuestro Redentor al fin de su vida. Sus ojos se oscurecen, su hermosa faz que va tornando pálida, su corazón palpita ya con lentitud, su sagrado cuerpo se va abandonando a la muerte. *Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: Todo está consumado.* (Jn 19, 30). Estando, pues, Jesús, próximo a expirar, pone ante sus ojos todos los padecimientos de su vida (pobreza, sudores, penas e injurias sufridas), y los ofrece de nuevo a su eterno Padre, diciendo: *Todo está cumplido*, consumado. Cumplido todo lo que de mí predijeron los profetas, y consumado enteramente el sacrificio que esperaba Dios para aplacarse con el mundo, y ya la justicia divina queda plenamente satisfecha. *Cumplido*, dice Jesús vuelto a su Padre. *Cumplido*, dice al mismo tiempo, dirigiéndose a nosotros; como si dijera: ¡Oh hombres! he completado todo cuanto podía hacer para salvaros y ganarme vuestro amor; he cumplido por mi parte, haced ahora vosotros la vuestra: amadme, y no rehuséis amar a un Dios que ha llegado a morir por vosotros. Ojala, Salvador mío, pudiera yo también en el instante de mi muerte decir al menos por lo que me queda de vida: he cumplido, Señor, vuestra voluntad, en todo os he obedecido. Dadme fuerza, Jesús mío, mientras con vuestra ayuda propongo y espero hacerlo todo

Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: Padre, en tus manos pongo mi espíritu (Lc 23, 46). Esta fue la última palabra que dijo Jesús desde el leño santo. Viendo que su bendita alma estaba ya cercana a separarse de su desgarrado cuerpo, resignado enteramente al divino querer, con filial confianza, exclamó: *Pater in manus tuas commendo spiritum meum*; como si dijera: Padre mío, yo no tengo voluntad propia, no quiero ni vivir ni morir; pero si os place que continúe padeciendo en esta cruz, pronto estoy; en vuestras manos pongo mi espíritu; haced de mí lo que

queráis, ¡Oh si así lo dijéramos también nosotros cuando nos hallamos en una cruz, dejándonos en todo guiar por el Señor, según su beneplácito! Esto, dice san Francisco de Sales, es aquel santo abandono Dios que constituye nuestra perfección. Debemos practicarlo especialmente en el trance de la muerte; más para hacerlo bien entonces debemos practicarlo a menudo durante la vida. Si, Jesús mío, en vuestras manos pongo mi vida y mi muerte, a vos me abandono enteramente; ahora, para cuando llegue el fin de mi vida, os recomiendo mi alma: acogedla en vuestras santas llagas, así como vuestro divino Padre acogió vuestro espíritu cuando moristeis en la cruz.

Pero ved que Jesús ya expira. Venid, ángeles del cielo, venid a asistir a la muerte de vuestro Dios. Y vos, madre, María, acercaos más a la cruz: levantad vuestros ojos, fijadlos en vuestro hijo y miradle más atenta, porque está para expirar. Mirad que el Redentor llama ya a la muerte y le da permiso para que descargue sobre él su golpe: Ven, muerte, le dice, cumple con tu deber; quítame la vida y salva a mis queridas ovejas. Y he aquí que tiembla la tierra, se abren los sepulcros, se rasga el velo del templo. Ved, finalmente, como por la violencia del dolor van fallando fuerzas al moribundo, Jesús, falla el calor natural, falta el aliento, dejándose caer sobre el cuerpo, inclina la cabeza en el pecho, abre la boca y expira.

Sal, alma hermosa de mi Salvador, y vuela a abrir para nosotros el paraíso hasta ahora cerrado; vuela a presentarte ante la divina majestad y a alcanzarnos el perdón y la salvación.

Vuelta la muchedumbre hacia Jesús por causa de la fuerza con que había proferido aquellas últimas palabras, le mira con atención, y en silencio le ve expirar, y observando que ya no se mueve, dicen: Muerto está, ya murió. Y María escucha como todos lo dicen, y ella dice también: Mi hijo ya murió.

¡Muerto es! Oh Dios, ¿quien murió? El autor de la vida, el unigénito de Dios, el Señor del mundo. Dios ha muerto por sus criaturas. ¡Oh caridad infinita! Dios que sacrifica todo, sacrifica sus delicias, su honor, su sangre, su vida, ¿por quién? Por sus criaturas ingratas; y muere en un mar de dolores y de desprecios para pagar nuestras culpas. Levanta, alma mía, los ojos y mira a aquel hombre crucificado; mira a aquel cordero divino, ya sacri-

ficado sobre aquel altar de dolor; piensa que es el Hijo amado del eterno Padre, y considera que es muerto por el amor que te ha tenido. Mira como tiene extendidos los brazos para acogerte, inclinada la cabeza para darte el beso de paz, abierto el corazón para recibirte. ¿Qué dices a esto? ¿Merece ser amado un Dios tan bueno y tan amoroso? Escucha lo que dice el Señor desde aquella cruz: ¡Mira, hijo, sí hay en el mundo quien te haya amado más que yo, que soy tu Dios! ¡Oh Dios y Redentor mío, habéis muerto con la muerte más infame y dolorosa! ¿Y por qué? Para conquistar mi amor. Mas ¿qué amor de creatura llegara nunca a compensar el amor de su Creador, muerto por ella? ¡Oh mi adorado Jesús, oh amor de mi alma! ¿cómo podré olvidarme ya más de vos? ¿cómo podré amar otra cosa después de haberos visto morir en esta cruz para pagar mis pecados y salvarme? ¿cómo podré veros muerto y pendiente de este madero, y no amaros con todas mis fuerzas? ¿Podré pensar que mis culpas os han reducido a tal estado y no gemir y dolerme profundamente por las ofensas que os he hecho?

¡Oh Dios! si un hombre hubiese padecido por mí lo que sufrió Jesucristo; si viese yo a un hombre desgarrado de azotes, taladrado en una cruz y hecho el escarnio de las gentes para salvarme la vida, ¿podría acordarme de él sin sentirme enternecido de amor?

Y si me llevasen el retrato de aquel hombre expirando en aquel leño, pudiera mirarle con indiferencia, diciendo: Este desgraciado murió así atormentado por mi amor. Si no me hubiese amado no hubiera muerto.

Cuántos cristianos tienen un bello crucifijo en su habitación, pero solo como un adorno; alaban el primor y la expresión de la pena, pero en su corazón hace muy poca o ninguna impresión, como si no fuese la imagen del Verbo encarnado sino de un hombre extraño y desconocido.

¡Ah, Jesús mío, no permitáis que yo sea uno de tantos! Acordaos de haber prometido que cuando estaríais levantado en cruz atraeríais a vos todos los corazones. Aquí tenéis mi corazón, que enternecido con vuestra muerte, no quiere resistir más a vuestro llamamiento. Atraedle todo a vuestro amor. Vos habéis muerto por mí y yo no quiero vivir sino por vos.

¡Oh dolores de Jesús, oh ignominias de Jesús, oh muerte de Jesús, oh amor de Jesús, fijaos en mi corazón, y vuestra dulce memoria quede allí para herirme continuamente o inflamarme en amor!

Padre eterno, mirad a Jesús muerto por mí, y por los méritos de este Hijo usad conmigo de misericordia. Alma mía, no desconfíes por los delitos que hayas cometido contra Dios. Este padre es aquel mismo que le dio al mundo por nuestra salvación; y este Hijo es aquel mismo que voluntariamente se ofreció a satisfacer por nuestras culpas.

¡Ah Jesús mío, ya que vos para perdonarme no os perdonasteis a vos mismo, miradme con aquel mismo afecto con que me mirasteis un día agonizando por mí en la cruz! Miradme y perdonadme especialmente la ingratitud con que hasta ahora he tenido con vos, pensando tan poco en vuestra pasión y en el amor que en ella me habéis mostrado.

¡Infeliz de mí, si después de conocer cuánto me amáis, dejase de amaros, o amase otra cosa fuera de vos! «Muera yo — os diré con san Francisco de Asís—, muera yo por amaros, oh Jesús mío, ya que vos moristeis por mí.

¡Oh corazón abierto de mi Redentor oh mansión dichosa de las almas amantes, no te desdeñes de acoger también a mi pobre alma! ¡Oh María, oh Madre de dolores, recomendadme a este vuestro hijo que tenéis muerto en vuestros brazos! Mirad sus carnes dilaceradas, mirad su divina sangre derramada por mí, y conoced en esto cuán grato le ha de ser que le roguéis por mi salvación. Mi salvación consiste en amarle. y este amor habéis de impetrármelo vos, pero que sea un amor grande, un amor eterno.

Hablando san Francisco de Sales de aquel pasaje de san Pablo: *Charitas Christi urget nos*, dice: « Sabed que Jesús, verdadero Dios, nos ha amado hasta sufrir por nosotros la muerte, y muerte de cruz. ¿No es lo mismo que tener nuestros corazones en prensa, y sentirles fuertemente apretados y exprimirse en amor, por una violencia tanto más fuerte cuanto más amable? » Prosigue luego: « Que el Calvario es el monte de los que saben amar. » Y añade después: « ¿Cómo no nos arrojamos sobre Jesús crucificado para morir en la cruz con aquel que quiso morir por amor nuestro? » Amarrado le tendré, deberíamos decir, y no le

dejaré jamás: con él moriré, abrasado en las llamas de su amor. Un mismo fuego consumirá a este divino Creador y a su miserable criatura. Mi Jesús se da del todo a mí, y yo me doy todo a él. Viviré y moriré sobre su pecho; ni la muerte ni la vida me separarán jamás de él.

¡Oh amor eterno, mi alma os busca y os escoge por toda la eternidad! Venid, Espíritu Santo, e inflamad nuestros corazones en vuestro fuego. O amor, o morir. Morir a todo otro amor para vivir en el amor de Jesús. Salvador de nuestras almas, haced que cantemos eternamente: Viva Jesús, yo amo a Jesús; viva Jesús a quien amo; a Jesús que vive en los siglos de los siglos.

Concluyamos diciendo: ¡Oh cordero divino que fuisteis sacrificado por nuestra salvación! ¡Oh víctima de amor, que fuisteis completamente inmolada por los dolores de la cruz! Si yo supiera amaros como merecéis vos, si pudiese morir por vos, como vos habéis muerto por mí. Yo con mis pecados os fui motivo de pena durante toda vuestra vida: haced que en lo que me queda de vida viva solo por vos, mi amor y mi todo. ¡Oh María mi dulce madre, vos que sois mi esperanza, alcanzadme la gracia de amar a Jesús!

